

Evelyn Curtis

Pasión
en 
Nueva York

**Pasión
en
Nueva York**

Evelyn Curtis

Título: Pasión en Nueva York

© 2019 Evelyn Curtis

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

INDICE

[PROLOGO](#)

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

[Capitulo 18](#)

[Capitulo 19](#)

[Capitulo20](#)

[Capitulo 21](#)

[Capitulo 22](#)

[Capitulo 23](#)

[Capitulo 24](#)

[Capitulo 25](#)

PROLOGO

Un fuerte ruido me hizo abrir primero un ojo y luego otro, sin entender lo que estaba ocurriendo el murmullo se fue transformando en algarabía y lo que un principio parecían sombras que se movían en realidad era un grupo de estudiantes que no paraba de reír.

Al principio pensé que mi subconsciente me estaba jugando una mala pasada y que todo aquello era una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Me giré hacia el otro lado, intentando que desaparecieran de mi mente, y sin esperarlo, me fui de bruces al suelo.

Fue entonces cuando abrí los ojos de par en par y comprobé que las sonrisas se habían transformado en carcajadas. Me acababa de caer de un diminuto banco donde me encontraba tumbada y estaba rodeada de personas que no paraban de reír y señalarme. Para colmo hablaban en un idioma inteligible del que no entendía ni la más mínima palabra.

Miré alrededor, y comprobé que me encontraba en una amplia sala rodeado de todo tipo de lienzos y esculturas, y donde llegué a la conclusión que había pasado la noche.

Lo peor de todo, es que no recordaba absolutamente nada, ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y quién era aquella gente? ¿Formaba parte de algún macabro juego que mis amigas habían organizado para mí?

Al levantarme comprobé que me dolían todos los huesos, y apestaba a alcohol por todos lados. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones y mi sombrero estaba aplastado.

¿Había pasado toda la noche durmiendo en el interior de un museo sin que nadie se percatase de ello?

Me levanté justo cuando se aproximaba hacia mí un vigilante de seguridad, supuse que alguien le habría avisado. Comenzó a hablarme, y al ver que no le entendía subió el tono de voz y comenzó a gritarme. Le hice un gesto con la palma de las manos para que se tranquilizara y le dije que ya me marchaba.

Justo cuando atravesaba la puerta principal, me crucé con un apuesto recepcionista y el intenso olor de su colonia capto mi interés de inmediato. Era el mismo que te regalé en tu cumpleaños.

Un fuerte frío arreciaba en el exterior, las calles estaban recubiertas de hielo, y la gente con rostro hierático deambulaba de un lado a otro con ropa de

abrigo. Comencé a sacar cosas de los bolsillos, intentando encontrar algo que me diese una pista, mientras empezaba a titiritar de frío, en el bolsillo derecho de la chaqueta encontré una tarjeta con el nombre de un hotel, por fin algo me daba una pista del lugar en el que me encontraba. A su lado había un billete de moneda extranjera que tras examinar de forma exhaustiva comprobé que se trataba de coronas finlandesas, ahora comprendía porque no entendía ni media palabra.

Por fortuna pude parar un taxi antes de helarme completamente de frío. Abrí la puerta, le enseñe al conductor la tarjeta del hotel y el tipo asintió con la cabeza sin abrir la boca; tras un corto trayecto me dejó en sus puertas.

Al llegar el recepcionista me reconoció y me entregó la llave de la habitación con una sonrisa.

Cuando subí, abrí la puerta, me di una ducha y llamé al servicio de habitaciones. Diez minutos más tarde, me subieron el desayuno.

Un café bien cargado me ayudaría a recordar, o al menos eso esperaba. Aunque la cabeza seguía dándome vueltas sin parar.

Mientras tomaba el desayuno, miré alrededor y comprobé que se trataba de una habitación austera, sin demasiados lujos; nada comparable al Hilton.

Fue en ese momento cuando vi en el extremo de la mesita de noche un sobre que se encontraba abierto. Saqué las hojas que había en su interior y comencé a leerlas.

Ahora lo entendía todo, y una ligera mueca se dibujo en mi cara. Aunque no sabría decir si era de tristeza por descubrir la cruda realidad o de alegría por volver a recobrar la memoria.

Había cogido el primer avión en el aeropuerto y me había marchado del país lo más lejos posible intentando olvidarte. Sin embargo, todo me seguía recordando a ti, la colonia del chico del museo, el delicioso desayuno que siempre saboreábamos juntos al despertar y hasta el intenso olor de las rosas rojas que presidian el centro de mesa de la habitación.

Tras desayunar me senté al borde de la cama y comencé a recordar mi pasado.

Capitulo 1

Nueva york 2008

En el instituto fui la clásica adolescente acomplejada que apenas tenía relación con los demás debido a mi excesiva timidez, tan solo me limitaba a contemplar como las chicas más populares de la clase salían con los más guapos del instituto; entre ellos estaban Sean Cadwell, un chico alto, moreno y musculoso que jugaba en el equipo de futbol americano. Siempre estaba rodeado de animadoras, una de ellas fue su pareja durante un par de años, aunque corría el rumor de que siempre estaban a la gresca, y ambos habían sido infieles. En cuarto curso estaba convencida de que nadie se fijaba en mí, y por supuesto de que Sean jamás había cruzado la mirada conmigo.

Mi sorpresa llegó en el baile de fin de curso de aquel año, al fin un chico me pedía salir, curiosamente se trataba del hermano de Sean; eran como el agua y el aceite, de constitución delgada, se pasaba el día en la biblioteca leyendo libros y no tenía demasiadas amistades. Al parecer no tenía muy buena relación con su hermano, ya que se avergonzaba de él.

La verdad es que apenas me resultaba atractivo, pero decidí acceder su invitación porque me moría de ganas de acudir al baile de fin de curso, recuerdo que la experiencia fue agradable. Gerald fue muy atento conmigo e incluso me invito a bailar, aunque no tenía ni la menor idea de cómo moverse en la pista de baile, aquel día fue el único en el que Sean me miro; se sorprendió mucho de que su hermano llevara pareja al baile y me miró de arriba abajo como si fuera una extraterrestre, pero ahí quedo la anécdota, ni tan siquiera nos dirigió la palabra.

Después de aquella amarga experiencia del instituto, ingresé en la universidad de Columbia, en Nueva York, había enviado solicitudes a las principales centros del país, La suerte había sido dispar; en las más importantes me habían rechazado, con la excepción de Stanford, desde donde me enviaron una carta que aun guardo entre mis pertenencias. No obstante, no me apetecía trasladarme hasta la costa oeste y vivir lejos de mi familia y amigos, por lo que decidí ir a la universidad más cercana a estudiar empresariales.

Aquel verano mi hermana mayor Cathy, decidió que había llegado el momento de cambiar mi personalidad, algo que le agradecí profundamente

durante toda mi vida. Durante aquellos dos meses, mi cambio fue brutal, renové por completo mi vestuario, me deshicé de aquellas incómodas gafas que me tapaban la cara y me hice un corte de pelo de media melena muy acorde con la moda de aquellos años. Desde aquel momento comencé a salir todos los fines de semana con el grupo de mi hermana, y mantuve mis primeras experiencias sexuales.

Cuando en septiembre entré en la universidad, era una persona nueva, atrás quedaron los días en los que apenas me relacionaba con los demás, desde que entré en el centro estable amistad con un grupo de chicas de Brooklyn que ya conocía del instituto, el ambiente era distendido. Me apunté a clases de teatro y fui animadora durante un par de meses, pero lo abandoné porque apenas me dejaba tiempo para estudiar.

En primero salí con varios chicos, aunque nada especial que reseñar, mi gran amor llegó en segundo curso.

Comenzado el primer trimestre una mañana apareció un chico en clase que jamás había visto en el campus de la universidad, era moreno, de tez blanca, y con unos despanpanantes ojos verdes.

Esa misma semana una compañera de habitación ingresó en la hermandad Gamma, una de las más populares del college; uno de sus rituales era hacer novatadas a los recién llegados.

Mi amiga Hope me llevó a una de sus primeras sesiones, allí me presentó a un tipo alto y corpulento que inspiraba bastante respeto y que a los pocos días me introdujo dentro de la hermandad. La diversidad de sus integrantes era enorme: la mayoría pertenecía a la clase alta, pero también podían distinguirse recién llegados desde los más diversos lugares del país. La peculiaridad de aquella hermandad con respecto a otras que componían el campus es que fomentaban las más diversas actividades culturales. Había pintores, escritores, poetas, músicos y actores que compaginaban sus actuaciones con sus estudios en la universidad. Pensaba que aquel grupo me proporcionaría una vida interior que en ninguna de las otras hermandades podía conseguir. En el resto del campus nos tachaban de frikies; tan solo se dedicaban a organizar numerosas fiestas hasta altas horas de la madrugada y competiciones deportivas en su mayoría de fútbol americano. Nosotros también celebrábamos fiestas, pero no era nuestra prioridad.

Poco a poco fui conociendo a la mayoría de los integrantes de la hermandad, pero una tarde al fin me encontré con el nuevo chico que había visto aquella semana.

Estaba sentado en un sillón junto a la chimenea. Era un joven apuesto con el cabello alborotado, un fino bigote que recordaba a los galanes de cine de los años cuarenta, y un torso esculpido a imagen y semejanza de los dioses del Olimpo; todos aquellos atributos conseguían que las chicas no se lo quitaran de la cabeza; algunas se lo comían con los ojos, mientras otras se acercaban para intentar llamar su atención. Siempre estaba rodeado de un sequito de adulatoras que no paraban de reír con cada palabra que pronunciaba.

Tengo que reconocer que aquella parte era la que menos me gustaba de él; a pesar de ello no pude apartarlo de mi mente desde el primer momento en que le vi, algunas noches soñaba con que ambos nos quedábamos encerrados en el mismo ascensor y me besaba hasta dejarme sin aliento.

Un fin de semana en el que tenía tantos exámenes pendientes que no pude regresar a casa, visite la hermandad para despejarme de la cantidad de libros que me quedaba por repasar. En la biblioteca apenas había dos o tres personas, salude a Sam, un agradable chico de Portland que había conseguido una beca en Columbia tras años de esfuerzo, y a Jamie que la semana anterior había superado un casting para una serie de televisión llamada a ser uno de los grandes éxitos de la comedia americana.

Cuando entré en el salón lo vi sentado en una pequeña mesa de té que daba a un enorme ventanal desde donde se podían observar los centenarios robles del jardín; estaba leyendo una revista especializada en viajes, para mi asombro se encontraba completamente solo. Pero cuando iba a acercarme, aparecieron como de la nada dos de sus mayores admiradoras. Me giré y desaparecí de inmediato.

Desde aquel día pensé en cómo entablar una conversación con el que no pareciese forzada, observé como se sentaba solo en el comedor de la universidad, estaba convencida de que aquello no duraría demasiado tiempo, así que al tercer día me acerqué a su mesa durante el almuerzo.

—¿Puedo sentarme aquí? —le pregunté a bocajarro mientras comía un jugoso filete acompañado por un espeso puré de patatas.

—Por favor —respondió elevando su mirada con una agradable sonrisa.

—Jamás te había visto por aquí —le comenté—. ¿Eres nuevo en Columbia?

—Acabo de llegar del sur. Soy de Alabama.

—Bonita ciudad —dijé recordando sus calles repletas de antiguas casas coloniales—. Se me olvidaba presentarme, mi nombre es Heather Winslow.

—Tony García —respondió tendiendo su mano.

Aquello me sorprendió bastante, no esperaba que el chico fuese latino, la mayoría de los que había conocido eran de tez morena y Tony no se parecía a ellos en nada.

—No te pareces a otros latinos que conozco.

—Mis padres son de Barcelona. Imagino que mi origen europeo es lo que lleva a la confusión.

Conforme hablamos mi interés por el aumento, poseía una profunda mirada, era fácil enamorarse de él.

—¿Veo que te gusta viajar? —le pregunté mientras observaba unas espléndidas fotografías de los templos de Angkor en el sudeste asiático.

—No paso un solo día sin pensar en cuál será mi próximo destino. En cuanto llegan las vacaciones de verano cojo mi mochila y recorro tantos kilómetros como puedo.

—Yo aun no he salido de Nueva York —respondí encogiéndome de hombros—, pero me encantaría viajar algún día.

El me respondió con una bella sonrisa

—¿Cómo te gusta viajar?

—La verdad es que me da igual la forma, solo, con un grupo de amigos, en pareja.

Aquel comentario me hizo reflexionar en que habíamos entrado en terreno farragoso, ¿quería decir que ya estaba comprometido? en su mano no distinguí ninguna alianza, aquello no quería decir que no tuviese pareja, pero siempre he pensando que todas las parejas deberían llevarlo, los que no aceptan llevarla parece que buscan cualquier amante ocasional. Me imagino que es tan solo una opinión personal y que debo de estar un poco chapada a la antigua, pero creo que no hay nada más bonito que demostrar a tu pareja lo mucho que la amas, y si es con un precioso anillo mucho mejor.

—Pero prefiero viajar con una persona que sea especial para mí —agregó al verme callada durante unos instantes mientras continuaba envuelta en mis elucubraciones—, alguien con el que pueda compartir mis sentimientos y pasiones durante el viaje.

Aquella respuesta fue como una revelación para mí, creo que fue el momento en el que comencé a enamorarme de él.

No solo era un chico guapo, ni tampoco vanidoso al estar rodeado de chicas durante todo el día, era un chico sensible y romántico del que cualquier chica se enamoraría. Entonces supe que jamás conocería a nadie como él, y que si perdía un solo minuto más de mi vida sin estar a su lado, me

arrepentiría el resto de mis días.

—En ese caso ¿te encantara Nueva York?

—Esa fue una de las razones por las que elegí venir a esta ciudad. Aunque llegué hace un par de semanas, de momento no he podido conocer demasiado.

Si alguien conocía bien aquella hermosa ciudad era yo. Jugaría aquella baza a mi favor, por fin había llegado el momento de que alguien disfrutara de mis conocimientos.

—En ese caso, podría hacerte de guía. Nací y me crié en la gran manzana y conozco hasta el más recóndito de sus lugares.

—Eso sería genial. No podría encontrar una guía mejor.

Al responder aquellas palabras me ruboricé un poco, aunque había comenzado a salir con chicos, ninguno había significado demasiado para mí. Creo que era la primera vez que deseaba a alguien con todo mi corazón.

Capítulo 2

Todos los nuevos miembros de la hermandad debían pasar una serie de pruebas para ingresar en la congregación, las pruebas variaban en intensidad y forma dependiendo de la comunidad.

En algunos lugares eran recibidos lanzándoles huevos después de insistirles en que llevaran el traje de gala, el cual siempre acababa en la tintorería; en otros casos eran muchos más estrictos y eran sometidos a pruebas de iniciación en las que debían de mostrar su valentía o compromiso con los otros miembros de la comunidad sin poder desvelar lo que allí ocurría.

Los ritos consistían en diferentes formulas; algunas se remontaban a siglos pasados, se basaban en ritos místéricos ya practicados en Grecia, Egipto o Roma. Pero lo más común eran las bromas, las había de todo tipo e intensidad, algunas muy divertidas y otras de bastante mal gusto.

Aquel año el resto de hermandades ya habían realizado sus novatadas, pero en la nuestra no existían indicios de que fueran a producirse debido a que habían nombrado a una nueva junta rectora y se estaban otorgando los diferentes puestos de responsabilidad.

Una tarde cuando los miembros estaban distraídos en la sala común de la hermandad, la dirección rectora llamó a Tony.

—Esta tarde iniciarás tu rito de iniciación en nuestra hermandad —le dijo el vicepresidente mientras le entregaba una carta donde le explicaban su cometido.

Tony abrió el sobre, leyó el documento y abrió los ojos como platos.

—¿Tengo que hacerlo ahora? —preguntó mientras todos esperaban expectantes.

Los miembros del rectorado asintieron con la cabeza.

Un tanto dubitativo salió de la hermandad, atravesó el campus y se dirigió a la puerta principal del edificio que presidía la universidad de Columbia.

El resto de los miembros de la hermandad lo seguíamos de cerca sin saber a qué se enfrentaba. Los miembros rectores no quisieron comunicar nada para que la sorpresa fuera mayor.

Nos dividimos en diferentes grupos y nos apostamos en las cercanías de la entrada a la facultad sin llamar demasiado la atención, ya que si lo seguíamos en fila india pareceríamos una procesión detrás de un penitente.

La prueba no solo era para Tony, otros miembros que habían ingresado aquel curso también deberían llevarla a cabo, pero se decidió que la

realizaran de uno en uno, y a él le toco el primero.

Tony se acerco a la primera chica que salió por la escalinata.

—¿Me puedes firmar un autógrafo? —le preguntó.

Ella lo miro con los ojos abiertos y sin responder nada se marchó a paso ligero.

Desde el jardín varias personas comenzamos a reír al unisonó.

Nadie esperaba que la prueba consistiese en ir pidiendo autógrafos a gente normal, había que tener mucha desfachatez para preguntar aquello, si tan solo los famosos firman autógrafos ¿Cómo reaccionaría un grupo de gente normal al pedirselo?

Sin pensarlo dos veces, Tony vio a una chica rubia que subía con su compañera de clase, la alcanzó justo antes de entrar por la puerta y volvió a hacerle la misma pregunta.

Ella comenzó a reír sin parar, la broma le resultó divertida, entonces sacó una servilleta que llevaba en el bolsillo y le escribió una nota:

—A este chico tan simpático que no sé lo que pretende.

Tony cogió la nota muy serio y se la guardó en la chaqueta como si hubiera conseguido un trofeo. Por muy extraño que pareciese alguien le respondió ante aquella absurda pregunta.

La siguiente chica reacciono de forma parecida a la primera, la diferencia principal estribó en que sin pensarlo dos veces, le respondió que no.

Tras varios intentos, la reacción siempre era la misma, las chicas abrían los ojos de par en par, y la mayoría seguía su camino sin responder nada. Después de cumplirse la media hora en la que estaba estipulada la prueba, tan solo obtuvo respuesta de la chica que le firmo la servilleta y de otra que le respondió con desparpajo:

—Anda y que te den.

El grupo rector dio por concluida la prueba y todos reímos sin parar.

Al siguiente novato le tocó hacerse pasar por un chico francés que venía de Erasmus desde Francia, y que no conocía bien el campus ni el idioma. El chico lo bordó a la perfección, hablaba en ingles imitando el acento francés y se equivocaba a conciencia en varias palabras para que su interlocutora le creyera.

La prueba fue un éxito, todos le aplaudieron cuando termino la novatada y los rectores aprobaron su ingreso definitivo en la hermandad.

Así continuó la tarde con el resto de novatos, tengo que reconocer que aquel día no estude nada, ni siquiera fui a la biblioteca; me lo pase tan bien que no me quedó ningún cargo de conciencia.

Capítulo 3

Los días pasaron y no volví a cruzarme con Tony durante una semana, pensaba que estaría enfermo o que habría regresado a Alabama por algún motivo familiar.

Al fin lo vi aparecer por el jardín del campus rodeado de varias chicas, como era habitual en primera línea iba Helen Dreyfous, una despampánate rubia que no sabía cómo había accedido a la universidad, se saltaba la mitad de las clases y se pasaba todo el día maquillando y escuchando música.

La muy arpía no le quitaba la manos de encima, lo agarraba por el brazo y la cintura como si fuese un pulpo y se insinuaba una y otra vez con el mayor descaro. Aquella escena se repetía día tras día, me irritaba hasta tal punto que pensé si merecía la pena seguir intentado conocer a Tony.

Tras pensarlo durante un par de días decidí que no iba a rendirme, estaba convencida de que le gustaba, y si aquella larguirucha de Tennessee quería pelea desde luego que la iba a tener.

Al día siguiente me levanté un par de horas antes de lo habitual, ni siquiera bajé a desayunar, me fui directamente al pabellón de los chicos y esperé a que Tony saliera del edificio, no me importó demostrar que lo estaba esperando. Conforme los chicos salían del pabellón me miraban sorprendidos, no era habitual ver a una chica a aquellas horas de la mañana, así que tuve que disimular y coger unos folios del portapapeles como si fuera a entregar mis apuntes a alguien que estaba esperando.

Al fin lo vi aparecer, salió con un chico de quinto con el que no había hablado jamás, y en cuanto me vio me saludo.

—Me alegro de verte Heather —me dijo con una gran sonrisa.

—He pasado un par de días preparando un itinerario para que conozcas mejor la ciudad —le dije entregándole un par de folios.

—Gracias —respondió mirando con suma atención—. ¿Qué día podríamos quedar? ¿El próximo fin de semana?

Al oír aquellas palabras la adrenalina corrió por mi cuerpo, había conseguido lo que andaba buscando, aunque había ido a buscarlo, era él quien me invitaba a salir, aquello demostraba que no me había olvidado.

—El sábado me vendría bien —le contesté radiante de felicidad.

—Podríamos quedar sobre las nueve en la hermandad.

—Preferiría que nos viésemos aquí —le aseguré.

No me apetecía que nuestra salida fuera el tema de conversación en la

hermandad. La mayoría de los alumnos regresaban a sus casas los fines de semana, pero los que se quedaban internos solían pasarlo en las congregaciones de estudiantes.

El resto de la semana estuve muy nerviosa, tengo que reconocer que apenas ponía atención en clase, un par de veces me preguntaron los profesores y no fui capaz de contestar nada.

Durante la semana apenas nos cruzamos un par de veces, y como siempre continuaba rodeado de chicas, aquello me preocupaba especialmente porque aunque consiguiera algún día ser su pareja, sabía que era la clase de hombre a la que las mujeres persiguen toda su vida, y la mayoría aprovecha el momento. No obstante, no quería preocuparme más de lo debido, ya que no quería vender la piel del oso antes de cazarla, en aquellos momentos solo quería que todo saliera a la perfección durante nuestra cita.

Al fin llegó el sábado, me vestí con un traje de chaqueta de color beis a juego con unos tacones de siete centímetros que realzaban mi figura y me puse un sombrero de color azul a juego con mis ojos. Nada más bajar por la escalinata Tony me sonrió, parecía que le gustaba lo que veía y aquello me hizo estremecer una vez más.

—Estas preciosa —me dijo dándome un beso en la mejilla—, y me encanta tu perfume.

—Gracias —respondí—. Tú también estas genial.

Cogimos el metro a la salida del campus y fuimos a desayunar a una pequeña cafetería que había junto a la zona cero donde servían donuts rellenos de las más insólitas creaciones: con sabor espaguetis, a pescado e incluso algunos con salsa de curry. Tony se quedó sorprendido, tan solo había probado los clásicos donuts glaseados o de chocolate.

Después dimos un paseo por Central park, allí me agarró de la mano por primera vez y corrimos tras un grupo de ocas que había al borde del lago.

Cada minuto a su lado era como tocar el cielo con las manos; era al mismo tiempo tan varonil como sensible. Aun no entendía como había tenido tanta suerte, era como encontrar a uno entre un millón.

Había pensado varias ideas para el almuerzo, le había gustado tanto el donut con sabor a curry que decidí llevarlo a un restaurante hindú que había cerca del Metropolitan.

El lugar estaba repleto de comensales, algunos de origen hindú, pero la mayoría neoyorkinos a los que les gustaba fusionar diferentes sabores gastronómicos.

—Me encanta este sitio —dijo Tony tras comprobar la decoración con diferentes oleos de paisajes hindúes donde no podía faltar el Taj mahal, y abundantes guirnaldas que decoraban un salón muy colorido donde las camareras vestían el sari; el traje típico hindú.

—Pensé que como te gusta tanto viajar, una escapada a la India sin salir de Nueva York seria de tu agrado.

—Has acertado de lleno. Lo único que no me gusta es el olor a varitas de incienso.

—A mí tampoco me gusta demasiado —contesté con una sonrisa—, pero le da un toque muy exótico.

El asintió con la cabeza.

Decidimos pedir varios platos para compartir, lo que hacía aun más romántica la velada, parecíamos una pareja que llevara mucho tiempo juntos.

La ternera con salsa de curry, y el pollo con salsa de yogurt y verduras estaban exquisitos, pero lo que más nos gusto fue el Tikka masala, que era la especialidad del restaurante; aunque estaba tan picante que tuvimos que pedir varios refrescos para rebajarlo.

Por la tarde dimos un paseo por Times Square, y cuando el sol se perdía por el horizonte cogimos el ferry hasta Staten Island.

Mientras divisábamos como los rayos de sol se perdían por el horizonte apoyados en la barandilla del barco Tony me miro fijamente y me beso por primera vez, fue un momento mágico que no podré olvidar jamás, sus labios eran tiernos y sedosos y sus besos apasionados.

Al regresar de Staten Island era tarde, y preferimos coger un taxi de regreso, el metro a aquellas horas podía resultar un tanto peligroso.

A las puertas del edificio de chicas del campus se despidió de mí con una sonrisa, no sé si esperaba que lo invitara a subir, pero tenía muy claro que no pensaba hacerlo en la primera cita.

Aquel fin de semana era la fiesta navideña de la hermandad. Tony y yo acudimos a la fiesta, aunque he de decir que aquellos guateques no terminaban de convencerme, en su inmensa mayoría acababan convirtiéndose en litros de alcohol y desenfreno. Sin embargo, el resto de compañeros no paraban de insistirnos y acudimos al evento.

Tony llevaba un traje de Armani muy acorde con su elegante estilo, yo había optado por algo más sencillo, vaqueros lavados a la piedra y un suéter de seda azul eléctrico. Cuando atravesamos el hall, observamos como el

salón se había quedado demasiado pequeño. No solo acudieron integrantes de la fraternidad, habían invitado a todo el que quisiera venir, sobre todo chicas del campus.

En la barra pedimos unos cocteles que apenas llevaban alcohol, tan solo una diminuta porción de vodka. Al principio estuvimos bailando un poco y pasándolo bien, pero después llegaron sus amigos y lo arrastraron a la barra mientras yo tuve que buscar otras amistades. No sé de qué forma lo engatusaron pero cuando volví a verlo había tomado varios chupitos de whisky y lo había mezclado con cerveza. Aquel día descubrí algo nuevo, no aguantaba bien el alcohol; aunque yo no era ninguna mojigata me sorprendió verlo en aquel estado; más tarde le quite hierro y pensé que se acercaban las navidades.

Poco después comencé a tener jaqueca, habíamos tenido una semana de exámenes justo antes de navidad y había supuesto un gran esfuerzo psicológico, a ello se unía el enorme griterío de la fiesta con la ingesta de vermouths. Aunque no me gusta ser una aguafiestas a las doce de la noche le dije a Tony que no me encontraba bien y me marche. El me acompañó hasta el edificio de las chicas y me dejó a las puertas del edificio.

—Vuelve con tus amigos —le dije consciente de que le había fastidiado la fiesta—, pero no continúes bebiendo o acabaras por los suelos.

El asintió con una sonrisa.

En realidad no quería que volviera, pero sabía que en cuanto me diese la vuelta lo haría. Era un chico independiente que no aceptaba la imposición de nadie, ni aunque fuese su pareja quien se lo dijera.

A la mañana siguiente nos fuimos de vacaciones de navidad, y Tony regresó a Alabama, mantuvimos el contacto por teléfono y me envió un bonito regalo de navidad que aun guardo en casa.

Capítulo 4

A la vuelta de las vacaciones, la relación continuo su curso, cada día estaba más enamorada de él, siempre me sorprendía con pequeños detalles que hacían avivar la llama del amor; era tierno y cariñoso conmigo.

Creo que jamás he vuelto a experimentar algo similar a lo que sentí cuando estaba a su lado, es cierto que el primer amor nunca se olvida, y mucho menos si vives una relación tan apasionada.

Poco después comencé a preocuparme por cómo llevaba el curso, mis notas eran buenas y pasaba muchas horas estudiando, mientras él se lo tomaba con mas filosofía, era el típico alumno que solo estudiaba cuando llegaba la semana de exámenes.

Le perjudico que era la primera vez que estaba fuera de casa, Nueva York le tenía fascinado, y cuando no estábamos juntos, en lugar de estudiar pasaba el tiempo recorriendo la ciudad con sus amigos, o montaban pequeñas fiestas de cuatro o cinco personas en su habitación; mas de una vez lo amenazaron con la expulsión porque molestaban al resto de compañeros. Por suerte, el conserje del campus era un viejo amigo de su tío, y le restaba importancia.

Una tarde lo encontré solo tomando un café, aquello me sorprendió bastante ya que solía estar rodeado de todo tipo de chicas. Por un lado me alegré, por fin se había quitado de en medio aquellas pesadas, pero por otro no conseguía entenderlo.

Lo saludé mientras llevaba la bandeja en el bufet, escogí un par de cupcakes y pedí un café. Cuando me acerqué a él, vi como un par de chicas de segundo lo saludaban, no todas se habían olvidado de él.

Aquello hizo aflorar mis celos, aunque tenía asumido que debería acostumbrarme a verle rodeado de mujeres; tampoco es que el hiciese por evitarlo.

—Creo que es la primera vez que te veo solo —le comenté tras darle un beso y sentarme a su lado.

El sonrió.

—Al principio era la novedad —respondió—. Se habrán cansado de mí.

—¿Estas seguro que no hay ninguna otra razón? —le pregunté mientras bebía un sorbo de café.

El negó con la cabeza.

—Desde que estamos juntos muchas chicas no se acercan—reconoció con

desgana.

—Puede que lleves razón —aseguré—. Aunque hay muchas pelandruscas a las que les daría lo mismo que tuvieses pareja.

Sin lugar a dudas me refería a Helen Dreyfous, pero no pensaba reconocerlo.

El curso continuó, y el asunto fue a peor, incluso cuando Tony pedía los apuntes en clase muchos compañeros se negaban a prestarlos. Desde ese día decidí averiguar lo que estaba ocurriendo.

Una mañana mientras Tony asistía a clase de economía internacional me acerque a un grupo que solía estar a su lado.

—¿Habéis visto a Tony? —les pregunté cuando entraban en clase.

Un par de ellas negaron con la cabeza

—¿El latino? —respondió una rubia con acento de Chicago—. ¿Para qué íbamos a verle?

El tono con que respondió me sorprendió tanto que me quede en silencio, fui hasta mi pupitre y cuando entro la profesora de estadística me senté.

Durante la clase estuve pensando que ocurría algo extraño, no sabía si el problema es que había rechazado a alguna de ellas o era algo peor, me llamó poderosamente la atención la forma despectiva que empleo cuando utilizo la palabra: latino.

Fue en ese instante cuando supé lo que estaba ocurriendo, algunas chicas se habían acercado a él, pero cuando descubrieron que era de origen latino muchas comenzaron a darle la espalda. Aquello era lo que estaban consiguiendo algunos políticos de nuestro país con sus decisiones sobre la inmigración.

La mayoría no pensaba del mismo modo, Tony era bien recibido en la hermandad y tenía un buen grupo de amigos con los que podía contar. En realidad no perdió nada, tan solo un grupo de niñas estúpidas que no paraban de molestarle cada vez que salía de clase, nunca supé si aquello le gustaba o le desagradaba, aunque que a nadie le molesta que le suban el ego de vez en cuando.

Para mí era un gran dilema moral, estaba convencida de que aquella era la razón, sin embargo, no sabía si debía contárselo, ya que podía sentirse ofendido cuando se tocan temas de origen racial.

Me preguntaba si aquella situación le habría ocurrido con anterioridad, aunque conocía poco de Alabama, y apenas hablaba sobre su infancia.

Una tarde decidí que no se lo podía seguir ocultando. Esperé e a que acabaran las clases y luego fuimos a sentarnos bajo un enorme roble plantado muy cerca del estadio de atletismo.

—Creo que se la razón por la que algunas chicas no se te acercan —le dije mientras me tendía y apoyaba mi cabeza sobre su regazo.

El bajó la suya y me besó, parecía de muy buen humor, y no quería estropearle el día, pero decidí que había llegado el momento.

—Te escucho.

—¿Alguna vez has tenido problemas por tu origen? —le pregunté con mucho tacto.

El negó con la cabeza.

—Pocas veces. Ya te comenté el primer día que la gente se confunde. Cuando ven mi aspecto físico piensan que soy francés o de algún otro país europeo.

—Claro. Pero cuando mencionas tu apellido todos reconocen tu origen.

El asintió con la cabeza.

—Puede que lleves razón —aseguró—. Esas chicas que al principio se acercaban dejaron de hacerlo cuando nombraron mi apellido en clase.

—Olvídalas. No merecen la pena. Son del tipo de personas que están llenas de prejuicios. Tienen miedo a lo desconocido.

Tony asintió un tanto melancólico sin darle demasiada importancia, aunque había vivido aquella situación con anterioridad no quise ahondar en el asunto. Tenía miedo a hacerle daño.

—No saben lo que se pierden —le dije con una amplia sonrisa, lo rodeé con mis brazos y comencé a besarle sin parar.

El sonrió agradecido.

A principios de febrero una gran nevada inundo el campus, Tony había visto la nieve en contadas ocasiones. En el sur reinaba un clima cálido y salvo por algunos frentes polares que bajaban desde Alaska, nevaba en contadas ocasiones.

Nos abrigamos hasta arriba y decidimos ir a Central Park, mientras las maquinas quitanieves trabajaban a destajo intentado hacer la calzada transitable y los operarios esparcían sal por las aceras para que los viandantes no resbalaran.

Aquella tarde el parque parecía un cuento de navidad. Los caminos estaban cubiertos de nieve, y las ramas de los arboles que se extendían a ambos lados

estaban coronadas por un manto de nieve que ofrecía un aspecto fantasmagórico.

El lago donde nadaban majestuosos los cisnes en verano se hallaba completamente helado y los adolescentes patinaban por el hielo como si fuese su hábitat natural.

Nos detuvimos en un pequeño puesto que había en el parque y degustamos un par de chocolates caliente. Luego atravesamos una angosta vereda donde la nieve había formado grandes figuras que parecían esculpidas por el mejor de los escultores.

La nevada duró un par de días, y la disfrutamos como un par de adolescentes.

Capítulo 5

Poco antes de las pascuas paseaba por el campus con aire distraído sosteniendo un par de libros mientras me dirigía a la biblioteca situada al otro lado del estadio de atletismo.

Una chica morena de pelo largo, que rondaría la veintena se acercó a mí.

—Disculpa que te moleste. Acabó de llegar a la facultad y la secretaria está cerrada.

—Los fines de semana no abren —le respondí sabiendo que la chica era la primera vez que pisaba el campus de la universidad.

Ella bajó la cabeza compungida.

—¿Podrías ayudarme? —me preguntó un tanto angustiada.

Yo asentí con la cabeza.

—Estoy buscando a un chico que estudia empresariales. Se llama Tony García ¿Le conoces?

—Claro, somos... amigos —le contesté bastante sorprendida.

—Gracias a Dios. Pensé que tendría que regresar a Quenns sin verle. Me llamo Cristina, soy su esposa —dijo con una amplia sonrisa alargando su mano.

Me quede en silencio unos instantes, intentando asimilar sus palabras. Fue como si me hubiesen golpeado sin previo aviso en la cara.

¿Estaba casado y me estaba engañando? La ira se apoderó de mí y estuve a punto de abofetear a Cristina.

Aunque ella no tenía culpa de nada, al parecer era una víctima más del latín lover del que por desgracia me había enamorado; si alguien se merecía la bofetada por descontado que era él, y no iba a tardar mucho en dársela.

Dejé todo lo que tenía que hacer en la biblioteca y acompañé a Cristina a ver a Tony, aquello había que aclararlo lo antes posible.

—Está en el estadio de atletismo. Seguro que se alegrara mucho de verte —le dije con ironía.

Ella se dio cuenta que mi expresión había cambiado desde que dijo que era su esposa.

En el estadio de atletismo se reunían los estudiantes que aprovechaban para realizar ejercicio al aire libre y no regresaban a sus casas los fines de semana. En medio del estadio estaba el equipo de fútbol americano que entrenaba para el partido que Columbia jugaba con Yale a la semana siguiente.

No tardamos demasiado en ver a Tony, estaba estirando las piernas al pie

de la pista de atletismo, todos los sábados corría diez kilómetros, y practicaba el sprint en la recta principal, su sueño era competir en la prueba de ochocientos metros en los trials de USA.

—Tony —le llamé desde el exterior de la pista.

Al principio no me escucho por el enorme jaleo que existía en el estadio. Tras insistir un poco, giro la cabeza y me devolvió el saludo, creo que ni siquiera reconoció a Cristina. Dejó los estiramientos y se aproximó adonde nos encontrábamos.

Conforme se iba acercando observé como su cara iba cambiando de color, sin embargo, no era una expresión de terror como esperaba, sino más bien de escepticismo, parecía como si hubiese visto un fantasma.

Durante aquellos instantes llegué a pensar que había sido un amor de juventud y que luego la había abandonado antes de viajar a Nueva York.

—¡Cristina! —exclamó sin entender nada—. No has cambiado. Te hubiese reconocido en cualquier parte —entonces fue cuando me miro por primera vez—. ¿Conoces a Heather?

—Acabo de hacerlo —le respondí de forma cortante—. Me preguntó por ti junto a la biblioteca ¿Has visto que pequeño es el mundo? —añadí con una sonrisa maliciosa.

El me miro fijamente y no contesto nada.

—Necesito hablar contigo —dijo Cristina—. A solas.

—Creo que vuestro asunto me concierne —le solté sin tapujos.

Ambos me miraron con sorpresa, Cristina iba a responder algo, cuando Tony le hizo un gesto con la mano y se acerco a mí.

—Te lo contare todo cuando acabe de hablar con ella —me susurró al oído—, pero ahora necesitamos un poco de intimidad.

Estaba tan enojada que me subía por las paredes, pero no podía impedirles que tuviesen una conversación privada, si era su esposa estaba en su derecho.

Se dirigieron a la zona de vestuarios y desaparecieron de mi vista. Me quede allí esperando a que acabaran de charlar. No pensaba darle ni la más mínima oportunidad para que inventara cualquier excusa.

Mientras esperaba con la vista perdida en el estadio no encontraba explicación a aquella situación. Si Cristina pensaba venir a Nueva York ¿Por qué no le había llamado antes? ¿Y si habían acabado su relación que pretendía de él?

Al pensar en ello se me vino el mundo encima, si no quería contarle por teléfono, era evidente de que se trataba de algo importante, y que había más

importante que una nueva vida. Ahora todo me cuadraba, había venido a verlo porque estaba embarazada de él. Bajé la cabeza y me senté en el frío tartán de la pista de atletismo. Durante un instante pensé en salir corriendo, no quería volver a ver a Tony nunca más, ni escuchar sus absurdas excusas, seguro que se excusaría diciendo que ya no la amaba o que no sabía que estaba embarazada o incluso podría inventar que el niño no era suyo.

Tras recapacitar unos instantes comprendí que no podía seguir pensando en ello, la cabeza me iba a estallar, pero si me marchaba siempre me quedaría la duda de lo que ocurrió en realidad, debía afrontar los hechos y ver qué explicación daba para no haber contado que estaba casado y esperaba un hijo.

Media hora más tarde, ambos salieron con una gran sonrisa y se dirigieron hacia mí.

—Gracias por todo —exclamó Cristina y se despidió saludando con la mano mientras Tony se acercaba a mí.

Yo continuaba perpleja ¿había venido desde tan lejos y se marchaba a la media hora?

—Tenemos que hablar cielo —me dijo con un tono conciliador.

—Desde luego que tenemos que hacerlo —le respondí alzando la voz.

Su gesto cambio cuando comprendió que estaba enfadada. Pero ¿que esperaba? Su esposa se presenta tras cuatro meses de relación y debía quedarme callada.

—Se que estas enfadada, pero todo tiene una sencilla explicación —argumentó e intento abrazarme, pero yo me zafé de sus brazos y le empujé contra la pared.

—Escúchame Heather. No es lo que tú piensas. Si después de explicarlo no quieres volver a verme lo entenderé perfectamente.

Continuaba enojada, pero aquello era exactamente lo que quería, que se explicara de una vez.

—Adelante —le respondí con desgana.

—Es cierto, que Cristina y yo estamos casados —reconoció por fin—, pero solo fue un matrimonio de conveniencia.

—¿Y eso que quieres decir? —le pregunté indignada—. ¿En el sur aun arregláis los matrimonios entre distintas familias? ¿O es que ella pertenece a una familia tan rica que no pudiste negarte?

El esbozo una ligera sonrisa, y yo me enfadé aun más.

—No, es eso, cielo. Nos casamos porque ella necesitaba la nacionalidad

americana.

Al oír aquello me quede como en shock, no lo hubiese pensando ni en un millón de años

—Pero... —balbuceé.

—Cristina es mi prima. Ya veo que no habéis hablado.

Maldita zorra pensé, podía haber empezado por ahí.

—Mira esto —dijo señalando unos documentos—, son los papeles del divorcio. Ha venido porque necesitaba que se los firmara. A conocido a un buen chico y se casan la próxima semana.

Al oír aquello lo abracé, y comencé a llorar como si fuera una niña pequeña. Llevaba una hora pensando que lo había perdido para siempre.

—Te quiero, Tony —le susurré cuando deje de llorar. El me besó apasionadamente—. Si tienes algo más que contarme hazlo ahora. No quiero volver a tener más sorpresas.

Capítulo 6

La semana siguiente fue la del problema en el periódico de la universidad.

Durante unos exámenes varios alumnos se quejaron de las notas recibidas por el profesor Fraser. Durante años se habían producido quejas de antiguos alumnos por su forma de puntuar, además de ser demasiado bajas atentaba contra la dignidad de los estudiantes. Pero todas las quejas habían sido desoídas por el director y la junta rectora, ya que siempre se apoyaban.

No obstante en aquella ocasión el asunto había ido demasiado lejos, Fraser había suspendido al noventa y cinco por ciento de la clase incluida la mejor alumna de Columbia que nunca había suspendido un examen, y lo que era aun peor a la directora del periódico.

Los alumnos se sumieron en una rebelión que no se había visto en años en la universidad.

Al día siguiente la redactora jefe del periódico publicó un artículo en el que criticaba abiertamente los métodos de evaluación y el apoyo de unos profesores con otros:

«Como ha quedado patente en el último trimestre hay profesores que se piensan que esta institución es un coto cerrado, y se pasan las normas por el forro de los pantalones. Sin ir más lejos en los últimos exámenes el profesor Fraser ha suspendido a casi la totalidad de la clase después de someter a los alumnos de tercer curso a un examen en el que todas las preguntas estaban fuera del temario que habían impartido en clase e incluso de los libros de texto que había recomendado a principios de curso.

Este periódico se pregunta si semejante personaje merece seguir impartiendo clases en el centro, mas cuando hay cientos de profesores preparados que optan al puesto.

A pesar de ello, parece que es más importante la amistad que la preparación de las clases en algunas instituciones de este país.

O dicho con otras palabras parece que algunos tienen la suficiente bula para hacer en clase lo que les venga en gana sin tener que acatar ninguna de las normas que existen en este centro.

Y ¿Quién tiene la culpa de todo ello? Es algo que los alumnos debemos preguntarnos, y por supuesto no permanecer impasibles ante injusticias que nadie debe ni puede tolerar».

Al día siguiente de ver la luz el periódico de la universidad fue clausurado y la jefa de redacción expedientada con una parte en el que se procedería a la expulsión si no se retractaba; y lo que era aun mas importante los periódicos fueron prohibidos.

—¿Habéis visto lo que ha ocurrido con el periódico? —nos preguntó un integrante de la congregación mientras Tony y yo entrabamos en la hermandad.

Ambos negamos con la cabeza.

—Lo han prohibido.

No recordaba que hubieran clausurado un periódico desde los años sesenta.

—Tengo la impresión de que el director va a conseguir el efecto contrario —le comenté a Tony.

—¿A qué te refieres?

—Si ha prohibido una publicación para que no la lean, ahora es cuando los estudiantes harán lo imposible por leerla.

—¿Se publicaron algunos ejemplares? —le preguntó al chico que había junto a la chimenea.

—Una veintena —respondió con una sonrisa de complicidad.

—Entonces harán fotocopias y lo leerán todos los alumnos de la universidad.

Unos días después el periódico se había difundido por la facultad y lo habían leído la totalidad de los alumnos.

Aquello supuso tal impacto, que los periódicos de tirada nacional se hicieron eco de la noticia y fue contraportada de alguno de ellos. La situación llego a tal extremo que el director presionado por los medios de comunicación tuvo que cesar de su puesto al profesor Fraser durante el resto del curso.

A pesar de ello consiguió evitar la expulsión y regresó a dar clases al año siguiente aunque con una actitud muy diferente.

Capítulo 7

Una tarde Tony y yo estábamos sentados en el parque bajo la sombra de nuestro roble preferido pensando que podíamos hacer para divertirnos.

Yo tenía abierto el periódico por la página cultural, mientras él me quito la parte trasera para leer los deportes. Ya me había acostumbrado a ello, los deportes constituían una parte muy importante para él con la que debía convivir; mis suplicas en varias ocasiones habían constituido un sonoro fracaso, ya que cuando se celebraba una gran competición había que ir con su grupo de amigos a un bar de deportes.

Al pasar la última página observé los anuncios que había en la sección de ocio. Una me llamó especialmente la atención, se trataba del último escape room que habían abierto en el Village.

—¿Qué te parece si damos un paseo por Central Park y luego vamos a una sala de escape room? —le dije y le enseñé el periódico.

A Tony le pareció una buena idea.

Ya habíamos probado otros escape rooms: uno trataba sobre el mundo de los magos y las brujas, una temática muy relacionada con Harry Potter, en la que había que descubrir cómo resolver un misterio escondido; otro trataba sobre un grupo de policías que debían atrapar a unos ladrones desentrañando fórmulas y misterios.

Ninguno de ellos nos había seducido especialmente, incluso habíamos hablado de no volver a ir jamás, pero varios amigos insistieron en que tener una mala experiencia no significaba que todos los escape rooms fueran iguales. Nos comentaron que había algunos muy divertidos y con una buena trama, por lo que decidimos no darnos por vencidos. El del anuncio trataba sobre ciencia ficción, y a ambos nos encantaba el género.

Después de desayunar, cogimos el metro hasta el Village y llegamos justo antes de la comida.

El tipo que nos recibió sabía hacer bien su trabajo, nos estuvo explicando en qué consistía aquella aventura.

—¿Habéis jugado antes?

—Este es nuestro tercer escape —le explicó Tony.

—El de hoy tiene un nivel medio de dificultad —comentó—. Si habéis jugado con anterioridad no será especialmente complicado de resolver.

Ambos guardamos silencio, no habíamos sido capaces de resolver ninguno de los anteriores, pero no queríamos parecer unos paletos recién llegados.

Al entrar la sala nos impactó, no sabíamos si la trama sería buena, pero los decorados eran magníficos. Por un largo pasillo de ventanas por donde se vislumbraba el espacio exterior se accedía a la sala principal; en su interior había varias personas más que formaban parte del juego, todos iban vestidos con el uniforme de Star Trek, y el capitán Kirk daba las órdenes.

—En aquella sala —dijo señalando al fondo—, encontrareis los trajes. En cuanto estéis preparados comenzaremos el juego.

Tras colocarnos nuestros atuendos, nos sentaron frente al panel de mando, a Tony le correspondió ser vulcano y llevaba las orejas puntiagudas. A cada integrante del juego le correspondía un rol en la nave. En la pantalla principal el espacio se aceleraba como si avanzáramos a través de él.

Poco después de comenzar el juego comprendimos que el capitán no era un jugador cualquiera sino un actor contratado para guiarnos mediante pistas que teníamos que resolver.

A los pocos minutos, se cortó la comunicación y en la pantalla principal apareció el jefe de una nave klingon que nos amenazaba con atacarnos.

Se sintieron un par de explosiones y nuestras sillas comenzaron a vibrar como si una bomba hubiera impactado contra la nave. Tony me miraba con incredulidad y me sonreía desde el otro extremo de la sala. Poco después un par de integrantes de la nave fueron raptados por los klingon. A través de una serie de pistas tuvimos que averiguar a qué planeta los habían llevado y rescatarlos del poder de los Khan.

La experiencia fue única, cuando salimos del scape Tony y yo pasamos toda la tarde comentando la experiencia y decidimos regresar para vivir nuevas aventuras.

Aquel día estuvimos comiendo en un restaurante tailandés y regresamos a la universidad a media tarde.

Capítulo 8

El día después de los exámenes de febrero decidimos hacer una escapada a Atlantic City, era la primera vez que hacíamos un viaje junto y la adrenalina corría por cada poro de mi cuerpo.

No habíamos elegido aquella ciudad porque nos gustara el juego, ni mucho menos, nuestra idea era pasar el día recorriendo sus calles y asistir a algún espectáculo de los que ofrecían sus casinos a imitación de Las Vegas. No había artistas de la talla de los casinos del oeste, pero siempre actuaba a algún cantante un tanto venido a menos que ofrecía un buen repertorio.

Aquella mañana subimos en el coche de mi madre, un viejo Ford coupe que había vivido tiempos mejores. El día anterior nos planteamos alquilar un coche que fuese más rápido, pero no merecía la pena gastar ese dinero para dirigirnos a una ciudad que se encontraba a unos doscientos kilómetros.

Aunque un poco más lento aquel coche nos llevaría a su destino sin problemas o al menos eso esperábamos, yo no tenía ni idea de mecánica y por lo que sabía aquella no era una de las habilidades de Tony. Era todo lo que una mujer podía desear en un hombre, pero no era un manitas, me veía teniendo que llamar al equipo de mantenimiento cada vez que hubiese que cambiar un grifo o una bombilla; en fin nadie es perfecto.

Atravesamos el puente de Brooklyn al amanecer, el sol todavía estaba bajo y resplandecía sobre las tranquilas aguas del Hudson.

Solo nos detuvimos cerca de New Jersey para repostar gasolina y desayunar en un bufet de carretera que no merece ser nombrado.

A media mañana estacionamos el coche en un parking que había cerca del puerto. Fuimos a dar un paseo por su bullicioso paseo marítimo, en una hilera de grandes edificios en primera línea de playa se situaban los lugares de ocio de aquella ciudad: restaurantes, pub, cafeterías, tiendas de artículos de regalo y por supuesto un casino cada pocos metros. Aquello parecía un Disney world para mayores.

Por fortuna ambos éramos mayores de edad, un par de años antes hubiéramos tenido grandes problemas para acceder a la mayoría de los locales de la ciudad.

En el hotel donde nos hospedamos vimos un anuncio de la actuación de La Toya Jackson, no era nuestra artista preferida, pero pensamos que no estaría mal pasar una noche disfrutando de su espectáculo.

Paseando por el puerto me di cuenta que Tony no apartaba la vista de los carteles luminosos que encontrábamos a nuestro paso. Sin previo aviso me agarró por el brazo, y sin mediar palabra me introdujo en una sofisticada joyería que había consultado con anterioridad por internet.

—Tengo una reserva a nombre de Tony García —le dijo al dependiente, un chico de nariz aguileña que tendría más o menos nuestra edad.

Un hombre más mayor con un gran parecido físico atendía a otra pareja al fondo del establecimiento, enseguida deduje que debía tratarse de un negocio familiar.

El chico consultó el ordenador, y fué hasta la trastienda.

—¿Que es todo esto, Tony? —le pregunté sin entender nada.

—Es una sorpresa, cielo. Espera unos instantes y lo veras.

Al momento regreso con un bonito estuche de terciopelo azul marino y abrió la caja. De ella extrajo una deslumbrante cadena de oro con un precioso camafeo con un hada que batía las alas sobre un hermoso jardín.

Yo lancé un grito ahogado.

—Pruébatelo —sugirió Tony con una sonrisa.

Me incline hacia el mostrador y el dependiente puso sus frías manos sobre mi cuello y abrocho la cadena.

Me mire en el espejo que tenia sobre el mostrador y el broche hacia juego con mi suéter, no podía ser más feliz.

Le di un abrazo a Tony y lo bese con todas mis fuerzas. No esperaba aquel regalo, aquel chico era una caja de sorpresas que no paraba de abrirse.

—Me lo llevo puesto —le dije al dependiente cuando fue a quitarme el broche.

El sonrió y guardó la caja en una elegante bolsa.

A mediodía fuimos a un restaurante de mariscos que había frente a la bahía. No podíamos permitirnoslo, pero Tony insistió en que lo pagaría de la beca.

No supe que decir, por un lado me sentía halagada, pero por otro temía que comenzara a gastarse el dinero antes de utilizarlo en el resto de la carrera.

Nos sirvieron una crema de mariscos y un par de langostas regadas con un excelente vino blanco de los viñedos californianos.

Por la tarde probamos suerte en un par de maquinas tragaperras del casino donde nos alojábamos, pero como era de esperar no ganamos ni un dólar, fue nuestra mínima experiencia en los casinos durante aquel fin de semana.

Por la noche acudimos al concierto, la mayoría de los asistentes rondaban

los cincuenta años, creo que éramos la única pareja que no llegaba a los treinta, nos sentíamos un poco fuera de lugar. Pero cuando oímos el primer acorde nos olvidamos del resto y disfrutamos de un agradable concierto.

Por la noche regresamos a la habitación, aquel día me sentía más nerviosa de lo habitual, no solo me había regalado una bonita joya, sabía que al fin había llegado la anhelada noche que habíamos estado esperando, por un motivo u otro no habíamos hecho el amor, y sabía que el día al fin había llegado.

En el pasillo del hotel, Tony me cogió en brazos como si fuéramos una pareja de recién casados y abrió la puerta de la habitación, sin dejar de besarme ni por un solo instante me llevo hasta la cama y me tumbó allí, se quitó la camisa y comenzó a besarme por el cuello con ternura, conforme iba bajando iba desabrochando los botones de mi blusa.

Le puse las manos en la cabeza y comencé a arremolinar su cabello rizado. Luego subió hacia arriba y hundió su lengua en mi boca mientras me apretaba con firmeza.

Me sentía tan nerviosa que incluso tiritaba de frío, con un rápido movimiento de sus manos desabrocho el sujetador y comenzó a besarme todo el cuerpo.

Me agarró los brazos los atrajo hacia atrás y comenzó a hacerme el amor con tanta dulzura que jamás olvidare la primera noche que pasamos juntos.

Aquella fue la mejor experiencia que he tenido en mi vida, fue justo como siempre lo había soñado.

A la mañana siguiente, tras pasar la mejor noche de mi vida, llamo al servicio de habitaciones, le dio una propina al camarero, me despertó con un apasionado beso y sirvió el desayuno en la cama.

Luego regresamos a Nueva York, y pasamos toda la tarde abrazados en una obra de teatro amateur que se estrenaba en el Actors Studio.

Capítulo 9

En la clase del profesor Cadwell se debatían los ciclos económicos que afectaron a la economía mundial en los últimos cien años.

Dejando al margen el crack de la bolsa del 29, cuya economía no se recuperó hasta después de la segunda guerra mundial, el profesor exponía los diferentes ciclos de crisis.

Desde la crisis del petróleo del año 73, se había producido un nuevo repunte cada veinte años más o menos; el siguiente fue en el año 91 coincidiendo con la crisis del golfo y el actual en el 2008.

—¿Quiere eso decir —le interrumpió Tony— que antes de 2030 volveremos a tener una crisis económica a nivel mundial?

—Todo apunta a ello —afirmó Cadwell.

—¿Y no podemos hacer nada para impedirlo? —le pregunté intrigada.

Nunca había comprendido porque ningún analista da la voz de alarma ante una posible crisis. Por lo que pude averiguar hay algunos que si lo hacen, pero por desgracia nadie les escucha y la noticia no llega a los medios de comunicación.

—Me temo que mientras no se hagan reformas en el sistema, todo continuara igual. Los brokers campan a sus anchas y las grandes empresas multinacionales son las que dirigen la economía mundial. Los gobiernos poco o nada pueden hacer para impedirlo.

—¿Esta insinuando que muchos analistas conocen cuando se va a producir una crisis y no hacen nada para impedirlo?

—Eso es difícil de afirmar —respondió el profesor—. Pero me temo que muchos se deben mas a la fidelidad de su empresa que al bien común de los ciudadanos.

—¿Y qué podemos hacer para sobrevivir a una crisis?

—No entraparnos hasta las orejas, aunque esto es fácil de decir y difícil de cumplir. Y por supuesto tener un colchón económico para cuando vengan los tiempos difíciles.

Ante aquella sentencia el resto de la clase se quedo en silencio, eso quería decir que la única fórmula era ahorrar.

—¿Está usted de acuerdo con mantener el sistema? —volvió a preguntar Tony.

—No es perfecto, pero es el mejor que ha conocido la sociedad democrática hasta el momento.

—Entonces apoya ¿que también haya crisis económica? —le preguntó un chico alto y delgado que se sentaba al final de la clase.

—Yo nunca he dicho semejante tontería.

Sonó el timbre, cogió sus libros y se marchó dejándonos con mal sabor de boca. Mejor sería vivir el día a día y olvidar lo que puede suceder en el futuro.

Capítulo 10

Mi amiga Jessica Fletcher me convenció para que asistiera a un casting en un pequeño teatro situado en Broadway. Al principio pensé que sería una pérdida de tiempo, los exámenes estaban a la vuelta de la esquina y no podía dedicarme a más actividades extraescolares.

No obstante pudieron más mis deseos de dedicarme al mundo del espectáculo. Desde que tenía doce años me apasionaba el cine y por supuesto el teatro, me pasaba las tardes y algunas noches (cuando mis padres dormían) viendo los clásicos de cine que emitían en televisión. Soñaba con emular la carrera de los grandes actores de la época dorada de Hollywood, me hubiera encantado nacer en una época donde el glamour y el estrellato eran algo sublimes, muy diferentes a lo que se conoce hoy en día.

En aquella época las grandes estrellas eran como dioses inalcanzables a los que se les permitía todo y a los que todos querían emular. Me gustaban todos los géneros, pero si tuviera que decantarme por alguno sería por el romántico, y más concretamente por el de la comedia romántica, nombres como Howard Hawks o Billy Wilder siempre estaban en mi pensamiento. Sin ellos el cine americano no sería lo que es hoy en día.

La audición se celebró una tarde lluviosa en los sótanos de un oscuro callejón en una de las calles paralelas a la avenida de Broadway, donde las luces de neón resplandecían, y se respiraba un ambiente festivo imbuido por los aficionados al teatro y los musicales.

En las taquillas se compraban las entradas con antelación, era casi imposible encontrar una buena entrada a no ser que la compraras en la reventa a unos precios desorbitados. Atravesar aquella calle era como un chute de adrenalina a la hora de enfrentarte a la primera audición. Sentí un fuerte escalofrío en cuanto entramos al callejón, esperaba que mis nervios no fuesen a traicionarme aquella tarde.

—Es allí —anunció Jessica señalando unas diminutas escaleras que bajaban a una desvencijada puerta.

Cuando entré en el vestíbulo había partes del decorado amontonados por todas partes, las tenías que esquivar para llegar hasta la platea. Enseguida comprendí que aquella no era una obra de relumbrón.

—¿Sois las del casting? —preguntó un tipo de mediana edad con unas enormes gafas cuyo cabello comenzaba a ralearse.

Las dos asentimos al mismo tiempo.

—Esperad aquí —dijo elevando la palma de la mano—. Todavía no ha terminado la audición del grupo anterior.

No sabía si estaba preparada para la prueba, tan solo me habían comentado que era una primera toma de contacto y que me aprendiera un pequeño texto para recitarlo.

Primero llegó el turno de mi amiga, apenas pude ver su actuación desde las bambalinas, intentando alzar el cuello sobre el decorado. Su interpretación me pareció bastante convincente, aunque desconocía lo que buscaban los directores del casting.

Un par de minutos después regresó con una sonrisa.

—Su turno —me apremió el empleado.

Salí nerviosa al escenario, me sorprendió que tan solo hubiera tres personas en la primera línea de butacas esperando la actuación. El resto del teatro estaba a oscuras, detrás de mi había una gran cortina de color rojo burdeos; el ambiente no era el más propicio para meterse de lleno en un papel, es más me pareció frío y lúgubre, pero sin pensarlo dos veces me lance a ello.

—Heather Winslow —dijo una rubia alta y escuálida que debía rondar los cuarenta y parecía llevar la voz cantante.

Yo asentí con la cabeza mientras ella tachaba mi nombre de un cuaderno.

Respiré hondo y me lancé de lleno al vacío. El texto no era demasiado largo, lo recite en un par de minutos.

Cuando terminó mi interpretación observé como hablaban acaloradamente entre ellos.

—Nos pondremos en contacto con usted —me aseguró su compañera mientras tomaba notas.

Salí con una reluciente sonrisa mientras Jessica me esperaba al otro lado del escenario. Estaba tan exultante que me comía el mundo, aunque también lo estaba ella cuando acabo su actuación; era tan difícil que te escogieran para un papel que no quería hacerme demasiadas ilusiones.

Mi mayor sorpresa llegó cuando descubrí que detrás de las bambalinas estaba Tony esperándome con un ramo de rosas rojas.

—¿Pensabas que iba a perderme el debut de mi actriz favorita? —preguntó y me besó en los labios con suavidad.

—Menuda sorpresa —le dije mirándole con un brillo en los ojos—. Esto es cosa tuya —añadí y giré la cabeza hacia mi amiga que sonreía sin parar.

No había querido decirle nada, sabía que estaría mucho más nerviosa si me acompañaba. Aunque he de reconocer que me alegre de verle, fue una grata

sorpresa que me llegó al corazón.

Cuando salimos al exterior la lluvia había amainado. Fuimos hasta una elegante cafetería que servía los mejores croissant de la ciudad. Pasamos la tarde dejando volar nuestra imaginación si conseguíamos que nos diesen el papel. La recuerdo como una de las más felices de mi vida, mucho antes de que todo comenzara a complicarse.

Una semana después me ofrecieron un papel en la obra de teatro, por supuesto no era el papel principal, ni tampoco uno de los actores de reparto, tan solo actuaba en cuatro escenas, pero para mí era un comienzo esperanzador.

Capítulo 11

Tony era un apasionado de la historia, y en Columbia todos los años se celebraba una competición que encumbraba al ganador como campeón en historia de la economía.

El concurso se celebraba en primavera. Tony no lo supo hasta última hora y apenas tuvo tiempo para prepararlo. Había unas eliminatorias en las que se iban pasando ronda y solo tres alumnos accedían a la gran final. A pesar de que no le dio tiempo a estudiar, pensó que no tenía nada que perder y se presentó a las eliminatorias.

En primera ronda le tocó un tipo de cuarto curso con el que tuvo una enconada batalla que finalmente se decidió de su parte por una sola respuesta. No sabía si los nervios le habían jugado una mala pasada o es que le había tocado el rival más duro, de todas formas se alegró de eliminarlo antes de la final, poco después supó que era un alumno de matrícula de honor en la mayoría de las asignaturas. El resto de eliminatorias las pasó con solvencia hasta que se plantó en la final.

Al salir de clase bajé las escaleras que conducían al pabellón inferior y me encontré a Tony comprobando el tablón de anuncios.

Le tapé los ojos sin que me viera, y enseguida se volvió y me dio un beso.

—¿Y si no hubiera sido yo? —le recriminé entre bromas.

—¿Quién iba a ser sino? Solo tú me tapas los ojos.

—Podría haber sido cualquiera de esas pesadas que no te dejan en paz ni un instante.

—¿Estas celosa? —me preguntó en el momento en que uno de los grupos que solía agobiarle paso por su lado.

—No —respondí—, pero no me negaras que son tediosos.

El sonrió.

—Acaba de salir la fecha del final del concurso para dentro de un par de semanas ¿Vendrás a verme?

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo. Seguro que les darás una buena lección.

—No creo que vaya ser tan fácil —contestó—, pero me reconforta tu confianza en mí.

Aquellas dos semanas pasaron muy rápido, yo continuaba con mis ensayos de teatro en Broadway mientras Tony estudiaba para el concurso, aquella

prueba no era ninguna tontería, el ganador además del reconocimiento del campus conseguiría una suculenta beca para el siguiente curso, y Tony la necesitaba.

Aunque tenía dinero ahorrado por el trabajo de camarero en verano, la mayor parte de la carrera la sufragaban sus padres, y aquello mantenía su economía asfixiada, el plan de ahorros en el que habían invertido desde que era pequeño no lograba sufragar la totalidad de los gastos. Apenas nos vimos durante esos días, pero ambos sabíamos que era importante para nuestro futuro.

El día llegó, y el salón de actos se vistió de gala para la celebración, todo estaba engalanado con los colores de la bandera americana. Cuando accedí al salón todo me recordaba a un mitin de campaña electoral.

El profesor Jameson situado en el atrio principal abrió la velada anunciando el nombre de los tres finalistas.

Los oponentes de Tony eran un chico afroamericano de tercer curso con una intensa mirada que vestía unos pantalones de pinzas color gris y una camisa blanca con un suéter rojo. A su lado un tipo rubio de cabello engominado y grandes gafas de cartier que me recordaba sobremanera al actor Seymour Hoffman.

Los tres se dispusieron en sus atriles, mientras el profesor iba efectuando las preguntas. El auditorio estaba dividido, cada alumno tenía su favorito, aunque había quien aplaudía todas las respuestas sin importarles quien fuera el ganador. Yo me hubiese decantado por estos últimos salvo porque uno de los participantes era mi pareja.

Tras media hora de competición los tres aspirantes no habían fallado ni una sola pregunta, y comprendí lo difícil que sería ganar. El profesor Jameson estaba angustiado, era como si se le estuviesen acabando las preguntas a un ritmo desenfrenado.

Cuando todo entraba en una fase monótona, el chico afroamericano fallo una pregunta que no parecía de las más complicadas, quizás la presión pudo con él, abandono el atril con la frente empapada en sudor.

Yo miraba fijamente a Tony y no lo veía especialmente preocupado, ya me había comentado antes de empezar el concurso que no se obsesionaría.

—¿Podría decirme cuál es la teoría de Malthus? —preguntó el profesor a Tony, este tardo un poco en responder.

—Malthus sostiene que el crecimiento de la población es mayor que el de los recursos para la supervivencia —respondió.

Aquellos segundos se me hicieron eternos, pero finalmente acertó la pregunta.

—Y usted señor Collins, ¿podría decirme quienes fueron los economistas intervencionistas en la primera mitad del siglo XIX?

El chico alto y rubio se pensó la respuesta durante unos instantes.

—Sismondi... —contestó tras unos segundos.

—Correcto...y ¿el segundo?

Collins se encogió de hombros y acabó negando con la cabeza.

Los alumnos comenzaron a aplaudir cuando el profesor Jameson nombro a Tony a ganador.

No cabía en mí de satisfacción y fue corriendo a abrazarle. Por primera vez vi como un par de lágrimas corrían por sus mejillas, aunque lo disimulo y fue a enjuagárselas con un pañuelo.

—Tengo que llamar a mis padres —me dijo nada más salir del salón de actos. Corrió hacia el jardín y llamó desde su móvil.

Mientras lo observaba estaba tan orgullosa de él como un padre de sus hijos.

Pasamos el día celebrando la victoria, fue un día inolvidable.

Capítulo 12

Una tarde Tony pasó a recogerme más serio de lo habitual, en cuanto lo vi sabía que algo iba mal. Durante unos instantes temí que alguno de sus familiares hubiera sufrido un accidente, pero me equivocaba por completo.

—Necesito hablar contigo —dijo con la cabeza gacha sin ser capaz de mirarme a los ojos.

Yo asentí con la cabeza.

Fuimos hasta una cafetería que había a las afueras del campus y nos sentamos junto a una enorme cristalera.

—Quiero que sepas que eres la persona que más quiero en este mundo —aseguró apretando con fuerza mi mano por encima de la mesa y comenzó a llorar como un niño pequeño.

—¿Que ocurre Tony? —le pregunté preocupada.

—Lo siento, Heather, pero vamos a tener que dejar de vernos —respondió alzando un tanto la vista.

No había terminado la frase cuando sentí un profundo dolor en el corazón, era como si me hubiesen apuñalado en plena calle y la herida no dejara de sangrar. Jamás pensé que escucharía aquellas palabras de su boca.

—No... no entiendo nada, Tony —balbuceé casi sin poder articular palabra.

El asintió con la cabeza, como si comprendiera mi desconcierto.

—¿Recuerdas la fiesta de navidad?

Yo asentí con la cabeza.

—Cuando regresé a la hermandad no te hice caso, ojala lo hubiese hecho —dijo y pego un puñetazo encima de la mesa—, continúe bebiendo con mis amigos hasta que perdí el control.

Hizo una pausa y se enjugó las lágrimas, a pesar de que me estaba rompiendo el corazón sentía una profunda tristeza al verle llorar.

—Al día siguiente mis amigos me dijeron que subí a una habitación con Helen Dreyfous.

—Lo sabía —respondí hecha una furia—, sabía que esa furia no pararía hasta conseguirte.

—Pero ese no es el problema, Heather —dijo y volvió a mirarme.

Lo observe desconcertada sin comprender a que se refería.

—Esta mañana mientras estábamos en clase se acerco a mí, y me confesó que está embarazada de tres meses.

Di un grito y me llevé las manos a la cabeza, fue como si mi mundo se hundiera en cuestión de segundos.

Algunos clientes del bar comenzaron a mirarnos sin entender lo que estaba sucediendo.

—Pero... pero, puede abortar, o... o criarlo ella sola —le dije intentando encontrar una solución—. Te engañó, Tony. No puedes tirar tu vida por la borda por esa arpía.

El asintió con la cabeza.

—Llevas razón —respondió tan pensarlo unos segundos—, pero es mi hijo y tengo que aceptar mi responsabilidad.

—Hay miles de madres solteras con niños no deseados —le contesté echa una furia, estaba perdiendo los nervios—. Puedes pagarle una manutención.

—No lo entiendes —aseguró moviendo la cabeza—. Pertenezco a una familia tradicional. En cuanto mis padres se enteren me obligaran a casarme con ella sin pensar en las consecuencias.

Ante aquella afirmación no supe que responder, sus estúpidos argumentos me desesperaban, fui incapaz de responder nada que le hiciese cambiar de opinión.

—Tienes que entenderlo —dijo y volvió a cogerme la mano.

—Necesito saber algo —le contesté destrozada—. ¿La quieres?

El se quedó un momento en silencio y luego negó con la cabeza.

—No es tan mala chica —respondió al fin—. Tan solo un tanto alocada y egoísta. Solo quiere que le presten a atención.

Aquello fue lo último que esperaba oír, solo me faltaba que intentara justificarla.

En aquel momento comprendí que lo había perdido para siempre, aquella arpía lo había embrujado y no lo soltaría jamás.

La situación lejos de mejorar se agravó, durante el tiempo que quedaba para finalizar el curso los veía siempre juntos y a ella se le comenzó a notar el embarazo; por más que intente abstraerme aquella situación era superior a mis fuerzas, por suerte pronto llegaron las vacaciones de junio.

Aun me quedaba un año más para terminar la carrera, pero me negué a compartir el mismo espacio y volver a verles juntos.

Aquella situación me superaba, y tuve que tomar una decisión drástica, me cambié de universidad. Mis notas eran lo suficientemente buenas y me admitieron en la universidad de Chicago; allí terminé mis estudios y jamás supe nada más de Tony García.

Poco después de acabar mis estudios comencé a trabajar en una empresa de informática y allí es donde conocí a mi marido Fred; no me enamoré de él cómo de Tony, ni mucho menos. Al principio me pareció uno más de entretantos; sin embargo, me estuvo persiguiendo durante seis meses hasta que consiguió que saliéramos un fin de semana. Día tras día no dejaba de enviarme flores y regalos, y siempre adulaba mi belleza, a mi me gustaban sus atenciones, pero no terminaba de encender esa chispa que todas llevamos dentro.

Al final comenzamos a salir, tengo que reconocer que era atento y cariñoso, y poco a poco me fui enamorando, aunque nunca experimenté nada semejante a lo que había sentido por Tony; aunque todas mis amigas insistían en que lo importante era que encontrara a un hombre bueno que me quisiera y respetara.

Durante un tiempo llevaron razón, los primeros años de mi matrimonio fueron felices, estábamos en la clásica burbuja de cuando se comienza una relación y todo es nuevo y maravilloso; aunque con el paso de los años el amor se marchitó y en una segunda fase solo quedo amistad y respeto.

Más adelante esa amistad también se fue perdiendo, y nos convertimos en una pareja amargada e insulsa en la que no sabes porque sigues aguantando a su lado, quizás por los bienes materiales, no perder la casa y el qué dirán tus amigos. De esa forma anodina y monótona llegue a los cuarenta.

Pero un día me levanté y mi mente cambio, solo hay una vida y hay que aprovecharla; si algo anhelaba era volver a sentirme deseada aunque solo fuera una vez y sin pensarlo dos veces me puse manos a la obra.

Capítulo 13

Nueva York 2025

— ¿Y mantiene que sostuvo relaciones sexuales con ese tipo durante varios encuentros y nunca le vio la cara?

Yo asentí con la cabeza y mis mejillas volvieron a inundarse de lágrimas.

— ¡Es que nos ha tomado por estúpidos! —exclamo el oficial levantándose de la silla como un resorte.

—Les aseguro que es la verdad —conteste desesperada—. Formaba parte de nuestras fantasías sexuales.

El inspector negaba con la cabeza una y otra vez, no creía ni lo más mínimo de lo que le estaba contando.

— ¿Conocerá su nombre al menos?

—Nunca lo menciono —respondí sabiendo lo ridículas que sonaban mis palabras.

—Creo que todavía no es consciente de la situación en la que se encuentra —añadió el oficial—. Cuando esto salga a la luz será primera plana en todos los periódicos. Y la opinión pública no tendrá piedad de usted.

—No se da cuenta de que es la única sospechosa del asesinato —repuso el inspector levantando los brazos.

—Les aseguro que no fui yo. Tienen que creerme —me derrumbé y caí de bruces sobre la mesa desconsolada. Sabía que no tenía defensa alguna.

—Sus huellas están por todo el cuerpo.

—Pero tiene que haber restos del tipo que me acompañaba —argumente intentando defenderme—. Practicaron sexo varias veces.

—Hay indicios de penetración. Pero no existen restos de semen.

Yo la mire atónita, sin entender nada.

Luego recordé que aquel tipo nunca había eyaculado cuando estaba conmigo, quizás no pudiera hacerlo.

El inspector abandono la sala y me quede a solas con el oficial.

—El Comisario piensa que encubre a su cómplice.

Yo negué con la cabeza.

—Fue él —asegure desesperada—. Tiene que creerme —repetí.

—He visto de todo en esta comisaria —afirmo con un gesto despectivo—. Pero su cinismo raya en lo grotesco. Es usted una celosa compulsiva que asesino a la victima cuando descubrió que la prefería a ella.

—No —respondí desconcertada.
—Diga la verdad y ahorraremos muchas horas.
—Está bien —admití a regañadientes—. Le contaré toda la historia desde el principio.

Capítulo 14

Desde hacía varios meses había mantenido diferentes aventuras en páginas de contacto, pero aquello lejos de representar una novedad no me satisfacía plenamente.

En algunas ocasiones incluso tuve que salir corriendo cuando descubrí los hombres con los que me citaba. Te excitan mucho con los mensajes pero cuando les ves en persona, algunos son unos auténticos adefesios que te acababan bajando la lívido de golpe.

Mi marido llevaba meses sin satisfacerme sexualmente. Al principio de la relación tuvimos mucha química, pero transcurridos un par de años la pasión nos abandono y acabe teniendo fantasías sexuales con estrellas que aparecían en televisión y con todo tío macizo con el que me cruzaba por la calle.

En más de una ocasión pasaba por algún gimnasio para alegrarme la vista; incluso estuve matriculada un par de meses para tener alguna tórrida aventura.

Pero allí todos son unos narcisistas ególatras que prefieren mirarse al espejo antes que las mujeres que tienen enfrente. Yo lo que quería era un hombre de verdad ¡Joder! y no tanto niñato engreído compitiendo entre sí.

Trabajo en unas anticuadas oficinas informáticas situadas en Brooklyn, es un empleo incluso más aburrido que mi marido. Tengo un jefe al que es mejor no mirar a la cara que me controla constantemente.

Una tarde estuve recorriendo varias tiendas en un centro comercial, no buscaba nada de particular, tan solo me apetecía dar un paseo y alejarme de mi marido. Entre en una tienda de lencería francesa que habían abierto recientemente y estuve contemplando unos corpiños de encaje y unos bodies de seda que eran una maravilla.

Cuando tenía entre mis manos unos panties de licra sentí una fría mano en el hombro y me lleve un susto de muerte.

— ¿Heather? —preguntó una dulce voz a mis espaldas—. Eres tú ¿verdad?

Detrás mía estaba Richard, mi primer amor del instituto, llevaba sin verle más de diez años.

— ¿Qué tal estás? —respondí con una gran sonrisa besando su mejilla.

—Genial. Conseguí acabar la carrera de derecho y abrí un bufete cerca de aquí.

—Me alegro por ti —asegure.

— ¿Tienes tiempo para tomar un café?

Mire la hora intentado hacerme la interesante; no tenía ningún plan y comenzaba a aburrirme de visitar tantas tiendas.

—Me da tiempo a uno.

Fuimos hasta la cafetería más cercana y me conto su vida desde que dejamos de vernos.

—Me he casado y tengo dos hijos.

—Que suerte. Nosotros no tenemos ninguno —le aclare.

Me fijé en que apenas habían pasado los años por él, mantenía el mismo atractivo de siempre. Mientras hablábamos vinieron a mi mente numerosos recuerdos, me había enseñado a besar y lo hacía como nadie. Luego recordé lo bien que lo pasábamos juntos y cuando introducía su mano por debajo de mi jersey en el pub que solíamos frecuentar.

—Mis padres murieron —aclaro cuando llevábamos un rato charlando.

Entonces puse mi mano sobre la suya intentando consolarle.

Cuando iba apartarla la agarro y me lanzo una mirada lasciva que me hizo estremecer.

Al salir de la cafetería me acompaño hasta el coche que estaba en el garaje. Cuando abría la puerta me beso con un ímpetu desmedido, y le devolví el beso con la misma pasión.

—Te deseo. Necesito estar contigo.

—Yo también —respondí soltando un gemido.

Entramos en el coche y comenzó a acariciarme, el corazón me iba a mil. Nuca me había dejando llevar como aquel día, pero estaba dispuesta a todo por sentirme deseada durante unos instantes.

—Aquí no —dije apartándole de mí—. Vayamos a un hotel.

—De acuerdo —contesto incorporándose.

Visitamos un par de hoteles, pero era temporada alta y no había forma de encontrar habitación.

Finalmente tuvimos que conformarnos con ir a un pub y nos sentamos en los reservados que había al otro extremo de la barra. Aquel lugar estaba bastante oscuro, Richard me beso por el cuello y luego ascendió hasta llegar a la boca, me mordió el labio y luego me beso con un ímpetu que yo ya no recordaba.

Mientras tanto sus manos ascendían por mi cintura y recorrían suavemente todo mi cuerpo, aquello me recordó a cuando iba al instituto y mantuve relaciones fugaces con varios chicos sin llegar a hacer el amor.

Los clientes que pasaban por allí nos miraban sorprendidos, aquello era

normal entre adolescentes, pero con nuestra edad era un tanto ridículo, sin embargo, no me importo estaba tan excitada que aquello me supo a gloria.

Al finalizar regresamos al coche y cuando se despedía me dio su WhatsApp antes de besarme de nuevo.

—Te llamare pronto.

Yo sonreí y arranque el coche.

Capítulo 15

El jueves por la noche mientras me aburría tumbada en el sofá viendo una horrible película, Richard comenzó a enviarme mensajes de WhatsApp.

La conversación empezó preguntando que tal había pasado el día, luego dijo que me añoraba, y una cosa llevo a la otra hasta que comenzó a subir el tono.

—Te deseo. No hago otra cosa que pensar en ti.

—Y yo en ti —le respondí.

—Me vuelves loco.

—Me estremezco cada vez que estoy a tu lado.

Yo solté una carcajada y mi marido que estaba concentrado en la película arrugo el entrecejo y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada. A las chicas del trabajo que se les va la pinza. Siempre mandado chistes obscenos.

El gruñó y volvió la cabeza hacia la pantalla.

—¿Te llamó? —preguntó.

—Estoy con mi marido.

—El no está invitado —respondió.

Volví a soltar una carcajada y mi marido se giro con cara de pocos amigos.

—Tengo que acabar unos documentos —le dije y me levanté.

El asintió con la cabeza.

Entré en el baño y por un momento pensé en llamarle, pero continuamos la conversación por WhatsApp.

Cuando menos lo esperaba se abrió la puerta y mi marido me pilló desnuda, di un salto y se me cayó el teléfono al suelo.

Puso cara de estupor, pero en lugar de decir nada, se abalanzó sobre mí y comenzó a tocarme, llevaba sin hacerlo más de un mes, no sé qué mosca le había picado, quizás le excito verme así.

Me llevó hasta la cama y se tumbó encima, estaba tan ansioso que enseguida me hizo el amor. ¿es que ya no recordaba cuanto me gustaban los preliminares?

Al principio consiguió excitarme, pero un par de minutos más tarde todo había terminado, se levanto y se fue al baño. Era la misma historia de siempre; aquello no tenía arreglo.

Cuando me levante por la mañana vi un WhatsApp de Richard en el que decía que me esperaba aquella tarde en el centro comercial.

En cuanto llegué me abrió la puerta de su coche y sonrió.

—¿Has pensando en mi esta noche? —dijo tras darme un beso de tornillo.

—Claro —le asegure.

—¿Confías en mi? —preguntó cuándo arranco el coche.

Yo asentí con la cabeza, sin saber adónde quería llegar.

—¿Qué pretendes? —comenté al llegar a un semáforo, no soportaba aquella incertidumbre.

—Es un secreto.

—Dímelo —susurre con voz melosa.

—Entonces ya no lo sería.

Solté una carcajada.

El lugar donde íbamos no quedaba demasiado lejos de allí, atravesamos un par de avenidas y en veinte minutos nos presentamos en sus puertas.

En su fachada podía leerse un rotulo que decía: Dreams Paradise.

Su exterior presentaba un estilo vanguardista al más puro estilo Gehry con cubículos entrelazados en una enorme torre inclinada que recordaba a la de Pisa.

—¿De qué va esto? —pregunté boquiabierto frente a sus puertas.

—Es una empresa que organiza todo tipo de fantasías.

—Interesante —respondí con una sonrisa de complicidad.

Richard pasó una tarjeta por un lector que había a la izquierda de la puerta principal y se abrió uno de los rombos de cristal de la fachada y entramos.

Su interior era de un blanco inmaculado, no había ningún artículo en su decoración y tan solo al fondo se divisaba un pequeño mostrador donde apareció un chico joven con el pelo muy corto que te miraba de arriba abajo con aires de suficiencia. Nos guio por un pasillo hasta una pequeña sala de proyección. Al entrar vimos varios asientos reclinables de cuero negro donde nos indico que nos sentáramos; acto seguido abandono la sala, y comenzó la emisión de un video informativo.

En él pudimos ver diferentes aventuras de fantasías. Richard me propuso comprar uno llamado: Un día de pasión, que incluía un fin de semana en un destino por decidir. El fin de semana era difícil que pudiéramos llevarlo a cabo, ya que tendría que coincidir algún día en el que ambos nos librásemos de nuestras parejas; pero para el día de pasión si teníamos tiempo suficiente.

— ¿Podríamos realizarlo hoy? —preguntó Richard al dependiente.

—Claro —respondió con una sonrisa picarona—. Cuanto antes mejor.

Hizo una llamada y realizó las gestiones oportunas.

El sistema era de lo más sofisticado, nos entregaron un pequeño sobre sellado que contenía un microchip que se instalaba en el GPS del coche. Aquello llamó mi atención sobre manera.

Salimos del edificio y montamos en el vehículo. No era complicado de instalar y tras un par de minutos sobre la pantalla del GPS apareció un itinerario con tres destinos unidos por una línea roja que debían completarse el mismo día.

Lo más llamativo era que el sistema tan solo desvelaba el primer destino, los otros dos aparecían con un signo de interrogación.

—¿Qué significan?

—Que hasta no completar el primer nivel no podremos acceder a los siguientes.

—Que misterioso —respondí—. Esto comienza a gustarme. Me siento como James Bond en una misión secreta.

Arrancamos el coche y nos dirigimos en dirección al sur de la ciudad.

— ¿Dónde has conocido esta empresa? —quise saber cuándo paramos en un paso de peatones.

—El otro día cenando con mis compañeros nos entregaron esta tarjeta.

— ¿Parece bastante exclusiva?

—Lo es. Tan solo te admiten si vas recomendado por alguien.

Yo sonreí, aunque decidí no preguntarle quien le había facilitado el contacto.

Antes de llegar a New Jersey cogimos un desvío que nos llevo hasta una vieja mansión que a simple vista parecía deshabitada.

La casa poseía dos plantas de color negro grisáceo desgastadas por el paso de los años y las inclemencias del tiempo. Cuando bajamos del coche vimos que su parte posterior encubría varios edificios que no se divisaban desde la carretera; de una estrecha chimenea salía un poco de humo y detrás de él había una pequeña cúpula coronada por una media luna.

—¿Es aquí? —pregunté intrigada.

—Eso indica el GPS.

—Vamos —dijo con un gesto de su mano cuando vio que comenzaba a dudar.

Llamamos a la puerta y nos recibió un tipo bajito y rechoncho con un fuerte

acento.

—Bienvenidos a los baños turcos de Esmirna —dijo con una ligera reverencia.

—Gracias —respondimos.

—Venid. Os acompañare hasta el hamman —anunció haciendo una ligera reverencia.

Atravesamos un largo corredor que estaba oscuro como la boca de un lobo y llegamos hasta un vestidor.

—Quitaos esa ropa y poneos estas batas. Enseguida os atenderán.

Nos dieron unos ásperos albornoces y esperamos impacientes hasta que apareció una chica joven y un chico alto y fuerte, que parecía un poco más mayor que ella.

La chica llevaba el pelo largo, y tenía la tez aceitunada y ojos negro azabache, era tan sensual que no dejaba indiferente a nadie. El chico tenía una mirada penetrante y los músculos tersos y fuertes, bien marcados.

Nos cogieron de la mano y nos llevaron por un largo pasillo del que apenas colgaban unos desgatados candiles con un fuerte olor a velas aromáticas.

Al llegar nos tumbaron en dos camillas, y nos pusieron unas toallas para tapar la zona íntima. El chico comenzó a masajear mi espalda con suavidad mientras ella hacía lo propio con Richard.

En ese momento aparecieron otras dos chicas con dos bandejas de comida.

El chico me susurro al oído:

—Corre y bésale.

Yo me levante y Richard hizo lo propio y ambos comenzamos a besarnos.

Luego nos llevó hasta una pequeña piscina rodeada por altas columnas con triglifos y metopas decorada por un friso ornamentado con motivos vegetales. En el centro una diminuta escalinata de cuatro peldaños daba acceso a un agua cristalina que estaba tan fría que te hacía estremecer.

—No aguanto más —le susurre—. ¡Tómame! —mis palabras resonaron por toda la sala, había un fuerte eco en su interior y todo estaba en silencio. La piscina era húmeda y sombría.

Jamás lo había hecho dentro del agua y aquella idea me seducía sobremanera, aquel era un lugar idílico. Comenzaba a comprender el nombre que habían puesto a la empresa.

Richard estaba aun más excitado que yo, me llevo hasta el borde de la piscina, mientras pequeñas ondas de agua se formaban a nuestro alrededor.

Me apoyo contra la pared y comenzó a hacerme el amor con tanto ímpetu

como ya no recordaba.

Mientras disfrutaba de aquella experiencia recordé que un mes antes nadie me miraba.

—Y este es solo el primer destino —afirmé sonriendo.

Cuando salimos el dueño se acerco a nosotros.

—Tenéis que introducir estos dígitos— dijo entregando a Richard una nueva tarjeta —. El GPS os indicara el siguiente destino.

Cuando subimos al coche, y Richard marco el código, la siguiente interrogación se despejo y nos indico un castillo a las afueras de la ciudad.

—¿Hay un castillo en esa zona? Nunca había oído hablar de él.

—Lo habrán construido hace poco.

Salimos de la autopista y continuamos por un camino rural de sinuosas curvas que nos condujo hasta un pequeño torreón junto a un inmenso bosque. Al acercarnos descubrimos varios coches de alta gama aparcados en la puerta. La torre estaba rodeada por una muralla. Era un castillo de orden medieval construido con el attrezzo que utilizan en las películas de cine.

—Este sitio parece más animado —comento Richard cuando pasamos junto a los coches.

En la puerta nos recibió un mayordomo vestido de época. Llevaba chaleco y pantalón al estilo del siglo XVIII, y una gran peluca blanca como los jueces de antaño. Nos condujo hasta una sala rectangular donde varios comensales estaban celebrando un banquete, todos iban ataviados con elegantes trajes y llevaban el mismo tipo de pelucas.

Al fondo había una pequeña habitación repleta de vestidos.

—Elegid el traje que mas os guste —informó el mayordomo tras abrir una pesada puerta.

Richard se puso un traje con un gran sombrero de ala ancha con el que parecía un mosquetero y yo elegí un traje de la corte de Versalles.

No sentaron en un extremo de la mesa y nos sirvieron dos copas de Burdeos, cuando nos iban a servir la comida les dijimos que ya habíamos almorzado.

A mi lado encontré una enorme armadura y un escudo que parecían reales, se diferenciaban bastante de los de attrezzo.

Mientras almorzaban unos sirvientes amenizaron la velada con rimas asonantes y juegos malabares como bufones en la edad media.

Al acabar salió un tipo de casi dos metros de altura con una poblada barba,

y se dirigió a los presentes.

—Como propietario del castillo exijo mi derecho de pernada —anunció en voz alta a todos los presentes.

Comenzó a mirar en derredor, y paseo junto a la larga mesa haciendo un fuerte ruido con sus altas botas, cuando llegó a mi altura se detuvo y me señaló.

— ¡Tu esposa! —le grito a Richard.

Este sonrió y le siguió el juego.

—Solo si me traes a la tuya.

—Un listillo —afirmo, se acerco a Richard y le abofeteo con un pañuelo. Luego sacó su espada de la capa y añadió—. Defended vuestro honor si es que lo tenéis.

Richard que estaba disfrutando con aquella experiencia recogió el pañuelo y desafió al tipo.

Salió al centro de la sala y tras cruzar un par de estocadas, el señor del castillo consciente de su enorme corpulencia le propino un fuerte empujón y le hizo rodar por el suelo mientras todos los presentes reían sin parar. Aquello no le hizo demasiada gracia a Richard que se levanto con cara de pocos amigos y arremetió con fuerza, pero el mosquetero le esquivo y cayó de bruces.

Se levantó y regresó a la carga, pero cuando volvió a blandir su espada el tipo le hizo un feo corte en el hombro y comenzó a sangrar. Richard lo miro sorprendido y el tipo lo acabo desarmando.

—Lleváoslo —ordenó a dos lacayos que había junto a la mesa.

Los tipos lo agarraron por la espalda y se lo llevaron a rastras.

—¿Pero de qué va esto? —comenzó a gritar.

El resto de los comensales continuaba riendo sin parar mientras lo sacaban de la sala. El señor se acerco hacia mí, yo lo mire sin entender nada.

—Vuestro caballero ha perdido —anunció con sorna—. Pasareis la noche en mis aposentos.

Sin tiempo a responder, agarró mi mano y subimos por una angosta escalera hasta lo más alto del torreón.

Entró en la habitación, cerró una enorme puerta que parecía pesar un quintal y me empujó contra la cama. Cogió unas esposas de cuero y me ato a la cama.

Richard escapo de la mazmorra en la que la habían encerrado, golpeo al guardia con una porra en la cabeza, y lo interrogo hasta averiguar dónde me

hallaba escondida.

Cogió una espada que había en la pared y atravesó corriendo el laberinto de pasillos que tenía el sótano del castillo.

A los pies de la escalera blandió su espada contra uno de los guardianes que la vigilaba y lo desarmó con facilidad, Richard pensó que todo aquello formaba parte del juego. Subió las escaleras rápidamente y golpeó la puerta de entrada de la alcoba.

Allí el marqués se defendió con su espada y le hizo un ligero corte en el brazo, sin embargo, este se repuso y tras un par de estocadas arrinconó al marqués contra la cómoda. Este se rindió y le dijo a Richard que el juego había terminado.

Con la adrenalina a tope Richard ya no sabía si aquello formaba parte del juego o si era realidad.

—Baja la espada —le dije—. Todo forma parte del juego. No me han hecho ningún daño.

El me miró atado a la cama, y entonces el marqués les dio las llaves para que me desatara.

—Lamento el corte en el brazo, amigo —le dijo el marqués—. Las espadas no tienen punta. Todo forma parte del juego, aunque esta vez una de ellas ha producido un pequeño corte. Lo solucionaremos enseguida.

Una enfermera subió y atendió Richard que tan solo tenía un corte superficial. El marqués le siguió explicando que intentaban hacer la experiencia tan real, que a veces ocurrían pequeños accidentes.

—No te preocupes —le contestó Richard—. Estoy bien.

El Marqués sonrió.

—Aquí tenéis el siguiente código —comentó extendiendo su mano.

Richard me dio la mano y salimos del castillo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó al subir al coche.

—Al principio estaba asustada. Me lo creí todo. Pero luego comprendí que tan solo era un papel que estaban interpretando.

—Introduzcamos el último código a ver donde nos lleva.

La última interrogación de despejo en el GPS y nos indicó un aeródromo abandonado a veinte kilómetros de distancia.

—Esto se pone cada vez más interesante.

El camino continuó siendo de las mismas características, una carretera comarcal repleta de baches que ponían a prueba los amortiguadores del Ford Coupe que conducía Richard; durante aquella travesía me dolió la espalda.

Al final encontramos un gran hangar que parecía abandonado, pero cuando nos acercamos escuchamos un fuerte ruido de motores en su interior.

Un piloto rubio con mono azul y gafas de sol se acercó hacia nosotros cuando nos vio aparecer.

—¿Sois los clientes de hoy?

Richard asintió con la cabeza.

El interior era una enorme nave de forma semicircular, donde había un par de aviones rodeados de herramientas por todas partes y sonaba una fuerte música de ACDC.

—Estamos esperando a otra pareja —anunció el piloto—. Pero quizás no han sabido interpretar las indicaciones del GPS o se han quedado más tiempo de lo debido en algún destino. Si no aparecen dentro de diez minutos nos largamos.

—¿Adonde? —preguntamos expectantes.

—A la estratosfera amigo —soltó como si nada—. ¿Alguna vez habéis oído hablar de los aviones que simulan la ingravidez?

—Algo vi en un documental —respondió Richard sin saber si el tipo nos estaba hablando en serio.

—Pues allí nos dirigimos —contestó impasible.

—¿En este trasto? —comenté sorprendida.

Era el avión más antiguo que había visto, al parecer era un modelo que el ejército ruso vendía a bajo precio cuando no los necesitaban.

—Es un aparato construido en los noventa. Pero mientras haya espacio en su interior se consigue el mismo efecto de ingravidez.

No quise insistirle más, no entendía nada de aviones, pero aquello no me gustaba demasiado.

Subimos en el viejo toupolet y nos sentaron en la parte trasera. El piloto nos puso los paracaídas y aguardamos una media hora soportando el incesante ruido de los motores hasta que el avión alcanzó la altura suficiente.

Luego el avión se dejó caer empicado y volvió a ascender como si nada.

El responsable nos explicó que aquel sistema de subida y bajada era lo que provocaba la ingravidez.

Cuando el avión volvió a subir el piloto se despidió de nosotros.

—Disfrutad del trayecto —dijo y entró en la cabina junto al copiloto.

Cuando el avión volvió a subir comenzamos a flotar en el aire, pero la ingravidez hizo que cada uno volara en direcciones opuestas. Richard pareció cogerle el truco a aquello, y se lanzó flotando hacia mi posición, me agarró

por la cintura y comenzó a besarme.

—¿Crees que muchas personas habrán tenido esta experiencia?

Yo negué con la cabeza.

Después el avión bajó y subió por última vez, continuamos flotando por la ingravidez como dos niños pequeños, tan solo se escuchaban los motores del avión.

Cuando el avión se enderezó, el piloto regresó.

—Solo queda la parte final —anunció.

—¿A qué se refiere?

—Os lanzareis en paracaídas —dijo elevando el tono de voz, con el ruido de los motores era difícil entenderse.

—Ni de coña —le contesté—. No pienso lanzarme sola desde esta altura.

—No lo harás sola. Os lanzaremos juntos. Tu iras delante y el detrás.

Ni se me había pasado por la cabeza aquella opción.

—¿Habéis pensado alguna vez en besaros mientras voláis por el cielo?

—¿Sé puede? —pregunté intrigada.

—No es tan cómodo como en tierra —respondió—, pero la expresión: Estar en los cielos. Nunca fue más apropiada.

Ambos soltamos una carcajada.

El piloto comprobó una vez más los paracaídas, abrió la puerta de salida y un intenso viento nos golpeó en la cara.

—¿Todo bien? —preguntó.

Ambos levantamos el pulgar y entonces nos empujó.

—Abre el paracaídas —le grite a Richard mientras caíamos—. Cuanto antes lo abras más tiempo nos mantendremos en el aire.

—De acuerdo —respondió, tiro de la anilla y salimos disparados hacia arriba al abrirlo.

Cuando el paracaídas se estabilizó, el viento que soplaba del oeste nos condujo en dirección a un valle, Richard comenzó a besarme por el cuello y luego en los labios.

La sensación era indescriptible.

—Es como estar en el paraíso —le comente mientras sonreía

El asintió.

Desde aquella altura divisamos sobre un valle pequeñas casas, líneas azules que serpenteaban montaña abajo entre los prados, y bandadas de aves que nos acompañaron durante el trayecto siendo las únicas testigos de aquella increíble aventura.

En tierra nos recogieron en un jeep tras hacer una llamada de teléfono y dar nuestras coordenadas. Luego nos llevaron hasta el hangar donde teníamos el coche.

Cuando me dejó en la puerta de casa, eran las tres de la madrugada, no sabía que contarle a mi marido, pero después de aquel día ya nada me importaba.

—Gracias por este día inolvidable —le dije cuando salía del coche y me alejaba.

Una semana después supe que Richard había tenido un grave accidente de tráfico y tuvo que permanecer varios meses internado en un hospital.

Capítulo 16

Todas las mañanas subía en la línea de metro que recorría Queens hasta llegar a Brooklyn.

Un día que me levante bastante tarde, tuve que atravesar corriendo la calle que separaba mi domicilio de la entrada de metro más cercana. Bajé las escaleras a toda prisa, me tropecé con un tipo que se me quedó mirando y pisé un charco donde estuve a punto de resbalarme por la lluvia de la noche anterior; era una auténtica vergüenza que aquella línea tuviera goteras.

En aquella parada construida en la década de los sesenta, corrían ráfagas de viento provenientes de túneles y hendiduras ocasionadas por la lluvia a lo largo de los años.

Su interior era sombrío y oscuro, a pesar de la extensa iluminación que iba y venía a su antojo dependiendo de cuando los operarios se dignaran cambiar las bombillas.

Subí al metro justo cuando las puertas se cerraban ante mis narices, me agaché y respiré hondo, estaba asfixiada. Cuando levante la cabeza varios pasajeros me miraban fijamente. La verdad es que nunca me ha gustado llamar la atención y aquello me horrorizaba. Me ajusté bien el suéter y la falda que se habían descolocado por la carrera y camine con la cabeza alta como si nada hubiese ocurrido. Cambié de vagón para librarme de la mirada de los curiosos y entré en el siguiente.

Aquel vagón no olía demasiado bien, sus paredes estaban llenas de grafitis y las ventanillas tenían los cristales rasgados fruto de los numerosos vándalos que campaban a diario. La iluminación a veces fallaba, sobre todo cuando atravesábamos estaciones con gran tráfico en el exterior.

Aquella mañana el metro iba tan lleno que me dieron un par de codazos cuando intenté abrirme paso, no había manera de encontrar un asiento y me sujete en la barra que había junto a la puerta de salida. A pesar de la carrera diurna no había tenido tiempo de tomar un café y continuaba completamente dormida.

Iba apoyada en una desgastada barra intentado encontrar una solución al programa de software que estábamos desarrollando en la empresa, cuando sentí un nuevo empujón. A pesar de que odiaba conducir por aquella ciudad me estaba replanteando seriamente volver al trabajo en coche aunque tuviera que aguantar los atascos, al menos iría más cómoda sentada en mi sillón.

El maquinista piso el freno en una curva y de nuevo volvieron a arremeter

contra mí, pero a diferencia de la primera vez en esta ocasión no se apartaron; supuse que habría entrado más gente en el vagón y apenas quedaba espacio.

Un momento después sentí como la palma de una mano acariciaba suavemente mis nalgas, pero enseguida la retiraron; aquello comenzó a irritarme. Estuve a punto de girarme y darle una bofetada, pero cuando me gire vi la puerta del vagón abierta y el tipo que había detrás de mí había desaparecido.

Cuando llegue a casa descubrí en el bolsillo de mi chaqueta una nota que me habían entregado. Al leerla descubrí que tenía un admirador secreto, en ella explicaba que me observaba todas las mañanas desde hacía meses, pero nunca había tenido el valor suficiente para acercarse a mí. Pero aquella mañana henchido de amor había decidido poner la nota en mi bolsillo.

La carta no estaba firmada, era anónima, pero adjuntaba un número de teléfono.

Al principio decidí no hacerle ningún caso, aunque he de reconocer que me sentí halagada, mi matrimonio continuaba siendo un infierno y la pérdida de Richard había empeorado mi estado de ánimo. Siempre me habían enseñado a no confiar en los extraños y mucho menos cuando ni siquiera firmaba la nota con su nombre.

Una semana más tarde, pensé que no sería tan malo agregarlo a mis contactos y mandarle un WhatsApp, por supuesto no pensaba llamarle, no me encontraba tan desesperada, o quizás sí, pero no pensaba dárselo a entender tan pronto.

Un día le saludé con un mensaje y él respondió que pensaba que me había olvidado de él. Poco a poco comenzamos una conversación que nos llevo más de una hora.

Al día siguiente nada más levantarme ya tenía más de veinte mensajes en mi WhatsApp, con el paso de los días la conversación continuo, y ya no podía pasar ni un solo día sin escribirle.

Me moría de ganas de verle en persona, pero él siempre tenía una excusa para no hacerlo. Aquello me llevo a pensar que estaba casado. Por fin una tarde me dijo que nos veríamos en el mismo vagón de metro a la misma hora de todas las mañanas.

Al día siguiente, me levanté temprano y entré en el aseo. Me situé frente al espejo y descubrí que a pesar de haber sobrepasado los cuarenta todavía resultaba atractiva a los hombres; aunque en aquellos momentos tan solo

pensaba en uno. Necesitaba volver a verle y sentir su dulce mano sobre mi piel.

Utilicé el rime de color azul que resaltaba mis ojos, y abusé del carmín de los labios con un rojo pasión. Me puse unos vaqueros ajustados y rebusque hasta encontrar una camisa ceñida que resaltara mis encantos.

La estación estaba abarrotada aquel día, solo se oía el incesante murmullo de la gente entrando y saliendo de los vagones, la fuerte música proveniente de los cascos de un par de críos, y el chirriar de los vagones cuando se detenían en la parada. Había un profundo mal olor proveniente de unos bancos donde un par de tipos habían dormido la noche anterior, todavía había botellas dentro de una bolsa sobre el suelo.

Miré el reloj de la estación en varias ocasiones y dejé pasar un tren. Quería subir en el mismo vagón y a la misma hora que lo había hecho aquel día.

Estuve un rato mirando hacia todos lados esperando a que apareciera, pero allí no venía nadie, mire el reloj en varias ocasiones hasta que al final tuve claro de que no aparecería.

Cuando ya había perdido toda esperanza de que apareciera, sentí como alguien se apretaba sobre mi cuerpo,

—Soy yo —me dijo con voz sensual— No te vuelvas.

Me moría de ganas de verle la cara, pero decidí seguirle el juego.

Bajo la mano y comenzó a recorrer mi cuerpo con tanta dulzura que olvide por completo donde me encontraba y empecé a gemir.

—Más bajo —advirtió.

Sentí como mi cuerpo se estremecía y casi grito de placer en ese instante. Habían transcurrido dos meses desde que estuve con Richard y necesitaba sentirme deseada aunque fuera por un extraño.

De repente me escuché a mi misma gemir, y tuve e que taparme la boca avergonzada, pensé que todo el vagón me había oído; pero nada más lejos de la realidad, allí nadie se percató de nada.

Cuando estaba más excitada, escuche como la puerta se abría y la mano desaparecía. Fue entonces cuando me giré y descubrí que el tipo ya se había marchado.

Cuando entre en la oficina de mi empresa, y vi la avinagrada cara de mi jefe regrese a la dura realidad.

Aquella noche mientras me ponía el camisón de dormir no podía apartarlo de mi mente, revivía la escena una y otra vez; incluso estuve a punto de proponerle sexo a mi marido, pero sabía que entonces el sueño se convertiría

en una pesadilla.

Cuando dejaba la ropa en el armario una tarjeta cayó de mi abrigo; en ella había escrito una dirección en la que me esperaba al día siguiente. Mire el callejero y descubrí que se trataba de un pequeño hotel a las afueras.

Por la mañana fui hasta una tienda de lencería que ya conocía de anteriores visitas. Recorrí sus estanterías mientras sentía el suave tacto de la seda, y el ligero cosquilleo de las prendas de encaje, y fantaseaba con lo sensual que estaría sobre mi cuerpo.

No tenía ni la menor idea de lo que le gustaba. Finalmente me decanté por un ligero de seda de color lila con encajes negros.

El día de la cita me puse la ropa interior y unas medias de rejilla hasta las rodillas. Fui hasta la peluquería, me corté el pelo, y me dejé una media melena rubia.

Luego cogí un traje de chaqueta y me colgué un bolso de Gucci, quería ir sexy por dentro y elegante por fuera. Me gustaba tanto aquel tipo que quería volver a verle todos los días; no podía pensar en nadie más, ni siquiera en Richard.

El hotel era un alto edificio de cinco plantas de ladrillos marrones, con una ligera curvatura en su fachada; y diminutas ventanas con vistas a la autopista.

La recepción estaba compuesta por varias isletas de anticuados sillones de escay de color crema, jalonados por una infinidad de plantas que pretendían dar a lugar cierto aire tropical junto a varios lienzos de playas paradisíacas.

Cuando llegué al mostrador el recepcionista estaba haciendo una reserva por teléfono, y había un amplio grupo que formaba parte de una despedida de soltero formando alboroto. El tipo miró en el registro mientras un fuerte olor proveniente de la cocina me recordó que apenas había probado bocado aquel día, aunque en aquellos momentos mi apetito era de otro tipo.

—La esperan en la habitación 323 —anunció tras levantar la cabeza.

Subí en el ascensor con un canadiense que desprendía un fuerte olor a whisky. El tipo me sonrió y percibí por el rabillo del ojo que se acercaba hacia mi lentamente, no sabía lo que pretendía, pero fuera lo que fuese no tuvo tiempo de llevarlo a cabo; cuando ya sentía el aliento sobre mi cara el ascensor se abrió en la tercera planta y salí sin mirarle.

Atravesé un largo pasillo de moqueta beige que se curvaba ligeramente hacia la izquierda; había un silencio tan clamoroso que me recordó una de las

escenas de la película de El Resplandor. Esperaba que el tipo de la habitación, no se pareciera en nada a Jack Nicholson.

Cuando llegué hasta la puerta, vi que estaba medio abierta, empujé despacio mientras emitía un ligero chirrido y entré.

Todas las luces estaban apagadas, aquello comenzó a inquietarme y estuve a punto de darme la vuelta.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con voz temblorosa.

La puerta se cerró a mis espaldas y me empujaron contra la pared.

—Relájate —murmuro una voz libidinosa.

Me quito el bolso y agarró con fuerza mis muñecas, puso la palma de mis manos contra la pared, y arrojó mi chaqueta contra el suelo.

Fue desabrochando uno a uno los botones de mi camisa y la lanzo por los aires, el sujetador lo quito con tanta rapidez que no me di ni cuenta.

Me mordió el cuello y recorrió con la punta de su lengua toda la espalda; aquello me hizo estremecer de placer. Luego comenzó a devorar mis pechos como si fuera la primera vez que lo hacía.

Entonces me gire para que pudiera hacerlo con más facilidad, y de paso poder ver su rostro.

— ¡No! —exclamo al instante, y volvió a colocar mis manos contra la pared y me puso un antifaz.

Me separo las piernas y comenzó a acariciar mis muslos con suavidad, cuando llego a la altura de la falda la subió hasta la cintura, la desabrocho y la tiro contra la cama.

En ese momento palpo con la yema de sus dedos el ligero, dio un fuerte tirón y lo rompió sin miramientos. No esperaba aquello y lancé un pequeño grito.

Luego se agacho e introdujo su cara entre mis nalgas, hundió la lengua sobre mi sexo y comenzó a lamerlo con suavidad; poco a poco fue aumentando el ritmo y del grito de asombro pase al de placer. Baje mis brazos de la pared y comencé a acariciar su cabello.

— ¡No me has oído antes! —gritó, se levantó de un salto y volvió a poner la palma de mis manos contra la pared.

Se levanto y rozo sus labios sobre los míos una vez más, entonces sentí su miembro dentro de mi tan duro como el acero y comenzó a penetrarme sin descanso al tiempo que gemía y arañaba su espalda.

Su cuerpo estaba húmedo por el sudor. Comencé a acariciar sus pectorales, los tenía duros y bien marcados, después subí hacia su rostro y me dejo tocar

su cara por primera vez, la tenía áspera como si llevara barba de varios días, me gustaba aquella sensación.

De repente comenzó a arremeter más rápido, sentía con más fuerza su respiración como si se le fuese a salir el corazón.

—Me vuelves loca —le dije acariciando su cabello, lo tenía muy corto peinado hacia atrás.

Al final cayo exhausto sobre mí, mientras los dos jadeábamos sin parar.

Entonces fui a quitarme el antifaz, quería verle de una vez por todas, pero se percató antes de que lo consiguiera.

—Ten paciencia —se levantó de la cama y fue hasta el baño.

Cuando regresó escuche como se vestía.

—Este sábado voy a una fiesta de disfraces. ¿Te gustaría venir?

—Lo siento —respondí con resignación—. Tengo una cena familiar.

—De acuerdo —contestó—. Te apuntaré la dirección por si cambias de opinión.

Escuché como el bolígrafo rasgaba el papel sobre la mesita de noche y se marchó nuevamente sin que pudiera verle la cara.

Recogí mi ropa esparcida por la habitación y deje mi tanga en la basura; lo había rasgado de arriba abajo.

Al vestirme escuché gemidos en la habitación de al lado, por si albergaba alguna duda, tuve claro qué clase de clientes frecuentaban aquel establecimiento.

Cuando salía por la puerta del hotel, un fuerte viento azotó mi cara mientras una sonrisa de oreja a oreja se dibujaba en mi rostro.

Capítulo 17

Aquel fin de semana lo pasé en casa de mis suegros, también acudieron los hermanos de mi marido y mis cuñadas; pero durante el tiempo que estuve allí parecía como ausente, me hablaban y contestaba con apatía y en un par de ocasiones incluso estuve varios segundos sin responder. No hacía otra cosa que pensar en aquel tipo misterioso.

Me volvía loca cuando me tocaba: sus manos sedosas y suaves, sus músculos pétreos, su trasero respingón conseguían que me olvidara de todo cuando estaba con él.

No lo pensé más y después de la comida simulé una llamada de teléfono. Le dije a mi marido que una compañera del trabajo había dado a luz y debía visitarla.

— ¿No lo puedes dejar para mañana? —preguntó frunciendo el ceño.

—Todas las compañeras van a visitarla esta tarde. Le hemos comprado un regalo.

Se encogió de hombros e hizo un gesto despectivo con la mano. Llevaba unos días más extraño de lo habitual, creo que no era la única que comenzaba a estar cansada de aquella relación.

Me arreglé en el baño de mis suegros y cogí el primer autobús que llevaba hasta el centro. La cita de aquel día era para una fiesta de disfraces, así que no me quedo más remedio que comprar uno.

Me bajé del autobús, y tuve que dar un pequeño salto; ¿por qué siempre se detenían junto a un charco de agua?, ¿lo hacían adrede?

Me acerqué hasta la parada para aprovechar la conexión wifi y estuve buscando en Google donde estaba la tienda de disfraces más cercana.

Había un centro comercial dos manzanas más abajo. Atravesé una calle repleta de manteros que se buscaban la vida vendiendo Blu-ray de música y cine, y que gritaban tanto al hablar que parecían estar peleándose entre ellos. Al finalizar el mercadillo estaba el centro comercial al otro lado de la acera.

Subí por unas escaleras mecánicas tan lentas que pensé que jamás llegarían hasta la segunda planta. La tienda quedaba en una esquina donde se entrecruzaban dos pasillos.

Cuando entré tan solo vi al dependiente con cara de aburrido al otro lado del mostrador, parecía que no disfrutaba mucho con su trabajo; pero con los tiempos que corrían con tener un empleo podía darse por satisfecho. Recorriendo los pasillos encontré a un par de críos riendo sin parar mientras

se divertían con los artículos de broma.

— ¿Podría decirme dónde quedan los disfraces? —le pregunté al chico.

—Están al fondo. En el último pasillo.

Me dirigí hasta allí y estuve ojeando entre varios artículos. Por desgracia no encontré demasiada variedad y a ello se añadía que no sabía que comprar. Mientras rebuscaba entre las estanterías llegué a la conclusión de que aquel tipo esperaba algo original y al mismo tiempo sexy.

Había varios disfraces de Bob esponja, Spiderman, Superman, de enfermera sexy y de bomberos. Iba apartando con la mano los paquetes de disfraces cuando escuché una voz a mis espaldas.

— ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó el encargado con voz melosa, parecía que se había cansado de leer el periódico y decidió ayudarme.

—Buscó un disfraz de mujer. Pero no encuentro nada que me interese.

—Déjeme ver —respondió, me aparté un poco para dejarle pasar. Aquello estaba muy estrecho, habían aprovechado hasta el último metro del establecimiento.

De un estante más abajo saco un par de prendas que no había visto.

—Aquí tiene —dijo entregándome los disfraces.

Me enseñó uno de vampiresa y otro de princesa guerrera. La verdad es que ninguno de los dos era de mi estilo, pero he de reconocer que tanto uno como el otro tenían bastante morbo.

— ¿Me los puedo probar?

El dependiente se encogió de hombros, parecía que no le gustaba demasiado la idea, pero al final accedió. La venta del día parecía que no había sido demasiado buena.

Fui hasta un pequeño probador, y me puse primero el de diablesa. Descorrí la cortina y tras comprobar que no había nadie más en la tienda me acerque al mostrador.

— ¿Qué te parece? —le pregunté.

Necesitaba una opinión masculina antes de decidirme por ninguno de ellos.

Al chico se le cambió la cara, no necesite ni escuchar su respuesta, era evidente que no me favorecía demasiado.

Regresé al probador y me puse el de princesa guerrera.

Cuando volví a preguntarle, enseguida sentí como clavaba sus ojos sobre mí, no me hizo falta saber nada más.

—Me llevo éste —afirmé.

Regresé al probador y me puse mi ropa, no pensaba ir por la calle con

aquel disfraz que me hacía enseñar buena parte de los senos y las piernas.

—Son cincuenta dólares —dijo mientras lo envolvía.

Me dejó de piedra cuando escuche el precio; con las prisas ni había mirado cuanto costaba, pero miré el reloj, y no tenía tiempo suficiente para buscar en otra tienda, así que lo pagué sin rechistar.

Cuando el dependiente me devolvía el cambio rozó con sus dedos mi mano y volvió a lanzarme la misma mirada que cuando me acerqué al mostrador con el disfraz puesto. Enseguida la aparté y guardé el dinero en mi bolso; aquel crio tenía edad para ser mi hijo; pero me sirvió para comprobar que aquella prenda despertaba las más bajas de las pasiones.

Cuando salí a la calle estaba lloviendo, atravesé varios soportales con el bolso sobre la cabeza para no mojar el peinado y llegué a la siguiente parada del autobús. Mientras iba sentada en un incomodo asiento junto a la ventana comprendí porque el mundo freaky movía tal cantidad de dinero. No estaba acostumbrada a comprar aquel tipo de artículos, y no sabía que sus precios fuesen tan desorbitados.

Durante unos segundos pensé que quizás haría el ridículo en la fiesta, no sabía qué clase de disfraces llevarían los demás, pero como no conocía a nadie no me importo demasiado.

Me bajé en la dirección que me habían dado y tras recorrer una manzana llegué a las puertas del edificio.

—Madre mía —exclamé al verlo. ¿Es qué había conocido a algún millonario?

Era un edificio de piedra compuesto por tres pisos de estilo barroco que presentaba un contorno sinuoso. A partir de la forma de una elipse habían creado una planta a base de segmentos cóncavos y convexos. El ondulamiento producía efectos de claroscuro dando así a la luz un gran efecto decorativo.

Cuando accedí al hall descubrí unas gigantescas columnas de orden compuesto rematadas por arcos de medio punto.

Subí por unas largas escaleras en forma de media luna que ascendían hasta la siguiente planta, y una chica vestida de Catwoman me indico que los baños estaban en la primera puerta de la izquierda.

Cuando atravesaba el corredor mire hacia arriba y observé una cúpula ovalada que descansaba sobre un pequeño anillo decorada con una especie de casetones hexagonales.

Los aseos eran tan antiguos que no estaban en consonancia con el resto del

edificio, apenas había sitio ni para girarse en su interior; me costó dios y ayuda quitarme la ropa y ponerme el disfraz.

Cuando me lo puse me miré frente al espejo y pensé que no me quedaba tan mal. La falda de color marrón era un poco corta, y el escote lo dejaba todo a la vista, pero en el fondo lo único que me importaba es que a él le resultara irresistible.

—Mola tía —dijeron un par de crías que entraban en el lavabo.

Yo sonreí agradecida cuando las escuché, aunque los tirantes se me clavaban en los hombros y seguía sintiéndome extraña con él.

Por lo poco que había visto desde que estaba allí había gente de todas las edades.

— ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Deberíamos haber llevado algo así —le comentó una de las chicas Otaku a otra que llevaba un traje de Supergirl.

Salí del baño y comencé a dar vueltas por la fiesta. Hasta ese momento no pensé que tan solo me quedaba esperar a que él se acercara; continuaba sin saber cómo era, y para colmo estábamos en una fiesta de disfraces.

Me dirigí hasta la barra y pedí un bourbon con soda. El barman terminó de preparar un combinado agitando la coctelera al ritmo de una fuerte música que me estaba dejando un poco sorda. Fue en ese momento cuando descubrí lo desconectada que estaba del ambiente nocturno. En el otro extremo de la barra había un par de chicos borrachos como una cuba discutiendo con el camarero. Un par de vigilantes de seguridad tuvieron que sacarlos a rastras. El incesante sonido de los WhatsApp no dejaba de resonar en toda la fiesta, ni tan siquiera la música era capaz de ahogar su cansina melodía.

Estuve mirando en derredor y la fauna que allí se concentraba era de lo mas heterogénea: pequeños grupos vestidos de los X men, parejas que llevaban disfraces de Batman y Robin o de los Picapiedras, crápulas con trajes de vampiro y largas capas, y un largo etcétera del que ni siquiera conocía de que iban disfrazados.

Desde el primer momento me pareció el típico ambiente de locura y desenfreno en el que todo puede suceder.

Tras un rato pegada a la barra comencé a aburrirme. Decidí dar una vuelta y cuando subía por las escaleras vi a un tipo que iba vestido de gladiador que comenzó a desnudarme con la mirada.

Lo miré de arriba abajo, estaba como un queso. Durante unos instantes

pensé que podía tratarse de él. El tipo me siguió hasta la planta de arriba y se me acercó cuando llegaba a la ventana.

—Me gustas princesa —dijo con ojos lujuriosos, se le notaba que iba un poco pasado.

Aquella voz no me resultó familiar, pero con las pocas veces que le había oído hablar tampoco podía asegurarlo.

Aun así le sonreí pensando que podría ser él.

Se acercó y sin mediar palabra comenzó a apretarme con fuerza entonces descubrí que estaba equivocada, era rudo y le olía el aliento.

Le di una bofetada y me largue de allí; con el rabillo del ojo vi como me seguía, pero cuando llegué a la altura del vigilante de seguridad, el tipo desapareció.

Luego subí hasta la azotea, era la única zona que aun no había visitado. Me asomé a la cornisa y divisé unas espectaculares vistas de la ciudad.

De repente, me taparon los ojos y una voz me susurró al oído:

— ¿Me buscabas?

Enseguida supe que era él.

—Se que estás deseando ver mi cara.

Yo asentí con la cabeza sin girarme.

—Te propongo un juego. En la fiesta hay varias personas que llevan mi mismo disfraz. Si al besar a cada uno de ellos con los ojos vendados descubres quien soy me quitare la máscara.

—De acuerdo —respondí convencida de que recordaría sus besos.

—Mi disfraz es de Giacomo Casanova. Ya he hablado con los otros Casanova de la fiesta y han accedido a formar parte de ello. ¿Jugamos?

—Claro —contesté con una sonrisa—. Puede ser divertido.

—Te vendare los ojos y contaras hasta veinte antes de quitar el pañuelo.

Yo afirmé sin decir palabra.

Conté los segundos y cuando me quité el antifaz la azotea estaba desierta.

Estuve dando vueltas por la fiesta y encontré a varias personas que llevaban el mismo traje. Se trataba de la clásica vestimenta que llevan en el carnaval veneciano. Un traje de época del siglo XVIII, con un sombrero de pico de color negro y una máscara de color blanca tapando la cara.

No sabía si tenía preparado todo aquello de antemano o si lo había improvisado aquella misma tarde.

Cuando me acerqué, el primer tipo me hizo un gesto con la mano para que

me detuviese a una distancia considerable y me tapara los ojos, de tal forma que no pudiera verle de cerca.

De nuevo me coloqué el antifaz, el tipo se acercó y sin mediar palabra me beso. Cuando acabo seguí las reglas del juego, conté de nuevo hasta veinte y continúe mi recorrido por la fiesta.

Encontré hasta siete casanovas con el mismo traje. Por la altura podía sospechar de quien se trataba, pero hasta ese detalle parecía preparado con minuciosidad, no había más de cinco centímetros de diferencia entre ellos.

Pero lo más sorprendente llegó con los dos últimos casanovas, cuando el primero termino de besarme, lo hizo el segundo sin mediar palabra, si trataban de confundirme lo estaban consiguiendo.

Algunos besos fueron suaves, otros apasionados y lo menos tan dulces como imaginaba.

Cuando acabó el recorrido por la fiesta se me acercó una chica joven y me dijo:

—Traigo un mensaje de Casanova. Te espera en la azotea para resolver el juego.

Yo asentí con la cabeza.

—Una cosa más —dijo mientras se marchaba—. Al llegar deberás taparte los ojos de nuevo.

—De acuerdo —respondí.

Cuando cruce la puerta, me agarró por los brazos y me llevó hasta la cornisa.

—¿Has decidido ya? —me preguntó.

—Estoy en duda entre los dos últimos. Los que me besaron sin que pudiera ver su figura... —espere unos momentos en silencio y añadí—. Apostaría a que eres el último. Sus besos eran más dulces.

—Compruébalo tú misma.

Me quitó la venda y descubrí que el último había sido la chica con la que había hablado. Entonces comprendí porque sus besos eran tan dulces.

—Has conseguido engañarme —le dije.

El sonrió sin quitarse la máscara.

Le mire fijamente de arriba abajo y descubrí que la idea que me había formado sobre su apariencia era la acertada. Media más de uno ochenta, tenía músculos fibrados y bien marcados, y sus ojos eran de un verde tan intenso que traspasaban la abertura de la máscara.

Se acerco hacia mí y me susurro al oído:

—Si la has elegido es porque ella te ha gustado.

Yo sonreí sin decir nada.

—Espera un momento —se llevó a la chica aparte y estuvo charlando un rato.

Al principio la chica sonreía y al mismo tiempo negaba con la cabeza. Pero no se qué le dijo más tarde que ella le beso, cogió su mano y se acercaron a mí.

—Vamos a pasarlo bien los tres juntos.

Aquello me sorprendió tanto que no conteste nada, pero tras analizarlo unos instantes llegué a la conclusión de que no era tan mala idea, la chica era guapa y besaba bien.

Nos fuimos de la fiesta y montamos en su coche; pensé que había llegado el momento de ver su cara; no iba a conducir por la calle con la máscara puesta.

Sin embargo, me equivoque una vez más, al montarnos le dio las llaves a la chica y ella fue la que condujo.

—¿Eso quiere decir que hoy tampoco podre verte? —pregunté cuando iba sentada en el asiento de atrás.

—La noche es larga —respondió con una sonrisa.

Por el camino no perdió el tiempo, iba sentado en el asiento del copiloto deslizado su mano por los muslos de la chica mientras ella sonreía y suspiraba. Luego se echaba hacia atrás y comenzaba a besarme.

Comenzamos a ascender por una carretera sinuosa, y estuve a punto de marearme, era un entorno espectacular, pero las curvas se hacían interminables.

Cuando bajamos del vehículo vi que estábamos en un chalet de la sierra rodeados por un frondoso bosque. Hacía tanto frío en el exterior que entramos corriendo y ni tan siquiera me fije en la fachada.

La casa poseía un gran salón y un enorme ventanal que daba al bosque. Estaba repleta de todo tipo de lienzos de las últimas vanguardias, y sus sillones tapizados en cuero blanco y negro. En el centro había una espléndida chimenea y al fondo un piano de cola.

—Acomodaos en el salón —dijo con un gesto de su mano—. Ahora vuelvo.

La chica y yo mirábamos extasiadas por todas partes y sonreíamos.

—Qué pasada —comentó cuando se acercaba a la chimenea—. Cómo me gustaría vivir en un lugar como este.

Encendió un hilo musical, y una suave melodía se escucho de fondo. La chimenea olía un poco a leña quemada, la habían recogido demasiado fresca.

Al rato apareció con tres copas de champagne y descorchó la botella con un fuerte zumbido.

— ¿Todavía estáis así? —preguntó mientras servía las copas —Pensaba que os había gustado el beso.

La chica no se cortó ni por un momento, acaricio mi cabello y hundió su lengua hasta el fondo, luego mordió mis labios mientras me quitaba el disfraz poco a poco.

Ella se despojo de su disfraz en un abrir y cerrar de ojos. Casanova se sentó frente a la chimenea con la copa de champagne mientras disfrutaba con el espectáculo.

Cuando se quedó desnuda comprobé su enorme belleza. Era una chica blanca como la leche con unos pechos turgentes y un trasero tan firme como una roca. No media más de uno sesenta y tenía una larga melena morena que le llegaba hasta las caderas. Sus ojos eran negros y su mirada te hechizaba al instante.

Nos tumbamos en una elegante alfombra persa con dibujos campestres y continuamos besándonos frente a la chimenea.

Cuando nuestro voyeur consideró que había llegado su momento dejó la copa sobre una pequeña mesa de cristal de bohemia y se unió a la fiesta. Comenzó a besar los labios de la chica mientras derramaba el champagne lo lamia con acritud, lo hacía con tanta pasión que incluso a mi me entraron ganas de hacerlo.

Luego se sentó sobre él, y comenzó a moverse rítmicamente al son de la música mientras cabalgaba una y otras vez sin descanso. Hubo un instante en el que comencé a pensar que se habían olvidado de mí.

En ese instante sentí unos celos que jamás había experimentado. Fui hasta ella la empuje con fuerza y cayó sobre la alfombra.

—Hazme tuya —le grité a Casanova.

Al principio no le gusto que la apartara, me agarró con fuerza del antebrazo y cuando se disponía a abofetearme soltó una carcajada.

—Poneos mirando hacia la chimenea —nos ordenó.

Se puso detrás y comenzó a hacernos el amor al mismo tiempo.

En un descuido la chica recogió su ropa, y salió corriendo de la casa semidesnuda; la última parte de la noche no había sido de su agrado.

El tipo se vistió a toda prisa y salió corriendo tras ella. Fui hasta la cristalera del salón y desde allí vi como la perseguía montaña abajo. Iban zigzagueando entre los arboles mientras los copos de nieve caían sin parar. El tiempo había empeorado y el grosor de la capa de nieve aumentaba a pasos agigantados.

Al rato sus figuras se convirtieron en dos diminutas sombras que apenas podía divisar desde donde me encontraba; al final acabaron desapareciendo. La chica corría como el viento, pero no sabía adónde pretendía llegar, si no se refugiaban pronto acabarían cogiendo una pulmonía.

Me senté junto a la chimenea y también me vestí, la diversión había acabado por aquella noche. Cada poco tiempo volvía a la ventana y miraba por los cristales; hasta que una fuerte ventisca hizo acto de presencia y no se veía ni a dos palmos de distancia.

Las lechuzas dejaron de oírse y tan solo se escuchaba el silbido del viento que no paraba de aullar.

Poco después escuché como la puerta se cerraba y me acerqué a comprobar si habían regresado; pero solo apareció Casanova.

— ¿Dónde está la chica? —pregunté impaciente.

—No he podido encontrarla.

—Tenemos que hacer algo. Con este tiempo se congelara de frio.

—Sabe dónde está la casa —respondió sin inmutarse—. Puede regresar sola.

Paso por mi lado y se calentó las manos en la chimenea, venia tiritando.

Las llamas comenzaron a pestañear y echo un par de troncos más al fuego, las removió con el deshollinador y comenzaron a crepitar con más fuerza que al principio.

—Estoy preocupada por ella.

—La esperaré un par de horas —dijo mientras el vaho salía por su boca—. Pero si no aparece regresaré a la ciudad.

No le conteste nada, no me atreví a llevarle la contraria.

Durante el tiempo que continuó pegado a la chimenea intente convencerle de que saliera a buscarla, me sentía culpable por no haberla apoyado desde el principio.

Incluso pensé en salir yo misma; pero con aquel disfraz de princesa guerrera me habría congelado en cinco minutos.

—De acuerdo —afirmó cansado de escucharme. Se puso su chaqueta de cuero y salió por la puerta.

Volví a mirar por la ventana hasta que desapareció de mi vista; estuve unos diez minutos paseando de arriba abajo por el salón mordéndome las uñas.

Poco después escuche el ruido de un motor, y corrí hasta la puerta para ver que ocurría. Cuando llegué vi como el coche de Casanova se alejaba por el sendero, pero con la fuerte ventisca no se veía quien iba en el interior.

Aquello me desconcertó por completo ¿Qué demonios estaba pasando allí? No sabía si aquello era una broma o si formaba parte del juego que se traían entre manos desde la fiesta de disfraces. Regresé al interior y cerré la puerta, lo siguiente que se me paso por la cabeza es que ambos se habían puesto de acuerdo y me habían dejado tirada en aquel chalet de la sierra alejado de la ciudad. Luego pensé que había sido Casanova quien se había marchado en su coche cansado de que le metiera presión para buscar a la chica.

Aunque tras analizarlo con detenimiento pensé que la chica no era tan inocente como parecía, a lo mejor fue ella quien le había robado las llaves y nos dejaba allí tirados.

Una hora más tarde, estaba sometida a tanta presión que decidí llamar a la policía.

El asunto fue más complicado de lo que había imaginado, era la primera vez que iba a ese lugar y no tenía ni idea de donde me encontraba.

—A ver señora —dijo una voz potente al otro lado del auricular—. ¿De qué sierra estamos hablando?

—Al abandonar la ciudad cuando cogimos la desviación vi que ponía montañas de Catskill.

—Eso ya está mejor —contestó intentando tranquilizarme—. Intente hacer memoria. ¿Vio algún cartel más en algún desvío?

—No —respondí desesperada—. Era noche cerrada.

—Está bien —escuché como intercambiaba varias palabras con un compañero y prosiguió—. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que cogieron la carretera de montaña hasta la casa?

—No estoy segura. Una hora quizás.

—Eso restringe el campo de búsqueda. Podemos hacernos una idea aproximada de donde se encuentra.

—Describanos el entorno y el chalet.

—Apenas me fije —le respondí.

—Vaya desastre —susurró al compañero en voz baja. El oficial comenzaba a estar cansado de mí.

—Saldré fuera y se lo describiré.

—Buena idea señora.

Cuando salí al exterior comenzaba a amanecer, la ventisca había cesado y los primeros rayos de sol luchaban por abrirse paso entre las nubes. En ese momento vi el chalet al completo.

—Es una casa de estilo europeo. Me recuerda a esos chalets de los Alpes suizos. Tiene dos plantas. La parte de arriba es una buhardilla con forma triangular. Está construida en madera y el techo es de color negro.

—Como la mayoría por esa zona —murmuró abatido—. Dígame algo más. Algo que la distinga.

—Espere un momento —comenté elevando el tono de voz—. Aquí hay una placa en francés: —Quebec. Hogar dulce hogar—.

—La casa de los canadienses —afirmó eufórico, era la primera vez que sonreía—. La alquilan durante todo el año. En media hora llegara una patrulla.

—Gracias —contesté con un suspiro. Aquello al fin comenzaba a solucionarse.

Me senté frente a la chimenea. No sé cuánto tiempo paso hasta que escuché el rugido de un motor a lo lejos. Me asomé a la puerta y vi como un coche patrulla patinaba por la nieve, se habían formado grandes placas de hielo.

—Señora —saludó un tipo de baja estatura que peinaba canas, y llevaba una gabardina abrochada hasta el cuello. Le acompañaba un oficial joven vestido de uniforme—. Vayamos dentro. Aquí hace un frío que pela.

Yo asentí con la cabeza.

Nos acercamos a la chimenea como no podía ser de otra forma en aquella gélida mañana. Observé como los policías escudriñaban hasta el último rincón viendo el enorme desorden que había en el salón: la alfombra manchada de champagne, las copas tiradas por el suelo, la botella vacía, algunos restos de ropa esparcidos por el mobiliario. No había que ser un lince para darse cuenta de lo que allí había sucedido.

—¿Y dice usted qué los dos han desaparecido? —preguntó frente a mí.

Yo asentí con la cabeza.

—Estoy preocupada por la chica. Salió corriendo con muy poca ropa y no he vuelto a saber nada más de ella.

El inspector gruñó. Le indicó a su compañero que hiciera una llamada. Nos sentamos y proseguí narrando como había transcurrido la noche hasta que se presentaron otros dos coches patrullas.

—Tenemos que peinar la zona —anunció desde la puerta del chalet al resto de compañeros que habían llegado.

Los policías torcieron el gesto y fruncieron el ceño cuando les comunico la orden. La nieve dificultaba la búsqueda hasta límites insospechados.

Me dejaron en la casa acompañada por el oficial más joven y comenzaron la batida por la zona. Una hora después el inspector regresó al chalet.

Traía el semblante sombrío, más si cabe que cuando llegó por primera vez. Se aproximó a mí y anunció sin miramientos:

—La chica está muerta.

Solté un grito y me tape la cara con las manos.

Le hizo un gesto al compañero y este esposó mis manos.

—Queda usted detenida como única sospechosa del asesinato.

Cuando escuche aquellas palabras, una neblina pasó por delante de mis ojos y me desmayé allí mismo.

Me reanimaron con un vaso de agua, y me llevaron hasta el coche.

—Yo no lo hice —repetía con un hilo de voz de camino al coche mientras temblaba—. Fui yo quien les avise.

—Tendrá tiempo para explicarlo en comisaría —respondió el inspector.

Capítulo 18

—Y esa es toda la historia —le dije al agente tras terminar de contar mi versión.

El oficial se quedó mirando fijamente durante unos instantes sin decir nada.

—Tiene que ayudarme oficial. Usted me cree ¿verdad?

—Este es el caso más extraño en el que he trabajado —dijo tras levantarse de la silla—. Nos llama a media noche diciendo que la han dejado abandonada en un chalet de la sierra y cuando llegamos nos encontramos un cadáver —anunció dando un fuerte golpe encima de la mesa—. ¿Es consciente de la situación en la que se encuentra?

—Yo no sabía que la chica estaba muerta. Ya se lo he explicado —respondí sin dejar de llorar—. Ahora entiendo porque el tipo escapó en su coche.

— ¿Se refiere al tipo con el que pasó la noche?

Yo asentí con la cabeza.

—Seguro que encontró la chica congelada cuando salió a buscarla— proseguí—. Sabía que no aguantaría más de una hora con aquella ropa.

— ¡Señora! —exclamó el oficial elevando el tono de voz—. A la chica le asestaron veinte puñaladas.

Di un grito y comencé a llorar desconsolada, cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

Se oyó un fuerte ruido y abrieron la puerta de golpe.

—Confirmado —dijo el inspector que llevaba el caso—. No pierdas mas el tiempo con ella.

— ¿De qué está hablando? —pregunté sin entender nada.

—El chalet fue alquilado hace varios días con su tarjeta de crédito. Nos está tomando el pelo desde el principio.

El inspector se puso a un palmo de mi cara y dijo con rudeza.

—Tú lo planeaste todo.

Me desmayé por segunda vez, y cuando volví en si me estaban reanimando con sales medicinales. Luego me llevaron hasta una fría celda donde me encerraron.

El caso tuvo tanta repercusión que unos días después realizaron un juicio rápido. Ante la falta de pruebas me condenaron por asesinato en primer grado y me cayeron veinte años.

Capítulo 19

Estaba esperando frente a una pequeña puerta que necesitaba urgentemente una capa de pintura, cuando escuche un fuerte timbre a mi derecha, gire la cabeza y vi la luz roja encendida.

—Puedes pasar —anunció el funcionario de prisiones que me conducía a la sala de visitas con los pies y las manos esposadas. Llevaba un mes encerrada allí, y era la primera vez que alguien se dignaba visitarme, mi familia me había dado la espalda; desconocía quien se encontraba al otro lado.

Era una enorme sala repleta de pequeños cubículos separados por un enorme cristal a prueba de balas. Allí recibían los presos las visitas de sus familiares.

Recorrí el pasillo junto al funcionario y este me sentó en una pequeña silla frente a uno de los cristales, al otro lado estaba sentado mi marido.

Desde aquel asunto no había vuelto a saber nada de él. Ni siquiera asistió al juicio, creo que se avergonzaba de mí, y hasta cierto punto era comprensible.

—Heather —dijo con voz fría cuando descolgó el telefonillo que había junto a la ventana de cristales.

Yo levante el auricular de mi izquierda, y contesté:

— ¿Qué tal Fred?

— ¿Te preguntarás por qué no he venido antes?

—No te preocupes —respondí a sabiendas de que lo estaría pasando mal —. Lo comprendo.

—Creo que no lo entiendes.

Le miré fijamente sin comprender nada.

Uno de los funcionarios regañó al recluso de al lado que no paraba de gritarle a su mujer. En el rincón una chica joven que no debía sobrepasar la veintena no dejaba de toser, parecía enferma.

—Ha llegado el momento de que sepas por qué estás aquí.

Al escuchar aquellas palabras mi corazón dio un vuelco, ¿Qué demonios sabía el sobre aquel asunto?

—Comenzare desde el principio. Una mañana de agosto un compañero de trabajo iba en el vagón del metro que llega hasta Brooklyn.

Yo asentí escuchando con atención.

—Ese día vio como un tipo comenzaba a manosear a una mujer que estaba apoyada en una barra. ¿Té suena?

Mi cara palideció de repente. Sin embargo, no conteste nada y dejé que continuara su explicación.

—Mi compañero consciente de quien era esa mujer saco su iPhone del bolsillo y comenzó a grabar la escena. En el video se veía a una zorra disfrutando con todo aquello. Cuando llegó a la oficina el video corrió como la pólvora por toda la empresa. A media mañana toda la oficina sabía que mi mujer era una puta.

—Lo siento —susurré agachando la cabeza.

—Tú no sientes nada —aseguró elevando el tono de voz.

Volví a mirarlo como si no le conociera, era la primera vez que lo veía fuera de sí.

Le dije al funcionario si me podía quitar las esposas, me estaban haciendo un daño horrible en las muñecas; las tenía levantadas sosteniendo el telefonillo.

—Lo peor llego después —prosiguió explicando—. El tipo que grabó el video era mi máximo rival por el puesto de director en la Compañía. Para la empresa los valores familiares son lo primero. En cuanto el video llego al Consejo tuvieron claro a quien elegir.

Yo baje la cabeza y no dije nada, no tenía defensa alguna.

—Fue ese día cuando decidí tomarme la justicia por mi mano.

— ¿De qué estás hablando? —pregunté atónita.

—Yo contrate al tipo con el que mantuviste la aventura.

— ¡Eso es imposible! —exclamé desesperada—. Ya habíamos coincidido con anterioridad en el metro.

—No querida —sonrió—. Este tipo te abordo por primera vez unas semanas después del que estas comentando.

—Pero su forma de acariciarme era la misma.

—Tú solo creíste lo que quisiste creer. Este tipo es un autentico profesional, sus manos son mejores que las de cualquier otro.

—Entonces contrataste a un tipo para que se acostara conmigo. ¿Pero con qué propósito?

—Todavía no lo comprendes ¿verdad?

Mi mente pensaba a toda velocidad, pero no era capaz de asimilar lo que me estaba contando.

— ¿Por qué no dijiste nada en el juicio? —me defendí—. Tú sabes quién es el asesino.

—Porque me arruinaste la vida —sentenció—. Y ahora te estoy pagando

con la misma moneda.

—Tú lo preparaste todo —respondí sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

— ¿Cómo crees que la casa se alquilo con tu tarjeta de crédito?

— ¡Dios mío! —exclamé—. Pensaba que él me la había robado cuando me tapaba los ojos en nuestras citas.

—No cielo. No era tan sencillo.

— ¿Y quieres que me pudra en la cárcel por qué no conseguiste un puesto de director?

—Si no fueras tan puta no estarías aquí.

—Y si tú no fueras un impotente de mierda no hubiera tenido que buscar aventuras fuera del matrimonio.

Al oír aquello golpeo el cristal con el telefonillo dejando una enorme marca. Entonces se levantó y se fue.

—Vuelve aquí —le dije desesperada tratando de convencerle para que contase la verdad.

Un funcionario de prisiones me sujeto por los brazos cuando vio que golpeaba repetidas veces el cristal.

—Ha sido él —grité desesperada—. No dejen que se escape. Él lo organizo todo — continúe gritando desolada mientras caía a los pies del funcionario.

Capítulo 20

Después de la sorprendente declaración de mi marido me encerraron en una oscura habitación de 15x15 repleta de humedad y mal olor con una compañera que me miraba con cara de asco y ni siquiera me hablaba.

Pasaba los días de la celda al patio, donde no me relacionaba con nadie y de ahí al comedor y al taller de confección para realizar labores manuales.

Una fría mañana recibí la visita de un abogado de oficio. El que me había defendido en el juicio había dimitido del cargo, y ni siquiera se dignó visitarme en la cárcel.

Me llevaron a una sala donde había una mesa de madera desgastada por el tiempo con dos diminutas sillas del mismo material y me hicieron esperar diez minutos hasta que el tipo apareció.

Al verlo entrar en la sala vi que estaba aun más perdida de lo que ya me encontraba. Era un pipiolo de poco más de veinte años que debía haber acabado la carrera recientemente. Para colmo tenía una cara tan aniñada que parecía que no había salido ni del instituto. Llevaba un traje de Armani, que no sabía cómo podía costearse, quizás sus padres fueran ricos.

Se sentó en la silla abrió el maletín y puso el dossier encima de la mesa.

—Soy su nuevo abogado —dijo anudando el cuello de la corbata, parecía apretarle o simplemente es que no le llegaba la camisa al cuello—. Anoche mire el informe y su caso es complicado.

Yo asentí con la cabeza.

—Tengo pensado presentar un recurso por lo rápido que se ha celebrado el juicio. Pero necesitamos algo para que la absuelvan. Todas las pruebas la condenan.

—Ya se lo comente a la policía. Yo no lo hice.

—Lo sé. Pero necesitamos alguna información sobre el tipo que le acompañaba.

—No se absolutamente nada de él.

El abogado frunció el ceño y bajo la cabeza.

—¿Podría hacerle una pregunta?

—Adelante —dijo levantando la mirada.

—Ha defendido muchos casos por asesinato.

—Ninguno —contesto con sinceridad—. De hecho este es mi primer caso.

Cuando pronuncie aquellas palabras lo comprendí todo, la fiscalía no

deseaba que aquel caso siguiera siendo primera plana de los periódicos, ni mucho menos que yo saliera absuelta, y habían enviado al primer picapleitos sin experiencia que habían encontrado.

El tipo me hizo un par de preguntas más, a las que ni siquiera preste atención consciente de mi situación y se marchó prometiendo que regresaría en breve con nuevas noticias.

Un par de días después, me lleve mi primera buena noticia desde hacía meses, pusieron en libertad a mi compañera de habitación y trajeron a una chica joven que había sido acusada de desfalco en la empresa bancaria en la que trabajaba.

Al igual que me ocurría a mi tampoco parecía que aquel fuese su hábitat natural. Era una chica de larga cabellera pelirroja, muy sensual que seguro que debía de gustar a los hombres. Desde que estaba allí dentro no había pensado en nadie, aunque he de reconocer que aquel abogado tenía cierto morbo, no sé si era su inexperiencia o timidez o simplemente que llevaba allí encerrada muchos días sin haber fantaseado con nadie.

Tras un par de días hicimos buenas migas, y lo pasábamos bien juntas, era mi primera amiga desde que estaba allí encerrada.

— ¿Y por qué no has contratado un detective privado? —me pregunto la chica mientras se sentaba en la litera frente a la mía.

—Mi marido bloqueo todas las cuentas y ni siquiera he podido hablar con él.

—Que hijo de puta.

—No le culpo. Es comprensible. Además no creo que el detective consiguiera mucho más. La policía no averiguo nada sobre él.

—No sé si es peor tu condena o la mía —respondió—. Al menos yo si robe el dinero.

— ¿Por qué lo hiciste? Eres joven y tenías un buen trabajo.

—Si. Pero todos los días veía pasar delante de mis narices muchos fajos de billetes y la codicia me cegó.

Yo solté una carcajada.

—Es como estar en Las Vegas. Pero aun peor. Cuando pasas mucho tiempo en esa cámara acorazada viendo tanto dinero no piensas en otra cosa.

—Comprendo.

Un funcionario de prisiones nos interrumpió cuando oyó las carcajadas y

pego con la porra sobre los barrotes

—Hora de dormir —anuncio con malas pulgas.

Las dos lo miramos sin responder y la chica apago la luz de la celda. Cuando lo escuchamos perderse por el pasillo continuamos nuestra conversación.

—¿No escondiste nada para cuando salgas? —le pregunte bajando el tono de voz.

—Tuve que devolverlo casi todo.

—¿Casi? —pregunte con una mueca de satisfacción.

—Los sistemas informáticos a veces fallan, y les dije que ya me había gastado una parte.

—Creo que no eres tan inocente como pareces. ¿Eres igual con los hombres?

—Solo he tenido un par de parejas. El resto solo rollos de una noche.

—¿Y qué ocurrió?

—El primero fue el clásico amor del instituto. Todo muy romántico hasta que el amor se acabo.

—Que me vas a contar.

—El segundo era un motero. El clásico tipo malo del que te dicen que no debes enamorarte. Pero tenía tanta morbo —lanzo un suspiro—. Me hacia estremecer en la cama. Me volvía loca. Hasta tal punto que olvidaba por completo que fuera un ratero de poca monta.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Comenzó a humillarme y las peleas eran constantes. Desde entonces me voy a la cama con el primero que me gusta y no tengo que aguantar a ningún tocapelotas.

Las dos comenzamos a reír sin parar.

Escuchamos como el funcionario regresaba por el pasillo, nos metimos deprisa en la litera y nos hicimos las dormidas.

Con el rabillo del ojo vi como el tipo se quedaba un rato mirándonos fijamente ente los barrotes. Más bien debería decir que la miraba a ella, la chica era muy atractiva y no me sorprendió que lo hiciera. Me pregunte cuando funcionarios acababan teniendo relaciones sexuales con las internas a cambio de algún que otro favor.

Cuando se marchó, la chica ya estaba dormida y yo hice lo propio.

Una semana después estaba esperando frente a una pequeña puerta que

necesitaba urgentemente una capa de pintura, cuando escuche un fuerte timbre a mi derecha, gire la cabeza y vi la luz roja encendida.

—Puedes pasar —anunció el funcionario de prisiones que me conducía a la sala de visitas con los pies y las manos esposadas. Llevaba un mes encerrada allí, y era la primera vez que alguien se dignaba visitarme, mi familia me había dado la espalda; desconocía quien se encontraba al otro lado.

Era de nuevo mi querido y joven abogado, cada vez que lo veía lo tenía más claro que seguiría en prisión muchos años.

Sin embargo, ese día note algo diferente a la semana anterior, el tipo no me quitaba los ojos de encima y miraba el escote de forma tan descarada que parecía q nunca había visto ninguno, aquello me hizo pensar en que estaba tan desesperada que aunque fuera un abogado que comenzaba seguro que pertenecería a un bufete prestigioso, así que comencé a seducirle poco a poco.

En la siguiente visita al fin dejo caer sus intenciones y me confesó que si continuaba viniendo es porque quería pasar la hora de visita conmigo todas las semanas, era la hora que todos los presos teníamos asignados para poder tener relaciones.

En un primer momento no me sedujo la idea, a mi aquel tipo me seguía pareciendo un niño imberbe con aires de grandeza; pero el asunto cambio cuando me noto tan indecisa que para que accediera dejo caer que todavía podíamos encontrar al culpable de que yo estuviese encerrada allí.

No le creí demasiado, pero ¿Qué otra salida me quedaba? o confiaba en el o me pasaría veinte años allí dentro.

Dos días después comenzaron los encuentros, el tipo ni siquiera era de mucho aguantar, pero sí que note que comenzaba encapricharse de mí, lo cual fue lo mejor que me había pasado en meses.

Una tarde al fin se descubrió confesando que era el sobrino del jefe del bufete de abogados, aquello sí que me sonó a música celestial, si jugaba bien mis cartas quizás todavía podían apresar al culpable.

En efecto, un par de meses después el abogado convenció a su tío, y este se puso en contacto con el comisario en jefe de la ciudad.

No les fue tan difícil hallar al tipo como en un primer momento decían, una semana después cometió un delito similar y acabo confesando que estuvo aquella noche en aquel chalet de la sierra.

Al fin me pusieron en libertad, el abogado no dejaba de llamarme a todas horas esperando su recompensa, pero yo ya había conseguido mi propósito y no volví a verle. Comencé a pensar en vengarme de mi ex marido, pero no tuve tiempo ni de hacerlo, mi fotografía había salido en todos los informativos y no encontraba trabajo por ninguna parte, mi vida comenzó a convertirse en un infierno, mucha gente incluso me señalaba por la calle, y prefiero no reproducir los calificativos que proferían sobre mí, aunque casi todos comenzaban por g...

Un día me levante tan estresada que no lo pensé ni un momento más, la única solución que me quedaba era cambiarme de país, me dije a mi misma ¿por qué no? un cambio de aires me sentaría bien, siempre me había guastado viajar, y por supuesto tenía claro cuál sería mi destino: Paris.

La gran ciudad que siempre me había fascinado, la ciudad de las luces, del can can, de los croissants de las revoluciones liberales y artísticas.

Me subí en el primer avión low cost que encontré y no me despedí ni de mi hermana ¿para qué? ya nadie de la familia quería tener contacto conmigo, aquello era como volver a nacer.

Como todos los comienzos nunca fueron fáciles, pero poco a poco comencé a tener amigos, y salíamos todos los fines de semana a los lugares de moda de la capital, al principio no tuve relaciones seria, algunas veces echaba de menos todas aquellas tórridas aventuras que me sucedieron antaño, pero lo que más deseaba era encontrar una nueva vida.

Un fin de semana mi vida cambio de la forma más inesperada, todavía no sé cómo ni porque, pero un francés de unos treinta años, se fijo en mí, no sé lo que vio exactamente, entre otras cosas soy mayor que él, y por desgracia no muchos se fijan en las maduritas, pero aquel fue mi día de suerte, y que suerte el tipo se llamaba Jean Luc y era el séptimo conde de Boncartier.

Una semana después me pidió matrimonio, y quien iba a negarse a semejante proposición, el conde poseía un par de casas en Paris, una en la Bretaña, y otra en la maravillosa costa azul.

Para que luego digan que la vida no da muchas vueltas, la mía desde luego

dio un giro de trescientos sesenta grados, pero como las sorpresas no bien solas, no todo iba a ser un camino de rosas, y una de las razones que me ha llevado a contaros esta historia es un episodio que ocurrió hace un par de años en la mansión que su familia poseía en la Bretaña francesa, y que a continuación os narrare con sumo gusto.

Capitulo 21

Bretaña Francesa 2027

Desde lo más alto del campanario divisó la enorme multitud que se había formado a sus pies, no podía dejar de pensar en cómo había llegado hasta aquella situación.

Un día antes lo tenía todo, pero aquel fatídico fin de semana algo cambió, parecía como si todo se hubiese vuelto en su contra.

Desde el otro lado habían utilizado todas las argucias posibles para disuadirlo de su actitud, pero había llegado tan lejos que debía tomar con urgencia una decisión; quizás la más importante de su vida.

En ese instante aparecieron un par de coches de bomberos y una ambulancia, aquello le puso tan nervioso que dio un ligero traspiés y estuvo a punto de caer.

La multitud emitió un grito de asombro temiendo lo peor, la calle era un hervidero de gente que no paraba de mirar hacia arriba haciendo especulaciones.

Al otro lado de la bahía, la situación era mucho peor, todo el paseo marítimo se hallaba repleto de turistas que inmortalizaban el momento con sus móviles de última generación como si asistieran al estreno de algún espectáculo.

Aquel era uno de los destinos turísticos más demandado por los franceses desde hacía décadas, pero nadie recordaba un hecho como el que ocurría aquel día.

A medio camino la marea comenzaba a subir, y las gaviotas revoloteaban sin cesar rebuscando comida entre los restos de basura y los criaderos de ostras que se extendían por toda la playa.

Justo en ese instante volvió a verla de nuevo. A pesar de lo angustioso de aquella situación era incapaz de borrarla de un plumazo.

Le vinieron a la mente los interminables momentos que habían pasado juntos.

Pero ¿qué demonios estaba haciendo allí?

No le bastaba con haberle arruinado la vida o es que también quería regodearse en sus últimos instantes.

Justo en ese momento comenzó a recordar lo que había sucedido aquel fin de semana, intentando encontrar una explicación lógica a todo lo que había sucedido:

Capítulo 22

Era noche cerrada cuando Heather acabo de vestirse. Sentada frente a un elegante tocador adquirido en un subasta de antigüedades celebrada en Nantes se abrocho el collar de zafiros y rubíes que su marido le había regalado por su primer aniversario. Cogió el peine de púas que había dentro del primer cajón de la cómoda y comenzó a alisar su larga cabellera rubia; con el paso de los años su sedoso cabello se había encrespado y necesitaba alisarlo a diario. Cuando termino, saco de un pequeño estuche dos hermosos pendientes de oro blanco con forma de trébol que hacían juego con las perlas.

Un sonido atronador se oyó al otro lado de la ventana. Primero un trueno y luego otro, un estrepitoso relámpago hizo tambalear los cimientos de la casa y transformo la intensa oscuridad en plena luz del día.

Tan solo duro un instante, pero lo suficiente para que Heather corriera despavorida hacia la ventana y comprobara como un enorme rayo había partido en dos el centenario ciprés que presidia la entrada de la mansión.

Era un bello chateau del siglo XVII que Jean Luc, su marido, había heredado de sus padres.

Se quedo aterrada mirando la escena mientras la madera chisporroteaba humeante y el agua de la lluvia apagaba lentamente los rescoldos del fuego. Una copiosa manta de agua caía en el exterior, durante unos instantes temió que la fiesta que había organizado para aquella noche tuviera que suspenderse.

A lo lejos diviso un par de diminutas luces que brillaban como los destellos de un faro visto desde lontananza. Poco a poco las luces aumentaron de tamaño hasta que logro vislumbrar un sedan negro propiedad de Philip, el mejor amigo de Jean Luc, que se acercaba lentamente por el sendero que daba acceso a la finca.

Una sonrisa se dibujo en su rostro cuando observo como el coche tenía que atravesar numerosos charcos; con lo meticuloso que era seguro que estaría maldiciendo aquella infernal noche.

—Estas preciosa, querida —dijo una voz potente y aguda a su espalda.

Heather se giro y sonrió.

—Tú también vas muy elegante —respondió y volvió a mirar por la ventana—. Mira por allí viene Philip.

Jean Luc se acerco a la ventana y miró hacia donde ella señalaba. Aunque la cortina de agua y la niebla no permitían ver demasiado, conocían el modelo de su coche a la perfección.

—Veo que te has puesto los gemelos que te regalé.

Jean Luc los observo recordando el día en que se los había regalado; a su mujer le encantaba sorprenderlo aunque no fuese ninguna ocasión especial; para ella cualquier día era propicio para demostrarle su cariño.

Los gemelos hacían juego con su traje de chaqueta negro y realizaban aun más la elegante corbata de seda azul que había adquirido en el antiguo boulevard de las tullerías donde según la tradición Napoleón encargaba sus trajes.

—No veo ningún vehículo mas —comentó Jean Luc mientras encendía un cigarrillo.

—Con este día de perros la mayoría llegara con retraso. He dado órdenes a Gladys para que mantenga el horno encendido.

—No sé qué haríamos sin ella —resopló Jean Luc—. Es la mejor cocinera que hayamos contratado nunca. Y Kevin hace una gran labor con el mantenimiento de la casa.

Ella asintió levemente.

Fue hasta el mini bar que había junto a la pantalla de televisión y echo un par de cubitos de hielo en un vaso de cristal de bohemia.

—¿Te apetece una copa? —le pregunto.

El asintió mientras abría la ventana dejando salir el humo del cigarrillo.

—¡No! —exclamo al ver como cogía la licorera de whisky—. Calvados con un solo hielo, por favor.

Ella sirvió la copa y se la acerco.

—Has invitado a esa... ¿Cómo se llama? —preguntó bajando la cabeza—, la cantante que está ahora de moda.

—¿Natalie? —respondió—. Por supuesto. Todos quieren conocerla. ¿Pensaba que erais buenas amigas?

—Conocidas —afirmó torciendo el gesto.

Mientras tomaba la copa Jean Luc observo cierto resentimiento en su mirada, no sabía que le desagradaba de Natalie pero no despertaba en ella mucha simpatía.

—Ya están aquí —dijo cuando vio al sedan aparcar junto a la entrada de la mansión—. Bajemos a recibirles.

Kevin, que a la sazón hacia las veces de mayordomo y jefe de mantenimiento fue a recibirles con un gran paraguas y los condujo hasta el hall. La doncella les ayudó a quitarse los abrigos mientras tiritaban de frio.

—Vaya noche —le dijo Philip a Kevin mientras limpiaba sus zapatos en el

felpudo.

—De lo más desagradable, señor —contestó Kevin con su profundo acento borgoñón.

Sin esperar un instante los condujeron a la gran chimenea que presidía el salón. Una enorme habitación de más de treinta metros cuadrados, de las que colgaban cuatro espléndidas lámparas con una infinidad de pequeñas lagrimas de cristal rosado que centelleaban como luces de neón.

Al fondo había una enorme mesa de nogal rodeada por sillas tapizadas con un espaldar de orquídeas blancas. De sus paredes colgaban varios lienzos de Renoir, y un pequeño dibujo de Picasso que Jean Luc había adquirido en la última subasta de Cristhies.

Heather y Jean Luc les recibieron con una gran sonrisa y repartieron grandes copas con un exquisito coñac de Burdeos.

—Con esto entrareis en calor —dijo Heather mientras los saludaba uno a uno y se acercaban a la lumbre.

—Menudo temporal —objetó Philip torciendo el gesto—. Hemos estado a punto de parar en el pueblo que hay a cinco kilómetros de aquí.

—¿En Boncartier? —preguntó Jean Luc.

Philip asintió.

—El coche comenzó a patinar y casi quedamos atrapados en el barro.

—Si hubiésemos sabido lo de la tormenta habríamos celebrado la fiesta otro día —intervino Heather.

—Lo importante es que ya están aquí —repuso Jean Luc.

—¿Como van tus clases de tenis? —le preguntó ella.

—Mejor que nunca —respondió Philip—. Desde que el primer ministro inscribió a su hijo las demandas se han disparado en nuestro club —añadió con una sonrisa—. Hay lista de espera de varios meses.

—Así es Jean Luc. Siempre consigue todo lo que se propone —argumentó Heather—. Si me disculpas tengo que atender al resto de invitados.

Philip asintió con una sonrisa cristalina.

—Te debo una amigo —afirmó Philip—. Si no fuera por ti, el primer ministro se hubiese inscrito en otro club.

—No me debes nada —contestó poniendo su mano sobre el musculado hombro de su amigo.

Philip había sido jugador profesional de tenis hasta los veinticinco años, pero una lesión en el talón de Aquiles había frustrado su brillante carrera. Ahora se dedicaba a dar clases en uno de los más prestigiosos clubes de tenis

de Paris. Era un tipo alto, moreno, de mandíbula prominente y anchas espaldas, sus numerosas horas al aire libre le habían conferido una tez bronceada que contrastaba con su eterna sonrisa. Pero su rasgo más destacado era su simpatía natural, tenía la suerte de caer bien a todo el mundo.

Philip prosiguió charlando con Jean Luc mientras entraba en calor frente a la chimenea.

—¿Qué tal estas Natalie? —preguntó Heather junto a la gran vidriera gótica con rombos ajedrezados que era la autentica joya de la casa. La habían adquirido en un antiguo palacio de la Toscana durante unas vacaciones en Italia. Su dueño la vendió a bajo precio fruto de la crisis económica que le había llevado a la ruina.

—Mi vida es una locura. Apenas tengo tiempo ni para mí —respondió saboreando el intenso olor que desprendía aquel soberbio coñac—. Si no fuera tu marido quien organiza la fiesta no hubiese acudido.

—Es lógico que estés agradecida —contestó con frialdad—. Sin él no hubieses conseguido nada en el mundo del espectáculo.

A Natalie no le gusto nada aquel comentario y no pudo reprimir una mueca de desagrado. Aunque Jean Luc la había catapultado a la fama, que se lo recordasen a menudo era como menospreciar su talento y, ahora era ella la que acumulaba millones de fans desde hacía más de un año.

Pero ni la más desagradable de las muecas podía borrar su incomparable belleza. Sus ojos verde esmeralda resplandecían sobre su roja cabellera.

—Qué extraño verte sin acompañante —dijo Heather sorprendida al verla sola. Natalie siempre iba acompañada de lo más granado de la elite parisina; desde que había conseguido la fama se la había relacionado con innumerables parejas.

—Tengo una nueva relación. Pero no puedo hablar sobre él.

—¿Por qué no, querida? —preguntó ella de forma instintiva.

—No pertenece a nuestro mundillo. Detesta todo lo relacionado con los medios de comunicación.

—A mí sí me lo puedes contar.

—Lo siento, Heather. Pero prometí no hacerlo. Llevamos poco tiempo juntos. Cuando sea oficial serás la primera en saberlo.

Heather sabía que tan solo era una forma de hablar, no eran tan amigas como para confiarle sus secretos.

—¿Y quien acompaña hoy a Philip?

—Una actriz italiana. Es guapa ¿verdad?

Heather asintió levemente.

—La clásica latina. Morena, pelo largo, ojos castaños y dos poderosas razones.

—Esas nunca fallan —contestó Natalie con una sonrisa.

—Las tuyas quedaron perfectas desde que te pusiste en manos de ese cirujano plástico —respondió contemplando su generoso escote. Llevaba un traje verde pistacho ceñido a la cintura que le quedaba como un guante.

Heather pensó que necesitaría muchas horas de gimnasio para llevar un vestido como ese; aun así no podía quejarse, sobrepasaba los cuarenta y la mayoría de los hombres continuaban fijándose en ella.

—Sabes que no deja de mirarte —comento Heather observando como la italiana no le quitaba ojo—. ¿Estás segura que Philip y ella no son pareja?

—Creo que tan solo son amigos. Pero igual lo son con derecho a roce —respondió dando una gran carcajada.

Heather sonrió.

—En el coche dijo que le encantaba mi música.

—Esa mirada no es solo de admiración. Te lo aseguro, querida.

—Ven te la presentare —dijo Natalie, y fueron hasta donde estaba Casandra, su enorme melena de color azabache descansaba sobre un elegante vestido negro y llevaba unos tacones de quince centímetros.

—¿Vives en Francia? —le preguntó Heather.

—Me han llamado para rodar una serie que comienza la próxima semana. Están localizando exteriores en el bosque de Compiègne.

—¿Donde se firmo el armisticio tras la primera guerra mundial?

Casandra asintió.

—Interpreto a la esposa del primer ministro italiano que con el resto de aliados firmo la paz con Alemania.

—Me apasionan las series históricas. No me la perderé.

Casandra asintió sonriente.

Natalie y Heather continuaron la charla con Casandra mientras ultimaban los preparativos para la cena. A Heather le cayó bien desde el principio, era una simpática napolitana sin apenas acento francés.

Al otro lado del salón Jean Luc vio aparecer a Emmanuel que venía acompañado por su joven esposa Michelle, una alsaciana veinte años más joven que él, que vestía una falda de vuelo y un suéter ajustado de color beige.

Se había cortado el cabello en una media melena de color castaño que realizaba sus grandes ojos. Poseía una mirada tan sensual que no dejaba indiferente a nadie. Jean Luc comprendió porque Emmanuel había perdido la soltería después de tantos años sin querer comprometerse.

—¿Qué tal, viejo amigo? —saludó Jean Luc y le dio un fuerte abrazo.

Heather los besó en la mejilla y les trajo un par de copas.

—¿Y donde están los demás? —preguntó Jean Luc sorprendido.

—Charlotte y Françoise nos avisaron poco antes de salir. La canguro les ha fallado a última hora.

—Una verdadera lástima —respondió Jean Luc—. Tenía ganas de volver a verle. Me encantó el último libro que escribió.

—Tiene un gran talento para la ciencia ficción. Hay una productora interesada en llevar el libro a la gran pantalla.

—Dile que no ceda en todo cuanto le pidan. Algunas adaptaciones que están realizando son verdaderas atrocidades. Cuando las llevan a la gran pantalla no tienen nada que ver con el esbozo original.

—Ya sabes cómo son las productoras. Que te voy a contar que tú no sepas.

—El libro es una verdadera joya —intervino Michelle—. Es lo mejor que he leído desde Blade Runner.

Jean Luc asintió, pero enseguida volvió su mirada hacia Emmanuel. Aquella chica poseía un magnetismo animal que despertaba los más bajos instintos. Jean Luc deseó por un instante que no fuese la esposa de Emmanuel.

Cuando Jean Luc observó como todos habían terminado sus copas hizo un gesto a Kevin y todos pasaron al comedor.

Era una habitación menos ostentosa en tamaño y decoración que el salón pero aun así era acogedora. Heather siempre decía que era una pequeña replica pero en miniatura.

Jean Luc presidía la mesa, su esposa estaba sentada a su derecha y Philip a su izquierda, el resto de los comensales se dispusieron a ambos lados.

Ivette, con un sensual traje de doncella, fue sirviendo la crema de espárragos y roquefort que la cocinera había preparado especialmente para la ocasión.

—¿Como fue tu ultimo concierto? —le preguntó Heather a Natalie mientras daba cuenta de aquella exquisita delicatessen típica de Bretaña.

—Las localidades se habían agotado un mes antes del concierto. Fue un éxito apoteósico. Hacía años que no se completaba el aforo del estadio de

Lyon —hizo una ligera pausa mientras degustaba la crema—. El único inconveniente son los paparazzi. La fama comienza a cansarme.

—¿No era esto lo que querías? —le recriminó ella.

Natalie asintió y tomo un pequeño sorbo de un suave chateau lafitte del sesenta y cuatro.

—Todo tiene un precio y yo comienzo a pagar el mío —respondió con resignación.

Heather volvió a cruzar su mirada con la italiana y vio que no le quitaba ojo. A Natalie parecía no importarle en absoluto, estaba tan acostumbrada a las miradas que para ella era algo de lo más trivial.

Poco después observo como Philip miraba por el rabillo del ojo el imponente escote de la doncella mientras la boca se le hacía agua; parecía que el coñac había hecho estragos entre los presentes.

La doncella retiro el primer plato, y acto seguido sirvieron el magret de pato con salsa de grosellas y el lenguado chardonnay.

La reunión transcurrió entre risas, mientras en el exterior continuaba jarreando intensamente. En un par de ocasiones la luz pestañeo, Heather miro hacia la lámpara y temió lo peor, un apagón podía estropearlo todo. Finalmente la instalación aguanto el temporal y la comida resulto un éxito. Cuando acabo la cena, todos esperaron impaciente a que sirvieran el postre.

Habían encargado una mouse de limón que preparaban en una pastelería del pueblo, estaba segura de que sería la sensación de la cena. Sin embargo, habían transcurrido diez minutos desde que retiraron el segundo plato y aun no habían servido el postre.

Mientras todos charlaban, Heather aviso a la doncella y esta negó con la cabeza.

—La puerta de la cocina está cerrada, Madame —le susurro al oído.

Heather fue hasta la cocina hecha una furia, había dado órdenes explicitas de que la mouse se sirviera al acabar el segundo plato. Estaba decidida a poner fin a aquella desidia del servicio, si todo continuaba así se estaba planteando despedirlos.

Al llegar vio la puerta entornada, se asomo a la rendija y descubrió el motivo del retraso.

Kevin y la cocinera estaban besándose en la cocina mientras se lo montaban juntos.

Heather se preguntó ¿que más podían haber hecho? Regresó al comedor ruborizada, anunciando que había un pequeño problema con el horno y que los postres se retrasarían.

Poco después Kevin apareció con la bandeja de las mouse, una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro mientras Heather era incapaz de levantar la mirada. Cuando Kevin le preguntó si todo era de su agrado, tan solo asintió levemente con la cabeza.

Al finalizar la cena se dirigieron a la sala de juegos que Jean Luc había habilitado como sala de esparcimiento.

Según había podido saber Heather allí se celebraban fiestas privadas desde su juventud, eran innumerables los rumores que recorrían las calles de Boncartier, y en ninguna de ellos Jean Luc salía bien parado.

La sala estaba decorada con innumerables trofeos deportivos, la mayoría eran de tiro al plato del que Jean Luc era un gran aficionado. Junto a ellos colgaban algunas cabezas de jabalíes y un espléndido ciervo que había cazado cuando fue invitado a pasar un fin de semana en los bosques de las Landas.

En el centro una enorme mesa de billar francés presidía la estancia, al fondo había una diana de dardos británicos y una pequeña barra en sentido longitudinal recorría gran parte de la habitación.

Jean Luc fue hasta una de las vitrinas cogió tres tacos de billar, e invitó a sus amigos a jugar una partida.

—Os propongo un reto —les dijo mientras repartía los tacos y colocaba las bolas sobre el tapete verde—. El que pierda paga una cena el café Anglais junto al Palacio real.

—En ese lugar es difícil conseguir mesa incluso para mí—comentó Emmanuel haciendo gala de su influencia política.

—Yo ni me lo planteo —le interrumpió Philip con indiferencia mientras se preparaba para golpear la bola.

—¿Habéis oído el rumor que corre como la pólvora en los mentideros del Congreso? —preguntó Emmanuel con una amplia sonrisa apoyado sobre la mesa.

Ambos negaron con la cabeza.

—¿Han visto a la mujer del primer ministro en un club de swinger!

—¡No! —respondió Philip—. Ya sabía yo que no era de fiar.

—Eso es un escándalo —intervino Jean Luc—. Le podía costar el puesto a su marido si lo demuestran.

—Nadie tiene pruebas. Al parecer acude con un disfraz y siempre alquila un reservado.

—Se arriesga a perderlo todo.

—Eso es lo que yo necesito —dijo Philip.

Jean Luc sonrió, y Emmanuel torció el gesto al conocer las apetencias de Philip.

Mientras tanto Heather fue hasta el equipo de música que había junto a la barra y puso una tranquila melodía. La doncella a la que Philip no quitaba ojo de encima fue sirviendo las copas ataviada con una cofia y un pequeño delantal blanco.

—¿Y qué opinas de los franceses? —le preguntó a Casandra mientras conversaban tranquilamente junto a la barra.

—No son tan pasionales como los italianos —respondió con una ligera sonrisa—. Suelen ir un poco más despacio. Pero al fin y al cabo son hombres y todos buscan lo mismo.

—¿Y tú que buscas, querida? —quiso saber Michelle.

—Alguien que me desee y me enamore.

Heather soltó una carcajada.

—De esos quedan pocos —contestó sin parar de reír.

La italiana asintió.

—Nuestra amiga Natalie no piensa lo mismo —prosiguió—. Ha conocido a alguien hace poco y no quiere decir su nombre.

A Natalie no le hizo ninguna gracia el comentario y cambio de tema.

—¿Sabes si harán banda sonora para la serie? —le preguntó a Casandra.

—No, pero si te interesa me puedo informar la próxima semana.

—Ahí lo tienes —sentenció Jean Luc—. Tres carambolas de una tacada. Me debéis una cena —soltó el taco encima de la mesa y fue hasta la barra a servirse una copa.

—Cariño —dijo cuando estaba poniendo el hielo en los vasos—. ¿Por qué no le enseñas la casa a Philip? Siempre viene con prisas y aun no ha tenido oportunidad de conocerla.

—Sera un placer.

—Si nos disculpáis —dijo al resto—. Regreso enseguida.

Ella y Philip abandonaron la sala, y se dirigieron al despacho de Jean Luc.

Luego la visita continuó por el invernadero, la cocina y la planta superior.

Heather le fue mostrando una a una todas las estancias que poseía la casa, finalmente llegaron hasta el fondo de un largo pasillo donde se encontraban las habitaciones de invitados. La que había junto al baño era en la que Philip pasaría la noche.

Era una pequeña habitación con dos camas de colchas estampadas, donde los rayos del sol resplandecían a media luz a través de una amplia cortina recogida en un elegante lazo. En sus paredes se distinguían cuadros de la campiña de Bretaña, destacaba uno de estilo costumbrista que describía la vida rural de la zona.

—¿Qué te parece? —le preguntó ella.

—Es muy acogedora —respondió mirando alrededor.

Ella se acercó hasta un gran jarrón de porcelana adornado con motivos florales.

—Me encanta este jarrón. Lo compramos en nuestro último viaje a China.

Philip se situó tras ella y le susurro al oído:

—A mi me encantas tu. Nadie te ha dicho lo hermosa que eres.

Heather se ruborizó al oír aquellas palabras, jamás había pensado que el mejor amigo de su marido tuviera interés por ella.

Philip la agarró por la cintura, y comenzó a morder su cuello. A Heather le vino a la mente la escena de la cocina y se dejó llevar.

Mientras la besaba pasó la mano sobre su cintura y las apretó con firmeza, luego continuo descendiendo por la pierna y ella soltó un intenso gemido.

—Esto no está bien, Philip —murmuró hasta que la introdujo suavemente entre sus muslos—. Jean Luc es como un hermano para ti.

—Te deseo —le susurró mordiendo su oreja—. Te deseo desde el primer momento en que te vi.

Ella iba a responder algo, pero Philip le puso el dedo sobre los labios para que guardara silencio.

Philip la cogió en brazos y la llevo hasta la cama.

—Se darán cuenta. Hace mucho que abandonamos el salón.

Philip hizo caso omiso al comentario, se quitó el traje y lo arrojó sobre un sillón mientras ella se despojaba del vestido.

La estrecho entre sus brazos, hundió la lengua en su boca y comenzó a dibujar círculos sin parar.

—Hazme tuya —dijo Heather acariciando su cabello.

Philip la hizo suya despacio al principio, pero luego fue aumentando el

ritmo mientras ella le clavaba las uñas en la espalda.

Ella acariciaba sus pectorales, eran duros y estaban bien marcados.

—Si me disculpas —le dijo Jean Luc a Emmanuel—. Quiero enseñarte algo de mi último viaje a Japón.

Jean Luc subió por las escaleras sin sospechar lo que allí estaba ocurriendo, quería mostrarle a Emmanuel unas direcciones que le serian muy útiles en Tokio.

Cuando llego a la planta de arriba escucho unos leves gemidos provenientes de la habitación de invitados. Al principio pensó que era la doncella que siempre estaba lloriqueando desde que mantenía una relación con un hombre casado.

Sin embargo, al volver a oírlo algo le resulto familiar. Se acerco a la puerta y la entre abrió con sumo cuidado, cuando vio lo que estaba ocurriendo al otro lado su sorpresa fue mayúscula, Philip le hacía el amor a Heather apasionadamente.

Aunque lo lógico hubiera sido acabar con aquello Jean Luc sintió un irrefrenable deseo de observar aquella escena. Los gemidos de Heather eran tan intensos que le produjeron un morbo incontrolable.

Cerró la puerta y corrió a la habitación de al lado. Se aproximó al tabique que separaba ambas habitaciones, descolgó el cuadro y por dos diminutos orificios escondidos observo la escena.

Jean Luc no recordaba haberla visto tan excitada desde que se conocieron.

Un momento después Philip cayo exhausto sobre Heather sollozando de placer. Los dos se besaron y regresaron a la fiesta.

Poco después Jean Luc hizo lo propio.

En la sala de juegos los devaneos de la mujer del primer ministro habían corrido como la pólvora y todos hacían chascarrillos sobre ello.

—Te estaba buscando —le dijo Emmanuel a Philip—. Michelle quiere aprender a jugar al tenis y necesita un profesor particular.

—Sera un placer amigo —le contestó mientras la doncella le servía un whisky con soda.

—¿Y mi marido? —le preguntó Heather a Emmanuel.

—Creo que fue a buscar unos folletos —respondió—. La próxima semana

tengo que ir a Japón y me ha hablado sobre un par de restaurantes.

—No olvides probar el sashimi de atún. Es exquisito.

—Lo hare.

Al saber que su marido había subido a la planta de arriba el rostro de Heather se ensombreció, no sabía si les había oído.

Miro a Philip, pero este ni se estremeció. Al fin y al cabo estaba soltero y no tenía que rendir cuentas a nadie.

Poco después apareció Jean Luc, traía unos folletos sobre un par de restaurantes y el nombre del hotel donde se había alojado en su última visita a Tokio.

Cuando paso junto a Heather no la miro a la cara.

La fiesta continuó hasta altas horas de la madrugada, los invitados tenían previsto regresar por la mañana a sus casas, pero la tormenta había dejado las carreteras impracticables y no les quedo más opción que esperar a que el tiempo mejorase.

Heather se acercó a la doncella, y le dijo en voz baja que dispusiera todas las habitaciones salvo en la que había estado con Philip, no quería que nadie de la casa se enterara de lo ocurrido.

El chateau disponía de habitaciones de sobra. Kevin y el ama de llaves condujeron a los invitados a sus aposentos. Los dispusieron en cuatro habitaciones contiguas, la primera era una habitación de matrimonio para Emmanuel y su esposa; el resto eran habitaciones individuales para Natalie, Philip y Casandra.

Durante un par de horas la lluvia continuó arreciando en el exterior, parecía que aquella tormenta no acabaría jamás.

Por suerte a primera hora de la mañana cesó y un esplendido amanecer se dibujo sobre la floreciente campiña de la Bretaña francesa.

Capítulo 23

Heather ordenó a la doncella que llevara el desayuno a las habitaciones pasadas la diez de la mañana, la noche había sido larga y no quería despertarles demasiado temprano.

Cuando llegó a la habitación de Natalie aporreó la puerta en repetidas ocasiones pero allí no contestaba nadie.

La doncella decidió avisar a Heather que ya se encontraba despierta. Se puso unos vaqueros y fue a averiguar qué ocurría.

Tras llamar en varias ocasiones y no obtener respuesta decidió llamarla al móvil; desde el otro extremo de la puerta se escuchaba la melodía del teléfono pero nadie contestaba.

—Esto no me gusta nada —le dijo a la doncella—. Avisa al ama de llaves.

La señora Sandrine subió desde el invernadero y con la llave maestra abrió la puerta.

Natalie se encontraba tendida encima de la cama sumida en un profundo sueño.

Heather y el ama de llaves intentaron reanimarla pero no lo consiguieron.

—¡Rápido! Avisa al doctor.

—Las carreteras están cortadas —respondió la doncella.

—Di que es un asunto de vida o muerte.

Una hora más tarde vadeando numerosos charcos llegó el doctor Vincent, el médico de confianza de la familia.

—Apenas tiene pulso —afirmó frente al resto de invitados que se había congregado alrededor tras conocer lo sucedido—. Hay que llevarla al hospital. Espero que no sea demasiado tarde.

—¿Que le ocurre doctor? —preguntó Heather alarmada.

—Su lengua tiene un color azulado. Parece como si le hubiesen administrado algún tipo de arsénico —se volvió hacia Jean Luc y dijo—. No tengo más remedio que avisar a la gendarmería de este incidente.

Jean Luc asintió sin decir nada.

—Sera mejor no tocar nada —añadió Philip—. La policía querrá inspeccionarlo todo.

—Esperaremos en el salón —dijo Jean Luc—. Mientras tanto que nadie entre aquí —ordenó al ama de llaves.

La señora Sandrine asintió con un gesto severo.

El coche patrulla se encontró un par de caminos cortados y tuvo que dar un enorme rodeo, tardo más de horas en llegar a la mansión.

La doncella abrió la puerta mientras todos esperaban expectantes en el salón.

En su interior se respiraba una calma tensa, quien mas y quien menos comenzaba a sospechar del vecino de al lado, nadie quería hablar sobre ello pero todos eran conscientes de lo fácil que resultaba conseguir un frasco de arsénico.

Del coche descendió el inspector de Lacroix, un tipo alto y delgado de casi uno, noventa de altura, con un sombrero de ala ancha de color grisáceo y una gabardina color crema encalada hasta el cuello.

Lo acompañaba un chico joven con el uniforme azul oscuro de la gendarmería francesa que llevaba pocos meses en el cuerpo.

El inspector se quito el sombrero, y la gabardina y se lo entregó a la doncella.

La cocinera dio un respingo cuando sintió su mirada intimidatoria. Poseía una enorme nariz aguileña, y unos ojos achinados surcados de innumerables arrugas fruto de las interminables noches que pasaba sin dormir; debía rondar los cincuenta, aunque aparentaba mucho más.

—Buenos días —saludó Jean Luc al verle aparecer.

El inspector lo miro de arriba abajo estrechando levemente su mano.

—¿Donde ha ocurrido? —preguntó sin apenas mirar a los presentes.

—Arriba —respondió Heather señalando con su mano.

—¿Y qué demonios hacen aquí?

—Le estábamos esperando. El ama de llaves se ocupa de todo.

El detective gruño y salió de la habitación sin esperar a que lo acompañasen. Subió por las escaleras junto a su acompañante mientras el resto le seguía.

—Es allí —informó ella señalando el fondo del pasillo.

El inspector asintió.

—Gracias señora de Sandrine —dijo Jean Luc—. Puede volver a sus obligaciones.

—Ni se le ocurra abandonar la casa —le dijo el inspector mirándola fijamente—. La interrogare más tarde.

De Lacroix examinó la habitación de Natalie mientras los invitados esperaban en la puerta.

El y su ayudante estuvieron escudriñando hasta el más diminuto rincón de la habitación, la única pista aparente era un vaso que había sobre la mesilla de noche. El inspector ordenó inmediatamente que lo llevaran a analizar. A simple vista todo parecía en orden, era como si nadie hubiese entrado en la habitación durante la noche.

Una hora después bajo las escaleras y entro en el salón. Los invitados no paraban de hacer conjeturas sobre lo que había sucedido aquella noche.

—¿Pueden decirme lo que hicieron la pasada noche?

—Estuvimos de fiesta hasta altas horas de la madrugada —explico Heather—. Luego nos fuimos a dormir a la misma hora.

—No generalicé madame. Qué usted durmiera no quiere decir que el resto lo hiciera.

—Disculpe inspector. La verdad es que siempre tomo un somnífero y pienso que todos hacen lo mismo.

El inspector gruñó y frunció el ceño, odiaba las suposiciones.

—¿Y el resto también dormía? —afirmó sin esperar respuesta.

Todos asintieron levemente.

—Les aseguro que alguien no dormía a esa hora. Hemos encontrado unas fotos en el bolso de la víctima que me llevan a afirmar que el veneno se lo administro uno de ustedes.

—¿Qué esta insinuando! —exclamó Emmanuel.

—Qué alguien la chantajeaba. Y ese alguien es uno de ustedes.

—¿Quién iba a querer hacerle daño? —intervino Heather—. Todo el mundo quería a Natalie.

El inspector ladeo la cabeza con una risa burlona.

—¿Alguien observo algo fuera de lo habitual? —preguntó su ayudante.

Todos negaron con la cabeza.

—He enviado el vaso y las fotos para que lo analicen. Tendrán que permanecer aquí hasta que sepamos los resultados.

Al oír aquello se formó un pequeño revuelo, los invitados querían regresar de inmediato a sus casas, a nadie le venía bien permanecer allí hasta el lunes, tenían importantes obligaciones que atender.

El más afectado de todos fue Emmanuel, si aquello trascendía a la opinión pública sería un gran escándalo en su partido.

El inspector hizo caso omiso a las quejas y continuó inspeccionando la casa.

Heather fue a buscarlo al despacho cuando recordó lo que Natalie le había contado la noche anterior.

—¿Y no quiso desvelar su nombre? —le preguntó el inspector.

—Se lo pregunté varias veces, pero no quiso decir con quien mantenía una relación.

El inspector asintió y prosiguió su búsqueda.

La mañana transcurrió sin demasiados sobresaltos, el inspector estuvo examinando con minuciosidad todos los rincones de la casa. Luego bajo a la cocina y estuvo interrogando a los miembros del servicio. Puso especial interés en los platos que se habían servido aquella noche, si la comida hubiese sido envenenada alguien más habría caído enfermo.

Ni tan siquiera acepto la invitación de Heather para almorzar con ellos.

A media tarde regreso al salón.

—Tengo que regresar a la comisaria —anunció en voz alta—. Hay varios asuntos que requieren mi atención. Mi ayudante se quedara a cargo de todo.

—¿Ha descubierto algo inspector? —preguntó Jean Luc.

—Nada concluyente por ahora.

El domingo por la noche el ambiente volvió a ser festivo, parecía como si a todos se les hubiese olvidado lo que allí había ocurrido. Sirvieron la cena y luego volvieron a la sala de juegos.

Jean Luc comprobó que aquel día Philip no le quitaba ojo a Heather, estaba más interesado en su esposa que en el incidente de Natalie.

Tras un par de copas decidió tomar cartas en el asunto, se acercó cuando estaba apartado del grupo y mantuvo una pequeña charla. Al principio Philip se quedó boquiabierto al escuchar sus palabras, luego hizo un gesto afirmativo y se quedó cabizbajo sopesando la situación.

Heather había subido a cambiarse de vestido. Poco después regreso a la sala, lucía un elegante traje de Versace con un prominente escote en la espalda. Llevaba el pelo recogido en un pequeño moño, y un enorme collar de perlas la hacían resplandecer más de lo habitual.

—Estas preciosa, querida —dijo Jean Luc al cruzarse con ella cuando

abandonaba la sala. Subió por las escaleras y se dirigió a la planta de arriba. Ella se sirvió una copa y se puso a charlar con Michelle. Poco después se acercó Philip, le susurro algo al oído y ella sonrió.

Heather y Philip abandonaron el salón a hurtadillas como la noche anterior, subieron por las escaleras y se dirigieron con impaciencia a la habitación de invitados.

Ella había pasado toda la noche sin quitarse de la cabeza como Philip le hacía el amor.

Durante toda la tarde se habían cruzado miradas furtivas sin que nadie se percatara de ello, o al menos eso creían.

Unos segundos después fue Jean Luc quien entro en la habitación de al lado. El día anterior había llegado al final de la escena, pero esta vez no pensaba perderse ni el más mínimo detalle.

No había terminado ni de cerrar la puerta cuando Philip empujo a Heather, coloco la palma de sus manos contra la pared y le quito el vestido.

Mordió su cuello con violencia y recorrió con la lengua su piel blanca y sedosa, de inmediato ella empezó a jadear. Luego llego hasta sus abultados pechos y comenzó a besarlos sin descanso, Heather sollozaba una y otra vez sin parar.

La apretó contra el frotando sus caderas contra las nalgas de ella. La levanto en peso, y comenzó a penetrarla contra la pared mientras Heather se sujetaba en su espalda.

En el tabique no dejaban de retumbar los incesantes golpes cada vez que rebotaba sobre ella.

Al otro lado Jean luc se recreaba con la escena, ver a su mujer con otro lo excitaba hasta el límite. No tenía ninguna duda de que quien más estaba disfrutando con aquello era él.

—Nunca había tenido un amante como tu —le confesó Heather a Philip.

Al oír aquello Philip comenzó a azotar sus nalgas mientras ella gemía sin parar.

Aquello excito más si cabe a Jean Luc que desde la otra habitación no daba crédito a lo que veía, jamás llego a pensar que su mujer fuera tan libidinosa.

A media noche el inspector regreso a la casa, se dirigió a la sala de juegos y encontró a todo el grupo reunido.

—Veo que se lo están pasando bien —dijo al escuchar la música y ver la algarabía que reinaba en su interior.

—¿Y qué pretende que hagamos inspector? —respondió Jean Luc—. Tenemos que matar el tiempo de alguna forma... —bajo la cabeza y dijo—, disculpe, quizás no haya empleado el termino más oportuno.

—Siento traer malas noticias. Pero Natalie continúa empeorando. Sera difícil que salga de ésta.

Todos se llevaron las manos a la cabeza al oír aquello.

—Lo único positivo —prosiguió el inspector—, es que mañana esté asunto se habrá resuelto. Estoy esperando una llamada para contrastar una información. Pero puedo asegurarles que vamos por buen camino.

—¿Ya sabe quien lo hizo? —preguntó Emmanuel.

—Todo a su debido tiempo amigo. Ha sido un largo día. Mañana a primera hora los reuniré en el salón.

El inspector abandono la sala y subió a la habitación que el ama de llaves había dispuesto para pasar la noche.

La llegada del inspector trastoco la velada, después de sus comentarios regresaron los corrillos y el ambiente se enrareció. Poco después se marcharon a dormir.

Capítulo 24

A la mañana siguiente el inspector reunió en el salón a todos los integrantes de la casa, incluido el servicio.

Jean Luc se situó junto a su mujer, a su izquierda estaba Philip, y a su derecha Emmanuel y Michelle. Un poco más allá se encontraba Casandra, y al fondo los criados.

—Como ya les anuncie ayer —dijo el inspector mientras se paseaba de un lado a otro del salón—, tenemos pruebas concluyentes para asegurar que Natalie fue envenenada.

Un ligero murmullo se escucho en la sala.

—La tarde de ayer fue enriquecedora para mí —prosiguió explicando—. Estuve comprobando el historial de Natalie y descubrí la relación que tenía con cada uno de ustedes. Para ser sincero no esperaba tantas sorpresas —añadió con una sonrisa maliciosa.

Se formó una ligera algarabía entre los presentes sin saber adónde pretendía llegar.

—Si amigos. Este oficio jamás dejara de sorprenderme —dijo mirándolos fijamente uno a uno—. Sé que cada uno de ustedes tenía diferentes razones para querer asesinar a Natalie.

—¿Pero es que se ha vuelto loco? —respondió Emmanuel hecho una furia levantándose de la silla.

El ayudante del inspector, se acercó y le ordenó que se sentara.

—No es usted el más indicado para dar sermones —afirmó con vehemencia— ¡Así que cállese la boca!

Michelle emitió una ligera sonrisa y se tapó la cara con las manos para que su marido no se diese cuenta; parecía que le divertía aquella situación.

—Ya que ha sido el primero en intervenir. Empezaremos por usted —prosiguió con una amplia sonrisa—. Durante los últimos años ha sido acusado varias veces de nepotismo y de blanqueo de capitales.

—Una zafia mentira de los periódicos de la oposición —respondió malhumorado—. Nadie ha podido demostrar nada.

—La verdad es que esa parte no me interesa —contestó el inspector—. Pero deja a las claras que clase de individuo es usted —sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió.

—Pero vayamos al asunto que nos concierne. Según he podido saber el padre de Natalie tenía previsto presentarse como candidato a la alcaldía de

Nantes. Y al parecer usted sería su rival. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Es tan solo una mera coincidencia. Siempre me rodeo de personas de toda clase de ideología política.

—¿Está hablando en serio? —le interrumpió el inspector—. En cuanto el padre de Natalie descubra lo sucedido dejara la vida política y usted tendrá vía libre. La vida de su hija es más importante que cualquier cargo político.

—Su partido presentara otro candidato —respondió Emmanuel.

—¿Con quién se cree que está hablando? —contestó el inspector de forma amenazante—. Usted y yo sabemos que no hay nadie en esta región con tanto carisma como Jean Pierre.

Emmanuel no pudo rebatir aquel argumento y decidió guardar silencio.

La expresión de Michelle había cambiado de repente, aquello ya no le divertía tanto, si su marido terminaba en prisión acabaría perdiendo toda aquella vida de lujo a la que se había acostumbrado.

—Si va a acusarme de algo exijo la presencia de mi abogado.

—De momento me limito a exponer los hechos —respondió el inspector—. Ya tendremos tiempo para las acusaciones.

Un incomodo silencio recorrió la sala.

—¿Y qué me dice usted? —le preguntó a Michelle.

La esposa de Emmanuel lo miro atónita, no pensaba que fuese capaz de acusarla de nada.

—Tengo entendido que usted y Natalie fueron compañeras de Universidad.

Ella asintió indignada sin mirarle a la cara.

—Coincidimos un año en la misma aula —contestó con frialdad—. Pero nunca fuimos buenas amigas.

—No me sorprende después de arrebatarme el novio —respondió con frialdad.

—Eso no es cierto, inspector —se defendió—, aquello ocurrió cuando ya no éramos pareja.

—¿Está segura? —le preguntó—. Ayer realicé algunas llamadas y sus compañeros me aseguraron que los celos la estaban royendo por dentro. Uno de sus compañeros recuerda un día en la cafetería en que dejo caer su plato sobre Natalie.

—Siempre he sido un poco patosa —repuso con ironía—. Aunque también tengo mis virtudes.

Después de aquella respuesta el inspector guardo silencio durante unos

instantes y decidió cambiar de tema.

—¡Casandra! —exclamó mirando a la italiana—. ¿Lo he pronunciado bien?

—Perfectamente —contestó con una bella sonrisa.

—Según tengo entendido su relación con los hombres nunca ha sido demasiado buena.

—Suele pasar cuando solo intentan aprovecharse de ti —respondió con suficiencia.

—Lo menciono porque hay quien la ha visto merodeando el hall del hotel donde se hospeda Natalie.

—Nos hicimos buenas amigas en un concierto.

—¿Podría definir como de amigas? —preguntó el inspector.

A Casandra le cambió el rictus de la cara al escuchar aquella pregunta.

—Uno de los integrantes de la banda de Natalie dijo que usted y ella mantuvieron una fuerte discusión tras el último concierto. Según parece a Natalie no le agradaban sus insinuaciones.

—Sí, es cierto. Me gustaba Natalie —respondió con vehemencia—. Pero no iba a asesinarla por qué me rechazara.

El inspector no contestó nada ante la contundencia de sus palabras.

—¿Y qué ha ocurrido con las fotos que comprometían a Natalie? —intervino Philip impaciente por solucionar aquel asunto.

El inspector hizo una señal a su ayudante, y este sacó de un maletín los negativos de las fotos.

—Sitúalas encima de la mesa para que todos puedan verlas —le dijo con un gesto de su mano.

Su ayudante las fue colocando una a una sin orden aparente. Eran seis fotos en las que se veía desnuda a Natalie en actitud poco decorosa.

En las fotos no había nadie más, tan solo se distinguía una ligera sombra en uno de los laterales que había sido borrada a conciencia.

Todos se inclinaron hacia la mesa y comenzaron a mirarlas, algunos pusieron cara de asombro y otros de circunstancia.

—¿Y bien? —preguntó el inspector—. ¿A nadie le resultan familiares?

Pasó revista a todos los presentes hasta que detuvo la mirada en Kevin.

—Usted es el mayordomo ¿verdad?

Kevin se quedó boquiabierto, pensaba que tan solo interrogarían a los invitados de la fiesta.

—¿Sabía usted que su hombre de confianza y Natalie crecieron en el mismo barrio? —le preguntó a Jean Luc.

Este negó con la cabeza.

—¿No habrás sido capaz de hacer algo así? —le preguntó Heather, que no le había dirigido la palabra desde lo ocurrido en la cocina.

Este sacudió ligeramente la cabeza.

—Aquí donde le ven —dijo señalándolo como si no estuviera presente—, estaba haciendo chantaje a Natalie.

—Eso es mentira —afirmó apretando con fuerza su puño con toda la rabia contenida.

—Entonces dígame ¿por qué hemos encontrado los originales de las fotos en su ordenador?.

—¡Kevin! —exclamó la cocinera.

—Cállese la boca —le ordenó el inspector a la cocinera—. Sé que mantienen una relación desde hace tiempo y que lo apoya en todo esto. Desde que Natalie es famosa vieron la oportunidad de ganar dinero a su costa.

Kevin bajo la mirada como si no creyera lo que estaba ocurriendo, cuando volvió a alzar la vista todo el salón le miraba fijamente.

—De acuerdo —admitió Kevin—. Yo hice las fotos. Pero yo no la mate.

—Era la única forma que teníamos de abandonar esta casa —confesó la cocinera—, llevamos aquí más de siete años y ya no aguantamos ni un minuto más.

—¡Pero Gladys! —exclamó Heather—. ¿Tan mal os tratamos?

La cocinera no contestó nada y se enjugó las lágrimas.

—He conseguido un extracto de los movimientos de su cuenta —le dijo el inspector a Kevin—. En los últimos meses ha dejado de llegar una importante cantidad de dinero que llevaban ingresando desde hace más de un año. Esa es razón más que suficiente para querer asesinar a alguien.

El inspector soltó el humo del cigarrillo y lo apagó en el cenicero mientras Heather no paraba de toser.

—Pero vayamos por partes —prosiguió explicando, y desvió su mirada hacia Philip—. ¿Tiene usted algo que decir de todo esto?

Philip que ya esperaba su turno negó con la cabeza sin inmutarse.

—A su pareja no debió sentarle nada bien que Natalie le arrebatara el número uno en ventas ¿Cómo se llama?

—¿Qué pareja? —preguntó Heather indignada. Philip siempre había

asegurado que continuaba soltero.

—Catherine —aclaró su ayudante.

—Gracias, Pascal —respondió el inspector agradecido—. Tengo entendido que ha tenido que suspender varios conciertos porque no se vendían entradas. Es por eso por lo que han tenido que posponer la boda prevista para el próximo mes.

Heather miro a Philip con ojos inquisitoriales.

—¿Y ya no vais a casaros? —dijo Jean Luc atónito.

—Ya sabes cómo funciona el mundo de la música —le contestó Philip—. Un día estas en todo lo alto y al siguiente nadie se acuerda de ti. Tu mismo has sufrido diferentes varapalos con otros cantantes.

Jean Luc asintió comprensivo, sabía muy bien de lo que le estaba hablando.

—Estoy al borde de la quiebra —admitió tragándose su orgullo—. La razón por la que vine a la fiesta es para pedirte dinero.

Jean Luc se cruzo de brazos y no dijo nada.

—Todo lo que ha explicado es cierto —prosiguió levantado la mirada—. Pero no soy ningún asesino.

—Por lo que se ve nadie la enveneno —respondió mirando a su ayudante—. ¿No habrás sido tú por casualidad? —le preguntó a Pascal.

Su ayudante soltó una fuerte carcajada.

Todos se miraron sin entender nada, el inspector demostraba un sentido del humor que rallaba en lo grotesco.

—Aun no hemos acabado con esto —añadió el inspector—. Tengo entendido que a usted no le caía demasiado bien —dijo mirando a Heather.

Ella lo fulminó con la mirada, no sabía quién le había contado aquello.

—Es comprensible que siendo su marido el amante de Natalie su presencia le exasperara los nervios ¿no es verdad?

Jean Luc hizo un amago de responder algo, pero bajo la cabeza y fue incapaz de mirar a su esposa a los ojos.

—¿Desde cuándo lo sabías? —le preguntó Jean Luc a Heather tras un largo silencio.

—Siempre llegas tarde a casa y tu ropa siempre huele a su perfume. Si al menos hubieses intentado disimularlo —respondió mirándole fijamente a los ojos—. Un día me canse y os seguí hasta el barrio latino.

—No era la primera vez que me engañaba —dijo mirando al inspector—. Pero esta vez lo hizo con una amiga y eso fue la gota que colmo el vaso.

Pensaba pedirle el divorcio la próxima semana.

—Tengo entendido que su marido le obligo a firmar la separación de bienes —intervino el inspector—. Lo que significaba que lo perdería todo si se divorciaba de él.

—Y usted piensa que si asesinaba a Natalie se acabaría el problema ¿no es cierto?

—La mayor parte de los asesinatos se comenten por motivos económicos —respondió el inspector—. Es la razón más antigua desde que se creó el mundo.

El murmullo regreso a la sala, el inspector continuaba sin aclarar nada.

—Sin embargo, en este caso creo que había algo más —aseguró el inspector paseando de arriba abajo—. Ya solo nos queda usted Jean Luc —dijo mirándole fijamente.

—Se equivoca usted conmigo. Soy el único que no tenía motivos para asesinarla. Natalie era una mina de oro. No dejaba de ganar millones desde que la descubrí. Y además éramos amantes ¿qué más podía desear de ella?

—Por mucho que uno tenga siempre ambiciona algo mas —respondió el inspector—. No le quepa la menor duda.

Su ayudante se acercó y le susurró algo al oído.

—Es la llamada que estaba esperando —dijo a los presentes—. Enseguida vuelvo.

El inspector abandono la sala y fue hasta la habitación de al lado a responder la llamada.

Mientras tanto los presentes continuaban cabizbajos sin dirigirse la palabra, apenas ni se miraban los unos a los otros, parecía que un clima de desconfianza se había apoderado de ellos.

Poco después regreso el inspector.

—Traigo buenas noticias. Mis sospechas se han confirmado —afirmó con la barbilla levantada como si fuese un gallo de pelea cacareando tras la victoria.

—Tengo poderosas razones para afirmar que quien aparece en estas fotos es usted, Jean Luc —dijo señalándolas.

—El que aparece en esas fotos puede ser cualquiera —se defendió Jean Luc—. Natalie mantenía numerosas relaciones.

—Se que la foto se hizo en esta casa —aseguró señalando una de ellas—

¡Fíjese! Al fondo hay un espejo donde se refleja una de las vidrieras góticas. Estos cristales son inconfundibles.

Jean Luc fue a responder algo cuando el inspector lo detuvo con la palma de su mano.

—No gaste saliva —le advirtió—. Su esposa me dijo ayer que Natalie había comenzado una relación recientemente.

Miro a Heather esperando su confirmación y añadió:

—¡Pues bien ese alguien era mi hijo! Hace un par de semanas me comentó que había iniciado una relación con una famosa cantante.

En ese momento el escándalo fue mayúsculo, el inspector necesito de toda su experiencia para hacer callar a los presentes.

—Silencio —ordenó golpeando con fuerza en la mesa.

—Dejen terminar al inspector —insistió Pascal.

—Pero lo más importante es lo que me contó después:

¡Alguien obligaba a Natalie a mantener relaciones sexuales en presencia de un voayer!—dijo clavando sus penetrantes ojos en Jean Luc—. ¡Y ese voayer es usted!

Heather lo miraba atónita.

—Es eso lo que le excita ¿verdad? Ver como su amante se lo monta con otro. Kevin lo descubrió y le estaba chantajeando a usted y a Natalie.

—Por eso la noche de la fiesta me propusiste que sedujera a tu mujer —intervino Philip—. Para ver como lo hacíamos.

—Me das asco —dijo Heather.

—¡Cállate zorra! —gritó Jean Luc.

—Tendrá que probar lo que dice, inspector.

—Ya lo he hecho. Mi hijo asegura que se negó a seguir manteniendo relaciones sexuales mientras los observaba. Por eso la enveneno ¿verdad?

Jean Luc agarro a su mujer por el cuello y saco un revolver de la chaqueta.

—No pienso pasar el resto de mi vida entre rejas por esa zorra. Voy a marcharme de esta casa y usted no hará nada para impedirlo.

Jean Luc retrocedió de espaldas a la puerta utilizando a su mujer como escudo hasta que llego a la entrada principal.

Pascal hizo un amago para cortarle el paso, pero el inspector lo detuvo con un gesto de su mano.

Jean Luc salió por la puerta, y montó en el coche junto a su mujer. El inspector y el resto de invitados los siguieron a corta distancia.

Arrancó el coche y recorrió el camino de grava que estaba completamente encharcado hasta la carretera comarcal. No paraba de mirar por el espejo retrovisor comprobando que nadie le siguiera. Al llegar a la desviación de Ruan aceleró el mercedes.

—¿Crees que se lo habrán tragado? —le preguntó Heather.

—Por supuesto, querida —respondió con una sonrisa—. Ese imbécil de Lacroix se cree que lo sabe todo.

—En realidad todo lo que has dicho es cierto —le recriminó ella.

—Salvo el motivo por el que la envenené —rió Jean Luc—. ¿Por ser un voayer? ¡Menudo imbécil! Hay cientos de mirones en esta mundo —hizo una breve pausa mientras cogía otro desvió, y prosiguió hablando—. La muy zorra no me dejó otra opción. La había rescatado de esa vorágine de drogas en la que se hallaba sumida y, ¿Cómo me lo paga?

—Firmando un contrato con otra discográfica —repuso Heather.

—Así es. La debería haber asesinado mucho antes. —gruñó y se le marcaron todas las venas de la frente.

Unos metros más adelante oyó la sirena de un coche de policía.

Jean Luc aceleró, pero comprobó como desde la entrada de la autopista aparecía otro coche de la gendarmería.

Con dos coches patrulla pisándole los talones tomo una medida desesperada, a su izquierda vio un cartel que anunciaba la desviación de la abadía del monte Saint Michel. Dio un fuerte volantazo y estuvo a punto de volcar en la curva que daba acceso a una estrecha rotonda. Uno de los coches de policía no pudo reaccionar y continuó de frente por la autopista, el otro vio la maniobra a tiempo y consiguió seguir el coche de Jean Luc.

—Recuerda Heather —dijo mirándola fijamente a los ojos—, si nos atrapan continua insistiendo en lo del somnífero. No pueden probar que sabias nada.

Ella asintió.

Un instante después atravesó el pueblo que había junto a la abadía; y un nuevo coche patrulla les cerró el paso desde la playa. Lejos de amilanarse apretó el acelerador, y atravesó el pueblo a toda velocidad; un par de ancianos tuvieron que retroceder cuando cruzaban por un paso de peatones y por poco atropella a unos niños que corrían tras un balón.

A la salida del pueblo se unió un tercer coche patrulla que tras un fuerte frenazo atravesó el coche en mitad de la calzada. Dos agentes bajaron de inmediato y se apostaron tras el capo pistola en mano esperando el coche de

Jean Luc.

—No me sigas, Heather —dijo Jean Luc tras dar un nuevo volantazo.

Frenó el coche en seco, abrió la puerta y salió corriendo en dirección a la playa. Descendió a toda velocidad por unas viejas escaleras de hormigón y atravesó la playa sin mirar atrás. La marea había comenzado a subir, pero no lo suficiente como para impedir su paso.

Al fondo se divisaba la imponente abadía de Saint Michel en todo su esplendor.

Era un día gris repleto de nubes del más amplio abanico de grises y negros que se pueda imaginar; en la línea del horizonte no se atisbaba ni el más mínimo rayo de sol. Jean Luc atravesó el angosto camino de arena que une la abadía con tierra firme a toda velocidad chapoteando agua a su paso. Dos gendarmes le perseguían veinte metros más atrás.

Desde el acantilado Heather observaba la escena aterrada, uno de los gendarmes se había quedado junto a ella después de haberla liberado del aparente secuestro.

Jean Luc consiguió alcanzar la parte baja de la abadía, se detuvo un instante tras una esquina, y respiro profundamente, estaba agotado.

Poco después los gendarmes pasaron de largo sin verle. Cuando ya no los veía comenzó a ascender por una calle empedrada, al poco rato empezó a cruzarse con varios turistas que habían madrugado más que el.

Entró en un bar y se situó en un pequeño recodo al fondo de la barra desde donde apenas se divisaba la puerta. Unos instantes después uno de los gendarmes entro en el local, miro hacia todos lados pero no consiguió verle.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó la camarera a Jean Luc sin saber porque estaba agachado tras la barra.

El policía se dio la vuelta y lo vio correr hacia su derecha.

Jean Luc le arrojó una silla sobre la cabeza y consiguió saltar por una de las ventanas que estaban abiertas.

Corrió desesperado apartando a todo el que se cruzaba en su camino, el otro gendarme se unió a la persecución. En cada calle que atravesaba lo único que se distinguía era el enorme pináculo que coronaba la fortaleza.

La abadía rodeaba el perímetro de una pequeña isla rocosa que no tenía escapatoria posible, Jean Luc pensó que ascender era su única salida.

Cuando llegó a las puertas de la abadía comprobó que ya había abierto sus puertas y un enorme trasiego de turistas esperaba su turno. Jean Luc se camufló entre ellos y se introdujo en su interior. Los policías que le seguían eran

incapaces de abrir la boca y darles el alto.

Jean Luc se escondió entre un grupo de alemanes que conducido por una esbelta guía iban contemplando los tesoros que la famosa abadía albergaba en su interior. Al fondo diviso la diminuta escalera de caracol que ascendía hacia el campanario.

Comenzó a subir los escalones de dos en dos pidiendo excusas cada vez que chocaba con alguien. Cuando llegó arriba vio a varios grupos admirando la estructura del campanario. El gendarme que lo seguía más de cerca observó desde las escaleras como trataba de esconderse nuevamente entre dos personas.

—No haga ninguna tontería —le gritó entre la multitud.

Su compañero que llegó después le recriminó al oído que hubiera cundido el pánico, hubiese preferido atraparlo sin formar jaleo.

Se formó un enorme revuelo y la gente comenzó a gritar despavorida sin saber lo que estaba ocurriendo, algunos corrieron hacia las escaleras mientras otros se quedaban petrificados.

Jean Luc cogió a uno de los turistas y retrocedió hasta la ventana que estaba a su espalda.

Sin más alternativa, abrió la ventana, se introdujo en ella y se situó en el alfeizar.

—¡Si alguien se acerca! —gritó en voz alta—. ¡Saltare!

Uno de los gendarmes guió por las escaleras al pequeño grupo de turistas que aun permanecía en el campanario mientras el otro intentaba dialogar con Jean Luc.

En cuanto Jean Luc sacó el cuerpo por la ventana un gran revuelo se formó frente a la abadía, todos los turistas que permanecían en el interior salieron a las puertas como si de un espectáculo circense se tratase, a ellos se unieron los habitantes del pueblo donde la noticia había corrido como la pólvora.

Todos los transeúntes miraban hacia arriba y le señalaban; mientras algunos se mofaban otros se llevaban las manos a la cabeza temiendo que saltara.

Poco después llegaron un par de coches patrullas. Uno de los gendarmes tomó un megáfono e intentó disuadir a Jean Luc, pero tras comprobar cómo todos sus intentos eran en vano decidieron esperar la llegada de un mediador acostumbrado a tratar aquellos asuntos.

Desde aquella altura se divisaba a la perfección el paseo marítimo que recorría la playa frente a la abadía de Saint Michel. Poco a poco también se

fue llenando de gente, a mediodía estaba inundando por una multitud de curiosos y periodistas que no paraba de jalearse a Jean Luc.

Poco después apareció el inspector en un coche patrulla, se bajó junto a la abadía y subió hasta el campanario.

—No sea idiota Jean Luc —le dijo a sus espaldas—. Si la chica muere le caerán veinte años por esto. Pero si se lanza al vacío todo acabará.

—No pienso pudrirme en una oscura celda el resto de mi vida.

—¿Qué oscura celda? Usted tiene mucho dinero. Puede tener todas las comodidades que quiera y dedicarse a lo que más le guste: pintar, leer, escribir. Su esposa podrá visitarle una vez al mes.

Jean Luc guardó silencio y comenzó a sopesar las palabras del inspector, quizás en prisión no se estaba tan mal. Había oído testimonios en los que hablaban incluso de unas vacaciones, cuanto más lo pensaba menos horrible le parecía todo aquello.

Un momento después volvió su vista al frente y su rostro se ensombreció.

—¿Podría dejarme unos prismáticos?

El inspector asintió sin entender nada, había notado un cambio de actitud en Jean Luc y accedió a su petición.

Jean Luc enfocó hacia el paseo marítimo y comprobó que no estaba soñando. Junto a Heather y el grupo de gendarmes que la custodiaban acababa de llegar Natalie.

Fue entonces cuando se sumió en un profundo sueño, dio un traspié y estuvo a punto de caer, pero se repuso de nuevo.

Comenzó a pensar en los buenos momentos que había pasado junto a Natalie y en cuanto añoraba recorrer su dulce cuerpo una vez más.

—¡Jean Luc! —gritaba el inspector desesperado viendo con preocupación cómo tenía la mirada perdida.

Los gritos del inspector al fin consiguieron su cometido, Jean Luc despertó de su letargo y le devolvió los prismáticos al inspector.

Justo en ese momento fue como si alguien le pellizcara, y Jean Luc consiguió entenderlo todo.

La noche anterior Heather no había puesto ningún veneno en la copa de Natalie, tan solo le había administrado un fuerte somnífero que le hizo aparecer semiconsciente al día siguiente.

Entonces recordó, lo que uno de sus amigos le dijo una vez:

«Heather no es de las que aguanta una infidelidad»

Dio una fuerte carcajada y termino de comprenderlo todo.

La compañía discográfica que le había ofrecido el contrato a Natalie no era de la competencia, era la que Heather había formado un año atrás para descubrir nuevos talentos.

Heather lo tenía todo planeado:

«Pensaba separarse de Jean Luc a la semana siguiente tras arrebatarse a su más rutilante estrella».

Se giró hacia atrás, y llamó al inspector.

—Tan solo una petición más —le dijo al inspector con la mirada pérdida—. Dígale a Heather que ella gana.

Abrió los brazos y se lanzó al vacío como un ave sobrevolando el cielo.

Capítulo 25

La noticia del suicidio de Jean Luc recorrió los tabloides sensacionalistas de la prensa francesa del corazón. La situación llegó a tal extremo que no podía salir de casa sin que varios paparazzi acamparan a las puertas del apartamento que tenía en París. Muchos me acusaron de instigar aquel suicidio, en aquel país no era más que una extranjera, y que fuera a heredar los millones de una de las familias con más linaje de Francia no les agradaba en absoluto.

Durante aquellos días tan solo tuve el apoyo del bufete de abogados que representaba mis intereses ya que cobrarían una suculenta comisión si resultaba ser la única heredera de todos los bienes de mi marido.

Tras varios meses de litigio con la familia de Jean Luc el tribunal dictaminó a mi favor y pude heredar un enorme patrimonio. Sin embargo, sabía que vivir en aquellas condiciones acabaría siendo un infierno, aquello solo podía llevarme a ser una vieja amargada rodeada de joyas pero en la más estricta soledad, por más que lo pensé no encontré motivación suficiente para continuar en aquel país, mis salidas a lugares públicos eran exiguas, y mis posibilidades de rehacer mi vida mucho más, buena parte me miraba como si fuera una viuda negra.

Finalmente decidí que había llegado el momento de volver a Nueva York. Pocas semanas después de regresar encontré un artículo en un periódico especializado en economía escrito por Tony García. Al leer su nombre el mundo se me vino encima, en realidad era la única persona a la que realmente había amado, el resto habían sido comparsas de mi azarosa vida.

Aquella noche hice una de mis habituales locuras, me emborraché en el Village hasta altas horas de la madrugada y me di cuenta de que no podía seguir en aquella ciudad sin volver a verle. Solo quería desaparecer una vez más.

Sin pensarlo un instante me fui hasta el aeropuerto de LaGuardia, me puse de espaldas al tablón de vuelos y elegí un número al azar, aquel número era el del vuelo a Helsinki donde acabé borracha durmiendo en el museo.

Me pasé toda la mañana en aquel hotel de Finlandia recordando toda la historia de mi vida.

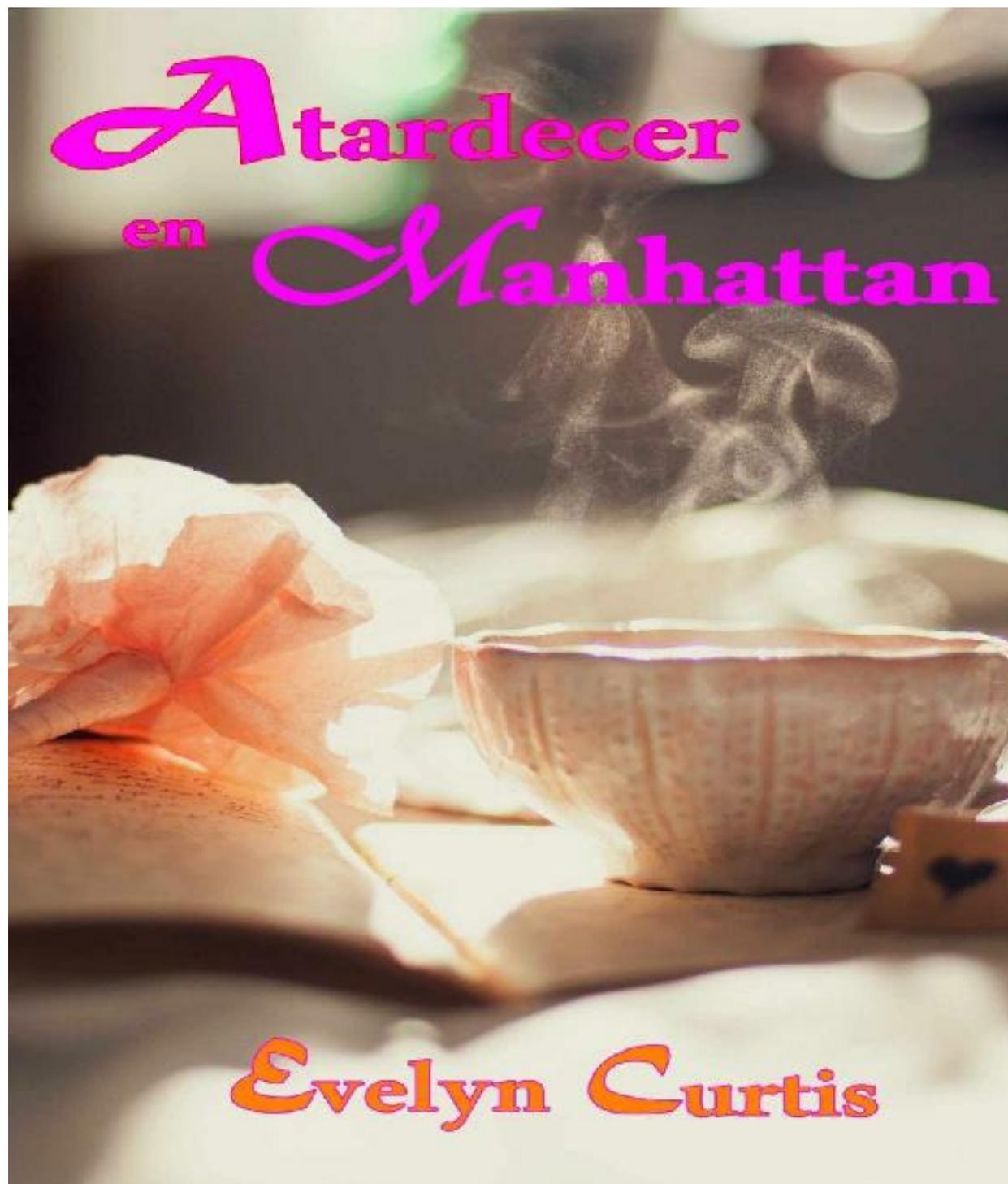
Fue cuando llegué a la conclusión de que solo Tony me había hecho feliz,

debía regresar a Nueva York y volver a verle.

Me daba igual si continuaba casado, divorciado o viudo, sin ninguna duda había sido el amor de mi vida y cometí el gran error de no luchar por él lo suficiente.

Salí del hotel y regresé a Nueva York para verle, pero esa es otra historia que algún día os contare.

**OTRAS NOVELAS
DE
EVELYN CURTIS**



Atardecer en Manhattan

[https://www.amazon.es/dp/B06XKBXRY8/ref=sr_1_1?](https://www.amazon.es/dp/B06XKBXRY8/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1489510083&sr=8-1&keywords=atardecer+en+manhattan+ebook)

[ie=UTF8&qid=1489510083&sr=8-1&keywords=atardecer+en+manhattan+ebook](https://www.amazon.es/dp/B06XKBXRY8/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1489510083&sr=8-1&keywords=atardecer+en+manhattan+ebook)

SINOPSIS

¿Qué harías si después de muchos años volvieras a reencontrarte con tu primer amor?

¿Eres de las que piensa que el primer amor nunca se olvida o de las que prefiere no mirar al pasado?

Nueva York, 1992. Bajo una copiosa nevada que mantiene la ciudad bajo cero Henry queda fascinado con la incomparable belleza de una misteriosa joven.

A partir de ese momento comenzara una frenética búsqueda que le llevara a vivir una apasionada historia de amor repleta de obstáculos y dificultades.